FRAY MOCHO



Desplumando el águila

Z
13135 7, 330 (1918)



Notas femeninas





Según los últimos modelos creados para la próxima estación primaveral, las toilettes para niñas son muy variadas y cada una de ellas más preciosa que la otra.

Eso sí, en ellos predomina la sencillez más absoluta con muy pocos adornos y como hechuras las llamadas robes-chemises, tal como las llevamos nosotras, las personas mayores sin distinción de edades.

¿Qué tal os parece queridas madrecitas de vuestros adorados niños, esta moda que os obliga a ir vestidas como si fuerais una niña mayor, por la edad, pero no por la vestimenta? Es un poco chocante, pero nos hemos acostumbrada de tal forma que no paramos mientes en tales simplezas. Protestamos al principio, después adoptamos y llegamos a entusiasmarnos por lo que tanto criticamos un día. Así es el mundo, y nosotras al fin hijas de Eva, nos es imposible modificarlo. En fin, queridas lectoras mías, no adoptéis para vuestras hijas todas las nuevas modas que nos presenten, pues las hay tan exageradas que caen en el ridículo. Por ejemplo, he visto unas lindísimas toilettes, pero tan cortas... que rayaban en lo indecente. Estoy segura de que harán furor y que algunas mamás se disculparán diciendo: "pero si son tan chicas qué mal hay en ello". Poco precavidas son, si así opinan, pues ignoran, o así quiero creerlo, que desde la infancia más tierna hay que inculcar a los niños la decencia, el recato y la modestia en el vestir, para que más tarde sepan distinguir cómo debe vestirse y presentarse en el mundo una niña, sin incurrir en el mal del día que hace de cada mujer honesta una especie de tonadillera o cualquier otra cosa peor todavía. No tan sólo hace falta ser señora, sino hay que parecerlo. Pero basta de sermones y pasemos si queréis a mirar los nuevos modelos para la estación que se iniciará en estos días.

Los dos modelos que vemos a derecha e izquierda de la cabecera, son bellísimos y nuevos como hechuras y tejidos.

El primero está confeccionado con uno de esos tejidos de gran novedad y que están llamados a tener mucha aceptación. Me refiero a los "voile" de Ceylán y éste se llama "margaritas deshojadas". La blusa es derecha, cerrada atrás por unos cuantos moños en taffetas negro, haciendo un armonioso contraste con el conjunto rosa y blanco del traje. Es joven, fresco y verdaderamente infantil. De una sencillez exquisita es el otro modelo en "crêpe" de lana color marino. Es derecho y su solo adorno consiste en unos galones de "Djersella" color huevo claro y va abotonado atrás con una hilera de botones de nácar en forma de bolitas.





En el grupo central, tenemos dos verdaderas creaciones en "voile" Tokio. Son también de forma derecha o suelta, si mejor os parece. El primero de los dos, es una combinación de blanco para la falda, con un adorno abajo, llamado juego de damas, o sea damero, en los tonos amarillo y blanco, adornado a su vez con unos puntos de lana en color azul fuerte y cuyo efecto es verdaderamente precioso.

La larga blusa con manguitas cortas, es toda entera, hecha con el damero ya descripto más arriba.

La niña que aparece sentada, lleva un traje también en "voile" Tokio a cuadritos, con pastillas redondas en color malva. Los tres volados de la falda, terminan por una cinta de satin violeta con moños chatos. El sombrero es una capelina de linón malva con una flor de lana violeta, obscuro, hecha al "crochet" en el centro delantero de la copa.

Pasemos ahora a las dos toilettes de abajo, que son para niñas algo más crecidas que las anteriores. El uno es en Dialga color azul marino, con un "depassant en taffetas rojo". La falda es el clásico plegado, pero sumamente fino, que tiene la gran ventaja de dejar completa libertad para correr sin estorbar para nada. La blusa y mangas largas, son lisas, adornadas también con un bies de "taffetas" rojo. El cuello es de organdi blanco con un bies también blanco.

Llegamos al último modelo, o sea el de la niña que riega unas flores: siendo también todo plegado desde el cuello hasta el ruedo de la falda. Lleva también un gran cuello "pelerine", adornado abajo por un bordado verde y amarillo, así como los largos "panneaux" chatos que caen a cada costado, debajo de los brazos. El traje y estos "panneaux" van sostenidos al talle por medio de un cinturón, que pasa dentro de unos ojales y va a anudarse atrás.

A. DE DAUMONT.

PREPARACION DE PLUMAS PARA ALMOHADAS

Las plumas destinadas al relleno de almohadas, se preparan bien sometiéndolas a las siguientes operaciones:

Primeramente introdúzcaselas en una bolsa de papel de diario, aplásteselas un poco y colóquese la bolsa todas las noches durante una semana, dentro del horno, después de que se haya retirado el fuego, a fin de que pierdan toda la humedad y se vayan secando poco a poco.

Después se sacan todas las plumas grandes y se les quitan los cañones y toda la parte dura; y a las plumas pequeñas se las despoja también de los cañones cuidadosamente.

El sistema es algo lento, pero produce excelentes resultados.

PARA MARCAR LA ROPA

Esta operación debe efectuarse humedeciendo la parte de tela donde se desee hacer la marca, con la disolución siguiente:

Potasa. . . 30 gramos
Agua . . . 60 ..

Se deja secar y en seguida se escribe mojando la pluma en una disolución de nitrato de plata, seis dracmas de verde vejiga, quince gramos de goma arábiga y sesenta gramos de agua destilada.





FRAY MOCHO

Año VII | Buenos Aires 20 de agosto de 1918 | Núm. 330

En la victoria

Cualquiera que sea la magnitud inmediata de los resultados de la ofensiva que en réplica a la alemana—que debeló con extraordinaria rapidez—iniciaron últimamente los aliados en Francia, hay algo inconfundiblemente seguro: que es una demostración de habilidad y potencia en todo género de recursos, sólidamente preparadas ya para llevar a cabo, hasta el último momento, la empresa de conquistar la victoria. Fuera de lo que cabe atribuir al elemento imprevisto de la estrategia de Foch, la impresión que deja es la del método, la de no ser un empuje magnífico pero aislado y sujeto a ulteriores azares, sino el primer capítulo, articulado y armonizado con los demás de un vasto plan de conjunto que se desarrollará hasta el término de las hostilidades. Y ese plan, ese programa parece basarse en algo que será condición forzosa de victoria: la unidad de acción de todos los aliados, por fin efectiva, que supone la comunidad de los recursos la "repartición del trabajo" y la subordinación de la actividad y recurso especiales de cada nación a una idea única, como los resortes de una maquinaria, cada cual en su sitio y en su función correspondiente.

Nunca desde el comienzo de la guerra la eficacia de los aliados se ha presentado con más segura organización para el porvenir. Y se explica por qué: naciones todas ellas preparadas para destinos más altos y nobles que el de exterminar hombres, la guerra las desconcertó. Tuvieron que adaptarse al estado combatiente en condiciones totalmente desventajosas con relación a Alemania.

No podían recurrir sin mengua de su honor y de la justicia que proclamaban sustentar, a los métodos prusianos. No debían invadir y arrasar a Holanda para herir a Alemania, no debían volar fábricas, incendiar campos, fomentar huelgas en los países neutrales, no debían armar la intriga en cada rincón del globo ni voltear los barcos pacíficos ajenos a la contienda, ni debían, sobre comarca hostil bombardear escuelas y hospitales. Tenían, pues, los aliados, la enorme desventaja que tiene en ciertos momentos de la vida un hombre honrado con respecto a otro sin escrúpulos de ninguna clase. Contaban los prusianos, momentáneamente con la ventaja que da la violencia atropelladora y el atentado brutal y si la guerra hubiera durado nada más que cuatro meses, como ellos contaban, la hubiesen ganado con sus métodos terroristas. Pero la conciencia del mundo, el sentido de la honestidad y del honor, tuvo tiempo de reaccionar, de erguirse, de condenar unánimemente el sistema de atropellos, y uniendo todas las fuerzas morales, de ahogar el éxito de un instante del terrorismo, con el éxito, lentamente preparado porque no es fruto de un paroxismo de furor, de los principios duraderos de la justicia y el derecho. Y este es el verdadero.

La presente guerra es una profunda lección de moralidad que no perderá la historia. Felizmente vemos que el delito no puede resultar el vencedor final. Entramos en el período de las sanciones: de nada del mundo ha salido más crimen que de los submarinos y ahora vemos que los submarinos son destruídos fatalmente y sus tripulantes se embarcan en ellos presas de horror; en ningún país la insidia y la traición prusianas hicieron tanto como en Rusia y ahora es Rusia, más que antes de la paz, una amenaza sombría para Alemania: la inícua destrucción de propiedades en un país neutral y la propaganda negra en ningún punto alcanzaron mayores proporciones que en los Estados Unidos: y ved su magnífico resultado: un millón de combatientes salen de los Estados Unidos contra Alemania: arrasan despiadadamente la tierra y la raza francesa y allí mismo Alemania es herida. Esperemos, pues, que en la armonía terrible de esta lógica de la justicia, sufra Alemania la derrota más grande y la vergüenza imborrable en la tierra mártir de Bélgica.

Actualidad política

La substanciosa interpelación al ministro de hacienda, recientemente desarrollada en la cámara de diputados por el doctor Rodolfo Moreno (hijo), ha despertado un visible interés público en estos últimos días, absorbiendo la atención general dentro y fuera del Congreso, a pesar de que el tema tratado por el interpelante, no es, por su árida naturaleza, de los que más se prestan para los triunfos políticos.

Esta circunstancia demuestra que el diputado Moreno, ha conseguido marcar un excelente impacto, en el centro de la política ministerial, manejando un arma tan difícil como suelen ser los asuntos financieros, razón por la cual es doblemente importante el éxito alcanzado.

Sería pueril negar la habilidad con que el doctor Moreno ha tratado el punto de nuestras finanzas, pues al mismo tiempo que da la voz de alarma sobre el constante aumento de la deuda flotante, contraída inconstitucionalmente sin autorización del Congreso, y que ya alcanza a trescientos seis millones de pesos; pone de relieve que este sistema, iniciado hace tiempo, ha encontrado en el actual gobierno un decidido continuador y hasta perfeccionador del mismo, puesto que sigue engrosando la deuda con nuevos empréstitos a cortos plazos y a interés compuesto, agravando de esto modo los males del régimen y plegándose a sus defectos, magüer los anuncios de regeneración y nuevos sistemas en que nos hizo creer la política presidencial.

Otra parte del discurso del doctor Moreno, que llamó justamente la atención, fué la dedicada al oro depositado en la legación argentina en los Estados Unidos, pues, según denunció, el citado monetario ha sido movido de una a otra legación, para realizar negocios de cambio en vez de haberse trasladado a la Caja de Conversión, adonde debía estar para garantizar el papel moneda. Estas revelaciones no han podido menos de causar sensación, por la gravedad que ellas entrañan, pues, en el concepto legal, ese oro constituye un depósito sagrado que no se puede tocar, porque su negociación haría perder valor a nuestra moneda.

*
* *

Aun no se había disipado en los ánimos la impresión causada por el notable discurso del doctor Moreno, cuando, como un obús disparado desde la casa de gobierno, cayó en pleno senado un mensaje secreto del Poder Ejecutivo. Abierto el pliego misterioso, hallóse un inusitado proyecto de construcciones bélicas y una petición para que, con carácter urgente, se votase nada menos que ochenta millones de pesos destinados a tal fin. El proyecto de referencia comprende la adquisición de varios submarinos, cruceros de línea, parque de hidroaviación, ampliación de arsenales, establecimiento de estaciones navales, compra de combustible, etcétera, etcétera.

Más que el proyecto en sí, causó general extrañeza la inexplicable reserva que acompañaba al mismo, pues tratándose de un asunto de tal importancia y trascendencia, lo natural es que se dé a conocer el motivo a que obedece el proyecto, y se ventile públicamente, para evitar los recelos y suposiciones extraviadas a que daría lugar su secreto.

Con semejante procedimiento se ofrece margen a la opinión pública, justamente alarmada, para que se interne por el camino de las conjeturas, en busca de las graves causas que exigen tan perentoriamente la adopción de tales medidas.

Ahora sólo cabe preguntar:

Dada la crítica situación actual porque atraviesa el país, ¿de dónde va a sacar el Poder Ejecutivo los ochenta millones de pesos que necesita?

Y ¿en qué astilleros se construirán las unidades navales proyectadas?

Con respecto a la última pregunta se nos ocurre que al no poder contarse con ninguno de los astilleros de las naciones aliadas, no habrá mss remedio que echar mano de los que actúan en la Boca del Riachuelo... Con ello se fomentaría la industria nacional.

FRUTOS DEL PAIS



Pueblo. — ¡Resulta que de doscientas mil toneladas de azúcar que íbamos a tener este año, ahora salimos con que no son más que ciento treinta mil! ¿A qué precio vamos a pagar ahora ese artículo?
Irigoyen. — No me hable, amigo: puedo asegurarle que la cuestión del azúcar me amarga la vida.

"Carnets" de guerra

Al frente de sus soldados, echados en el suelo, un teniente coronel cae gravemente herido. Ruge la metralla. Sin miedo a los obuses que revientan iracundos, tres hombres se adelantan, y sobre sus tres fusiles dispuestos en camilla, procuran alejarlo del peligro. Nada, todavía. Esperad. Deben pasar ante las líneas de soldados, cuya consigna es dejar la posición horizontal. Y, bien, como en estos corazones hay algo más fuerte que la orden militar, de pronto, con espontáneo movimiento, todos, de pie, bajo la crepitación del hierro, presentan las armas al coronel fuera de combate. Con el corazón oprimido por una emoción más grande que el dolor de su herida, trata el coronel de incorporarse para hacer el saludo militar; pero la pobre mano paralizada cae, y el ademán es aun más hermoso. Saludamos a estos hombres más grandes que los héroes de Plutarco. Son gallardos franceses, juntados ahí por la casualidad, sin selección ninguna, que espontáneamente muestran, sin una palabra superflua, el alma resplandeciente de la patria...

G. CLEMENCEAU.

Ibero-Amerikanisches Institut
Berlin
Preußischer Kulturbesitz

Un baile en el villorrio

No me olvido de aquel baile que congregó tanta "gente bien" en casa del comisario.

En un rincón de la sala, zahumada por el grueso tufo de kerosene de las lámparas, un músico, traído exprofeso de Salta, galopaba sin piedad un viejo valse, sobre el no menos viejo y desvencijado piano.

En los ángulos restantes de la sala había frágiles mesitas de felpa calva, atestadas de ramos de flores de papel, cuajadas de pintitas negras, obra evidente de las moscas.

Contra las paredes, hileras de sillas de variadas formas y tamaños, donde descansaba la numerosa concurrencia; y en el suelo, mal disimulando las asperezas del bárbaro enladrillado, retazos de alfombras descoloridas.

En el techo de cañizos, sustentados por ciclópeas tijeras, techo hondo y lóbrego, tejían en silencio las domésticas arañas. Y en las alturas adonde no llegaba la luz de abajo, algunos murciélagos absortos comentaban con chillidos a la sordina la inusitada animación de la fiesta.

La concurrencia daba vueltas flemáticamente a la sala, al compás meloso y cursi de esa musiquilla de aldea, triste y desorejada. La dueña de casa, orondamente sentada en su sofá, contemplaba con aire satisfecho el desfile de las parejas.

Era una vieja robusta y ancha como una olla de chicharrón, que sudaba a mares y se hacía viento con uno de esos monstruosos abanicos de satín negro, que más parecen alas de Satanás que abanicos. A la vieja nadie le dirigía la palabra; pocos la conocían. Pues como se trataba de un baile de subscripción y ella había cedido su casa por pura condescendencia, nadie tenía nada que ver con ella.

Bien pronto me expliqué aquella cortesía, cuando vi que una chinita escamoteaba furtivamente las botellas de cerveza compradas por la comisión organizadora.

Algunas señoritas que confundían la sencillez con la vulgaridad, lucían trajes ajados y sucios, que hubiese rechazado una sirventa. Y tal era el entusiasmo del día, que no habían tenido tiempo de arreglarse los cabellos ni quitarse el barro de las cabalgatas.

El "¡cállese, no sea atrevido!", el "¡vean esto, por Dios!", el "pucha", el "velay", las mil ordinarieces que florecen en las vendimias, se mezclaban, ensordeciendo el aire, en una sola cháchara vulgar y aturdida.

Una chinita zaparrastrosa y mugrienta se paseaba por entre las parejas, brindando cerveza en copas tres veces sucias; y un muchacho "quiscudo" como un cepillo, luchando por no dormirse, ofrecía en una frutera caramelos chupados de antemano, a medias, quizá, por los bebés de la casa, y "tortitas de leche" partidas aritméticamente a cuchillo.

En un extremo del corredor, alumbrado por una lámpara sombreruda, en derredor de una mesa, conversaban parejas de enamorados que nunca acababan de barajar sandeces. En el otro extremo, escondidos en la penumbra, los bebedores del pueblucho hacían su agosto en complicidad con los sirvientes, mientras parecían acalorados en una disquisición acerca de las virtudes del cura.

Por todos lados iban y venían los mosqueteros abribocas, o se acumulaban junto a las puertas, estorbando el paso.

En el patio, un opa de ojos clarísimos y cara pálida y gorda, que había bebido en demasía, mascaba asnalmente un bollo, y servía de diversión a unos muchachos...



¿LLEGAREMOS A ÉSTO?

El cliente.—¿Y mi vuelto?
El vendedor.—Ya no damos más el vuelto, señor... por la guerra...

Una proclamación

Un mes antes de la elección el arrabal pulula en el comité. Y una noche, a son de bombas, se hace la proclamación del candidato. Es la noche cívica, merienda de negros, aquelarre, agrio candombe.

Cuando los adherentes se congreguen, y desborden por los cuartos y patios del comité, que es siempre un despacho de bebidas, en medio de la gente se mostrará el candidato, y hablará; y hablarán los amigos del candidato.

Ansioso esperaba el arrabal la noche de la proclamación. No bastaba el haber sorbido, durante veinte días seguidos, el vino del candidato. Ahora que la elección se acerca es preciso también oir la palabra de los políticos, que pagan la fiesta; de los blancos, de los ricos cholos, de los eternos explotadores del Juan Pueblo, como dijo cierto gringo que habló en el teatro, y que se fué.

Y esta noche, siendo de estruendos, y de discursos, y de cerveza, hay que aprovecharla, y beber por el triunfo del partido.

¡El triunfo!... palabra imprecisa, mero ruido verbal en la cabeza del elector.

Entremos en el club político la noche de proclamación, en el momento de los discursos. Es en el patio entoldado de una pulpería de arrabal.

Parado sobre una mesa, enguantado, bien vestido, el candidato inicia la tanda de los discursos.

La multitud escucha: trescientos y tantos ciudadanos, de los cuales doscientos por lo menos están beodos.

El candidato infunde respeto. Su galano estilo, su clara dicción, caen, como lluvia de rosas en un lodazal, sobre un apeñuscamiento de cabezas hirsutas, sobre un campo de bocas abiertas en rictus alcohólico, sobre un oscuro lago de miradas atónitas.

Pero el espectáculo sugiere al punto esta reflexión: el respeto no es a las ideas, que no se alcanzan. Es el respeto atávico al blanco, es decir, al amo ancestral; es el respeto a los guantes, al jacquet, al botín de charol; es el respeto fetichista del indio por las cosas que su instinto presiente como signos de excelencia.

Un borracho aprueba con amplios gestos los párrafos del orador. Y exclama en alta voz:—¡Claro!... ¡eso es!... ¡Me gusta!...

Lo veo esforzarse por fijar la atención. La mona, en su estrabismo, le muestra dos oradores, y él se obstina en mirar uno. Luego, cansado, vuelca la cabeza sobre el pecho impotente, y la sonrisa de arlequían que hay en todo borracho, divaga por el rostro enorme, moreno, pingüe de grasa y de sudor.

En medio de este grotesco silencio, en medio de esta trágica atención de beodos, aquí y allí se sofoca un juramento, se contiene una réplica inconsulta, se acalla un intempestivo monólogo. Entretanto, algunos se desprenden furtivamente del grupo, para ir a beberse una copa más en el mostrador. ¡Qué diablos!... Lo único positivo es el vino; el vino que permite olvidar el crimen del ocio y de la ignorancia.

El candidato acaba su discurso entre palmoteos y alaridos. Todos se mueven, algunos quieren verle, tocarle. Y la multitud al revolverse apesta más, como si se hurgase la basura. El alcohol se expande en vaho con los gritos, la roña se embravece con el calor y el roce.

Después del candidato habla un estudiante. Su palabra es vehemente, vibrante, sincera. Se imagina que el pueblo es quien le escucha; el pueblo teórico de los libros. Y le habla de deberes cívicos, de libertad, de honor ciudadano, de justicia social y regeneración política. Pero él no conoce al pueblo: es un ingenuo.

Le han dicho que en ese comité hay muchos tocados por el otro partido, y que esos vienen sólo a embriagarse, y que votarán en contra, a pesar de hallarse afiliados.

Y exclama con gran énfasis oratorio:

"¿Es posible, es creíble, ciudadanos, que entre vosotros existan tránsfugas, que vengan aquí nada más que a beber nuestro vino y comer nuestra empanada, y que mañana nos den la espalda en el "cuarto oscuro"? ¿Es posible que haya aquí uno, uno sólo tan... sinvergüenza?"

Una voz aguardentosa replica a gritos:

—¿Uno?... ¡Varios! ¡Aquí hay varios, sí, señor! ¡Varios sinvergüenza! ¿Sabe?...

Lo obligan a callar. No se debe interrumpir al orador. Los borrachos dicen siempre la verdad.

Este "club" contaba con trescientos cincuenta adherentes. Pero en el día de la elección, más de la mitad votó contra su partido.

Así es el mulato, la canalla abyecta, borrachona, pechadora, que aprovecha la ocasión política. Son la hez de la ciudad, el desecho de las faenas rurales, el desperdicio de los gremios honrados, la resaca de las pequeñas industrias laboriosas y probas. Son seiscientos, quizá mil gandules que determinan la suerte de los partidos, poniendo del lado adonde los vuelca el acaso, el peso vil de la cantidad.

Es la carga de papas en la cala, capaz de tumbar el buque.

Y en presencia de tales espectáculos viene a la mente un recuerdo irónico: "El pueblo no delibera ni gobierna", etcétera.

Juan Carlos DÁVALOS.

El placer de los dioses

El boticario comenzó a bailar y a hacer cabriolas, hasta que los frascos repiquetearon en sus estantes.

—¿Qué pasa? — preguntó el mozo de la soda. ¿Ha bebido usted de más?

—No. Pero, ¿recuerdas cuando se helaron las cañerías y reventaron, el invierno pasado?

—Sí; mas no comprendo qué tenga que ver...

—Pues, ¡ahí es nada! Que el plomero que las compuso ha caído aquí por una receta.



"A LOS MANDARINES"

DEBEN SU ÉXITO POR SUS CALIDADES

Casa Principal: SAN JUAN 2164

Unión Telef. 1437, B. Orden — Coop. Telef. 222, Sud

SUCURSALES:

Santa Fe 1886
B. Irigoyen 1117
Cangallo 963
Entre Ríos 732
Rivadavia 1456
Viamonte 1666
Laprida 200 (L. de Zamora)

Rivadavia 1992
Rivadavia 7023
Corrientes 4216
Santa Fe 4521
Cabildo 3490
Brasil 1160
Rivadavia 5344

El ejército chino

Hasta 1901 el ejército chino estaba tan mal organizado y su oficialidad era tan defectuosa en todo sentido, que se podía decir que el país carecía de ejército. En ese año el virrey de Tchili, Yan-Chi-Hai, logra formar una división militar a la que educa a la europea. Poco después la emperatriz madre ordena a los demás virreyes y gobernadores que organicen fuerzas militares tomando como modelo la división del virrey de Tchili. Entonces comienza el ejército chino moderno. Se prepara una especie de reglamento que, entre otras condiciones, fija las siguientes: Para ser incorporado al ejército es preciso tener de 20 a 25 años de edad; tener una altura de 4 pies y 8 pulgadas o de 4 pies y 6 pulgadas, según las provincias de origen; no ser miope ni sordo y poder levantar 60 kilogramos; no fumar opio ni haber estado jamás comprometido en revueltas o disturbios públicos; pertenecer a una familia conocida y dar, al incorporarse, los nombres de los ascendientes hasta la tercera generación. El candidato a oficial debía tener de 15 a 18 años, y no ser hijo único. Después de seguir estudios en diversas escuelas (escuela preparatoria, tres años; escuela media, dos años; escuela militar, dieciocho meses) el candidato debía prestar servicios como empleado público durante seis meses, y si al cabo de ellos obtenía buen concepto, era nombrado oficial.

EL ORIGEN DE LA MARGARINA

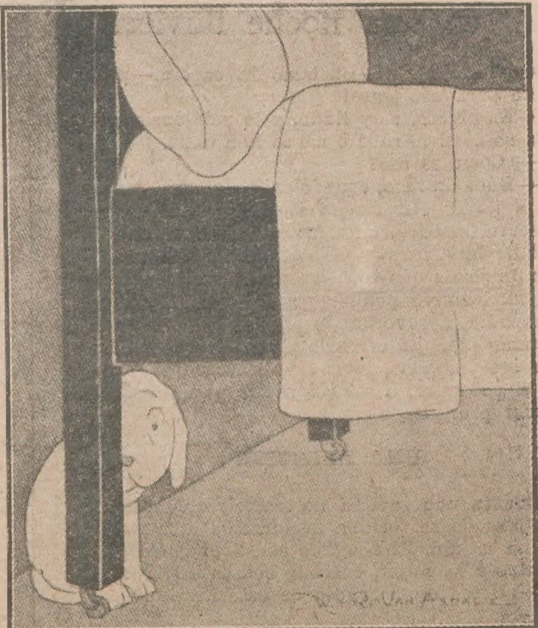
En los últimos años se ha difundido extraordinariamente en todo el mundo el consumo de la margarina, en sustitución de la manteca y el aceite. En nuestro país se la fabrica en grandes cantidades, pero no se la fabrica con grasas de origen vegetal, sino animal, lo que no es por cierto una condición de superioridad.

El origen de la margarina es muy interesante. Fué descubierta durante una gran guerra. En el año sombrío de 1869-1870 reinaba en París una miseria terrible. En la ciudad asediada por los alemanes pronto se agotaron los artículos de consumo. La manteca llegó a costar más de 25 pesos moneda nacional por kilo.

A fin de obtener un sustituto de la manteca para alimentar a los soldados, un químico francés, Mege Mouries, comenzó a realizar experimentos con una mezcla de leche y grasa de vaca. Así obtuvo una substancia a la que llamó margarina, palabra derivada del griego que significa perla. Los glóbulos semejantes a perlitas de la primera margarina obtenida, sugirieron el nombre. El procedimiento de fabricación fué patentado por su inventor al año siguiente.

Hasta hace pocos años se la fabricaba exclusivamente con la grasa de buey más ordinaria, de la que se extrae la estearina, sometida a un proceso de refinamiento. Esta grasa es un subproducto de la industria de la carne, que antes casi no tenía aplicación. Pero el precio de esa misma grasa comenzó a elevarse y fué preciso hallar nuevas materias primas. Se halló un excelente sustituto en la llamada manteca vegetal o grasa de coco, que se extrae de la carne blanca que contienen los cocos de las palmeras. En Europa la mayor proporción de la margarina se fabrica ahora con grasa de coco, y la materia prima es tan pura y la fabricación tan higiénica que resulta un producto realmente apetecible.

Los cocos son importados, en Inglaterra, principalmente de Australia, de Ceylan y de Strait Settlements. Unas cien libras de carne de coco producen cerca de setenta libras de grasa vegetal refinada.



Sentiría que me creyeran poco patriota, pero lo cierto es que el nueve de Julio no me gusta nada.

Continua
LA GRAN
LIQUIDACION

De todas nuestras existencias de Invierno y media estación.

Los pedidos del interior, por carta, gozan de todos los beneficios de esta gran liquidación.

Para los créditos a pagar en 10 meses rigen también las mismas conveniencias de esta gran liquidación.

Es una oportunidad que durará poco tiempo. :: ::

LA CASA MAS CONVENIENTE PARA COMPRAS
A. CABEZAS
SARMIENTO Y SAN MARTIN BUENOS AIRES

Llamamos la atención de nuestros lectores sobre el bello fragmento de la última novela, del señor Benito Lynch, titulada "Raquela", que publicamos en el presente número.

El autor de esta interesante obra, editada por la Sociedad Cooperativa Editorial Limitada "Buenos Aires", no es un desconocido, pues ya fué consagrado como un notable novelista, desde las columnas de "La Nación", cuando este diario publicó en folletín su libro "Los caranchos de La Florida", producción que alcanzó un gran éxito y cimentó los prestigios literarios del señor Lynch.



—Sí, señor, yo "posé" para el gran pintor Degas, hace cuarenta años... ¡Y pensar que no tengo ni un centavo, cuando mi retrato se acaba de vender en 70.000 francos!

Para ensayar en una noche lluviosa

—¡Oh, Fermín!—exclamó la esposa.—¡Qué lindo paraguas traes!

—En efecto, muy lindo, y lo más curioso es que no sé si lo robé o me lo han dado.

—¿Cómo es eso?

—Hace un rato, cuando salía del café, empezó a llover con mucha fuerza; la noche era obscura, la calle solitaria; caminé hasta la mitad de la cuadra y me detuve. En eso vi venir un joven que traía un excelente paraguas. Se me ocurrió pedirle permiso pra ir en su compañía, aprovechando los dos del paraguas. Cuando se halló cerca le dije: —"¿Dónde va con ese paraguas, joven?" El desconocido soltó el paraguas, que cayó a mis pies y echó a correr precipitadamente.

UNA ELECCION

Cuenta una revista norteameircana que en un juzgado se tomaba declaración a la mujer de un ladrón. El abogado acusador hacía preguntas a la mujer, careada con su marido:

—¿Usted es la esposa de este hombre?

—Sí.

—¿Sabía que era ladrón cuando se casó con él?

—Sí.

—¿Y cómo es que contrajo enlace con un hombre de esa clase?

—Vea,—repuso la mujer—me estaba poniendo vieja y no me quedaba más recurso que elegir entre un abogado y un ladrón.

LO QUE NECESITABA

La dueña de la pensión se encontró en la escalera con el pensionista nuevo.

—Buen día, señor.

—Buen día, señora.

—¿Qué tal ha pasado la noche?

—Mal... mal... Su gato me ha tenido despierto toda la noche.

—¡Oh!, supongo que no querrá que mate al pobre animalito...

—No; pero hágalo afinar.

FAMILIARIDAD

En amor, cuando dos ojos se encuentran, se tutean.

EN LAS TRINCHERAS

Se detiene cerca de una trinchera el carrito que lleva café caliente a los soldados.

—Dame un jarro de café.

Sirven lo que piden y el soldado da dos o tres tragos:

—¡Bah! ¡no es gran cosa!

—¿Cómo te atreves a decir eso? Debes saber que mi café es renombrado por su bondad.

—Sí, una bondad que va hasta la debilidad.

EN LO DEL DENTISTA

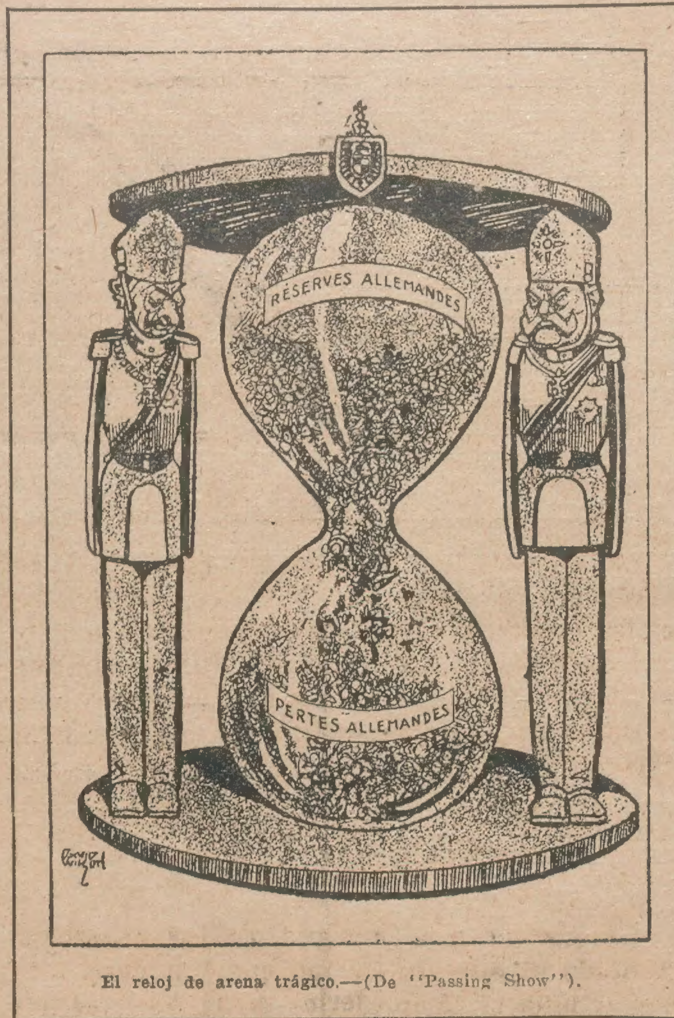
Un vecino de Capilla del Monte llegó a la ciudad sintiéndose propietario de un soberano flemón. Por supuesto fué a ver un dentista y se sentó en el sillón de tormento para que le extrajeran la muela culpable. Pero cuando vió acercarse al cirujano armado de un par de tenazas, se negó resueltamente a abrir la boca. El dentista, muy tranquilo, encargó en secreto al muchacho que le ayudaba que le diera un pinchazo al paciente en la parte más blanda de su persona. Y aprovechando el momento en que abría la boca para lanzar un grito de dolor, le metió la tenaza en la boca y le arrancó la muela.

—Le dolió mucho?

—No mucho,—dijo el hombre y poniendo la mano en la parte en que le habían pinchado, agregó dudando él mismo de la verosimilitud de lo que iba a decir:—pero nunca creí que las raíces llegaran tan abajo.

EL FRANCES DEL INGLES

En el comedor de un hotel parisiense frecuentado por oficiales británicos, hay un cartel que dice: "Se ruega a los señores clientes que hablen a los mozos en inglés, pues su francés no es comprendido por lo general".



El reloj de arena trágico.—(De "Passing Show").

A CUAL MAS

Primer dentista.—Lo cierto es que trabajo con tanta destreza que mis pacientes no sienten ningún dolor y se ponen a dormitar cuando les saco los dientes.

Segundo dentista.—Eso no es nada. Los míos se hacen retratar mientras los opero, porque entonces es cuando tienen la expresión más feliz.

CULPA DEL SASTRE

La mujer, muy ocupada en coser un botón al saco de su marido, exclamó:

—¡Qué mal ha pegado los botones tu sastre! Esta es la quinta vez que tengo que coser el mismo botón.

Inmediatamente Se Caen Los Callos



CUANDO tenga Vd. que andar sobre las orillas de sus zapatos para evitar el terrible dolor de callos, no hay más que una cosa que hacer, indicada por el sentido mundial. Ponga inmediatamente dos o tres gotas de "GETS-IT" sobre el callo. Desaparecen el dolor y la inflamación, comenzando a encoger el callo desde el mismo instante, aflojándose y cayendo después.

No hay ningún otro mata-callos en el mundo que actúe como "GETS-IT." No se ha hecho ningún nuevo descubrimiento en tal sentido desde que apareció "GETS-IT." En venta en la farmacia más próxima donde Vd. se encuentre.

Concesionarios en la República Argentina:

MENDEL & CIA., Calle Belgrano 561, Buenos Aires

En Montevideo: Publicidad, Calle J. C. Gomez, 1386.

En Asunción (Paraguay): G. Peroni, Benjamín Constant esq. Ayola.

PORCENTAJE DE MORTALIDAD

El turista debía ser amigo de la estadística, porque preguntó:

—¿Cuál es el porcentaje de la mortalidad aquí?

—Como en otras partes,—le contestaron,—una defunción por cada habitante.

DESCONFIADO

El coronel Roosevelt, en un hotel donde debía asistir a un gran banquete, entregó su sombrero al encargado del depósito de prendas, un negro que no usaba números, como es costumbre, para reconocer y devolver los sombreros recibidos, sino que confiaba en su memoria para esa operación.

Después del banquete el coronel Roosevelt fué a retirar su sombrero, que le fué entregado en seguida. Se le ocurrió entonces que podría confundir al negro, y le preguntó:

—¿Está usted seguro de que este sombrero es el mío?

—No estoy seguro—le contestó el negro,—de que ese sombrero es el suyo, pero estoy seguro de que usted me lo dió.

INFLUENCIA DEL AUDITORIO

Preguntaban a uno acerca de su viaje por el extranjero. El interesado comenzó su relato con gran volubilidad, pero se detuvo bruscamente, inquiriendo: ¿Alguno de ustedes ha estado en Europa?—No,—contestaron a coro.—Bueno, entonces continúo.

DEFINICION A CONCIENCIA

El maestro.—¿Cuántas clases de poesía existen?

El discípulo.—Tres.

El maestro.—¿Cuáles son?

El discípulo.—Lírica, dramática y epidémica.

NO HAY REGLA SIN EXCEPCION

El nieto.—Abuelita, ¿por qué es Elena tan bonita?

La abuelita.—Es bonita porque es muy buena niñita.

El nieto.—Pero, abuelita, ¡tú eres también buenísima!

POR LAS DUDAS

El dentista. (Al paciente que saca su cartera).—No se moleste usted en pagar adelantado.

El paciente.—No se trata de eso, señor. Estaba contando el dinero, antes de que me aplique usted el cloroformo.

TENIA SUS RAZONES

Una inglesa perteneciente a la cruzada militante entró deliberamente en un corral donde un joven ordeñaba a una vaca, al cual preguntó:

—¿Por qué no está usted en el frente?

—Porque la leche no está por ese lado, señora,—respondió el granjero.

UN POCO EXAGERADO

Dijeron a un conocido autor inglés que uno de sus amigos contraería enlace con una dama excesivamente gruesa, como que había pasado y dejado muy atrás la raya de los cien kilos.

—¿Casarse con ella?—exclamó. ¡Imposible! Querrá decir que se casará con una parte de ella. Tomar por esposa a toda ella será no un caso de bigamia, sino de trigamia. Deberían intervenir el alcalde y el vecindario. Esa dama está en condiciones de proporcionar esposas a todo el barrio. Es monstruoso que un solo hombre se case con ella. Se puede pensar no en desposarla sino en colonizarla, o en emplearla para dar paseos a su alrededor, siempre que se provea de bancos para descansar y los excursionistas gocen de buena salud. Una vez me sentí con tanta energía como para dar una vuelta alrededor de ella, pero a mitad de camino tuve que desistir de la empresa, completamente exhausto.



La Gran Exposición BLANCA

recientemente inaugurada, es el exponente más amplio que de artículos blancos se ha realizado hasta la fecha.

La Exposición que hemos iniciado, preparada por Gath & Chaves con verdadero detenimiento, inaugura magníficamente la serie de ventas especiales que se propone realizar esta Primavera.

Jamás nadie hasta la fecha, ha logrado reunir en sus salones, colecciones tan suntuosas y completas de artículos blancos.

No es un acontecimiento de mal entendida baratura, lo que Gath & Chaves se propone realizar con esta grandiosa

EXPOSICIÓN BLANCA

Lo que con ella persigue, es dar al público la oportunidad,—durante el limitado espacio de tiempo que ella dure,—de obtener a precios de ocasión extraordinaria, mercaderías de la más elevada calidad y del más refinado buen gusto.

The South American Stores

Gath & Chaves Ltd.

Anexo: Av. de Mayo, Perú y Rivadavia...
Casa Central:
Florida y Cangallo.

DURANTE ESTA GRANDIOSA EXPOSICIÓN BLANCA REGIRAN PRECIOS EXTRAORDINARIOS EN LOS SIGUIENTES DEPARTAMENTOS:

ANEXO:
ROPA BLANCA - Camisas, Calzones, Camizones, Corpiños, Cofias y Ajuares.
BLANCO - Mantelería de mesa y de té, Ropa de Cama y Géneros de algodón y de hilo.
LENCERIA - Blusas, Delantales, Batones y Kimonos. **CORSÉS y PAÑUELOS.**

C. CENTRAL: Camisería de hombre y niños, Ropa blanca de niñas, Ropa blanca de bebés, Blanco, Tapicería y Pañuelos.

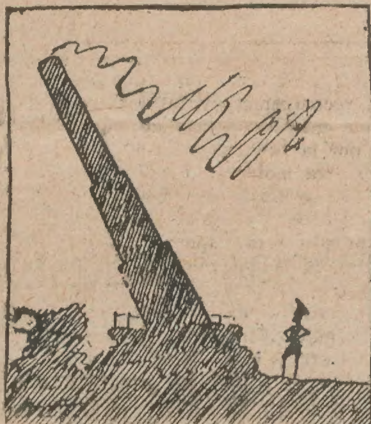
Hemos editado un CATALOGO ESPECIAL, y lo enviamos gratis a quienes lo soliciten.

El kronprinz en caricatura



Esto es lo que está por encima del pueblo.—(De "Yale Record").

Penosa debe ser la situación de los caricaturistas alemanes, que teniendo a mano un tema tan lindo como el príncipe heredero, tienen que reprimir la ocasión de lucirse y hacer reir, so pena de ir a pagar en calabozo y acusados de lesa-majestad — ¿majestad, eso?—el capricho que tuvo el lápiz de copiar los rasgos del príncipe. Pero la culpa no es de ellos ni del lápiz, sino de la Naturaleza. Esta dama cometió una insigne picardía y más tarde la Educación, o la falta de ella, imitó a la Naturaleza, con igual intención sarcástica, para formar entrambas la persona física y moral del kronprinz que ha quitado las ganas a todas las muchachas del mundo de aspirar, como en los cuentos de hadas, a casarse con un príncipe. ¿Es acaso un secreto decir que el mismo pueblo se burla de su príncipe heredero, y que, a pesar de la policía, los cinematógrafos no se atreven a exhibir su pintoresca efigie para evitarle aquellos apelativos que jamás se oyen en las casas de familia? Mucha historieta alegre circula cargada a su haber, en el que aparece como protagonista de situaciones grotescas y con frecuencia escandalosas. Y el pueblo lo sabe. Y no puede evitar insinuarlo a veces públicamente. Antes de la guerra los caricaturistas solían hacerlo, con cierta timidez; pero ahora vense obligados a excluir como tema cómico la fértil figura del kronprinz, y cuando quieren ponerlo en caricatura no les queda



El Kronprinz disparó el cañón de largo alcance contra una iglesia y erró... ¡Qué desengaño para su papá!—(De "Brooklyn Eagle").

más remedio que pintar su retrato y darlo como tal.

Más afortunados que los alemanes, los dibujantes norteamericanos se han apoderado de la figura del príncipe y la explotan a sus anchas. Es el "Clownprinz", el príncipe-clown, lo



Ya no me resulta ni ir para adelante, ni ir para atrás. — (De "Esquella", de Barcelona).

que quizás es demasiado despectivo porque para ellos es más bien la musa inspiradora de la más chispeante producción. Y no han querido ser menos que los yanquis, los españoles y los franceses. Para éstos también es el kronprinz, el fantoche del día.



—¿Ganaste la batalla?
—No, papá; estamos deshechos...—(De "New York World").

Los reyes y la infancia

Cuéntase que Enrique IV de Francia disfrutaba de un modo extraordinario jugando con los niños, a los cuales quería mucho. Algunas veces se le vió recorrer sus aposentos a gatas, llevando a cuestas al delfín, mientras que sus amiguitos restallaban sus fustas para que galopase más deprisa, como si fuera un caballo.

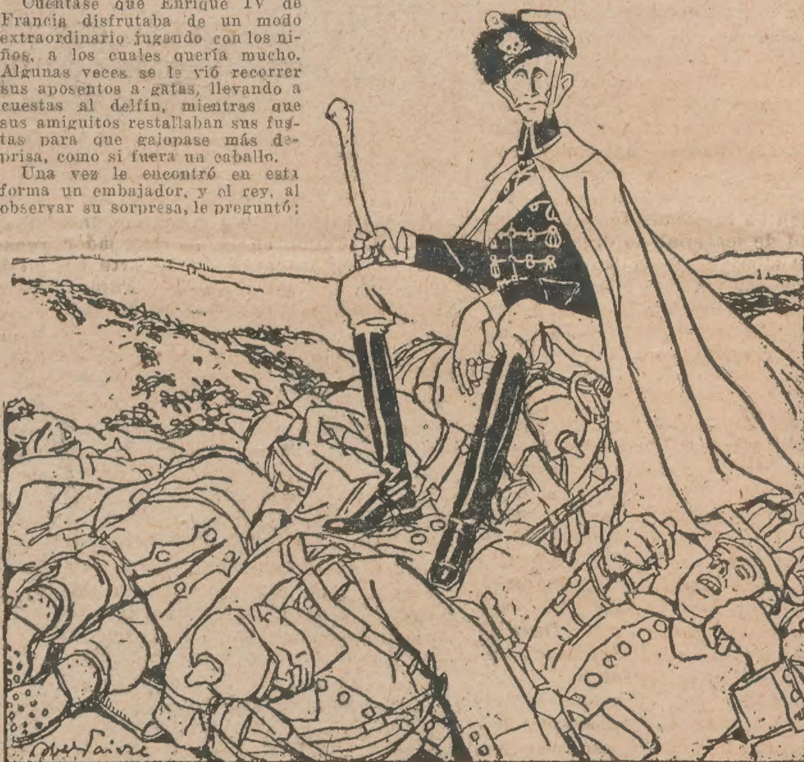
Una vez le encontró en esta forma un embajador, y el rey, al observar su sorpresa, le preguntó:

—¿No tiene hijos el señor embajador?

—Sí, señor—respondió el preguntado.

—En ese caso—agregó el monarca poniéndose de pie mientras el delfín, látigo en mano, se le encaramaba en los hombros,—sigo con mi diversión.

Jorge III de Inglaterra era apasionado de los niños, y cuando estaba jugando con ellos no se ocupaba de los magnates ni de los ministros que le esperaban. Dice un historiador que se "reía a carcajadas y brincaba tan alegremente como sus pequeños compañeros de juego". Una vez fué sorprendido por un grave embajador corriendo como un loco y haciendo esfuerzos para quitarse de encima a un muchacho que se le había agarrado al cuello por la espalda, y no hizo caso del personaje hasta que, reventando de risa, logró echar al suelo al niño juguetón.



El príncipe de la sangre.—(De "Echo de París").

Napoleón no se cansaba de jugar con su deseado y querido hijo el rey de Roma, y según cuentan algunos historiadores, solía dejar a sus generales fumando y hasta enojados, mientras él hacía gestos y muecas ante un espejo, con el niño en brazos, para distraerle y arrancarle sonrisas. A la hora del almuerzo sentaba al niño sobre una pierna y le untaba la cara con el dedo mojado en la salsa del plato que le servía, y el emperador se reía y el niño también, demostrando que le agradaban las rudas caricias de su padre.

Hasta que murió su esposo, la reina Victoria de Inglaterra acostumbraba a pasarse una hora diaria brincando con sus hijos y tomando parte en todos sus juegos. Un día fué Lord Palmerston a darle cuenta de un asunto muy importante, y tras una hora de antesala se presentó la reina y se disculpó riéndose y diciendo al político que había estado resolviendo charadas con sus hijos y le había sido imposible salir antes.

La reina Alejandra es muy aficionada a jugar con sus hijos.

De todas las fotografías que contiene su álbum, son las más interesantes: una en que aparece con una de sus niñas a cuestas mientras el príncipe Jorge la guía con dos largas riendas y un látigo de gran tamaño, y otra en que se la ve jugando a la pelota con su nieto el príncipe Eduardo.



—Oye, chico, si no tomamos la ofensiva estamos fritos.
—¡Oh, papacito!, y si yo tomo la ofensiva... "chau"...—(De "Petit Bleu").

DESPUÉS DE CADA COMIDA

Sozodont

quedan siempre partículas entre los dientes y bajo las encías las cuales, afectadas por el calor natural de la boca pronto se descomponen produciendo depósitos acídicos que destruyen la dentadura El uso del dentífrico Sozodont es admirable inmediatamente después de comer, pues desprende toda materia susceptible a descomposición, penetrando las cavidades — Al mismo tiempo neutraliza toda acidez, dejando un gusto refrescante e indicativo de aseo en la boca.



Por más de cincuenta años ha probado ser antiséptico de delicioso sabor, que limpia, purifica, conserva y embellece la dentadura — el preferido general

LÍQUIDO, POLVOS o PASTA

De venta en las farmacias y perfumerías

HALL & RUCKEL, Fabricantes, 215 Washington St., New York. E. U. A.

La historia del azúcar

De tiempos muy remotos hay referencias escritas sobre el azúcar de caña, o, por lo menos, de una substancia dulce, extraída de caña, muy semejante al azúcar de nuestros días. En varios lugares del Antiguo Testamento se habla de "la caña dulce". El profeta Jeremías menciona como artículos de gran valor "el incienso de Seba y la caña dulce de un país lejano". Otras crónicas antiguas se refieren a "la caña que produce miel". Dioscórides, que vivió en tiempos de Nerón, escribe: "Hay una especie de miel dura llamada "sacchrum" (azúcar) que se encuentra en cañas originarias de la India. Es granulosa como la sal y cruje entre los dientes".

En el año 600, Tang Kian, emperador de la China, envía un embajador a la India para aprender el arte de fabricar y refinar el azúcar. Parece, sin embargo, que la refinería del azúcar es un procedimiento introducido más tarde por los egipcios. En el siglo VIII los árabes traían azúcar del valle del Nilo a Sicilia y de Sicilia se enviaba a España y luego a Francia, Holanda, Italia y Alemania. En el siglo XV el rey de Portugal manda plantar cañas de azúcar en las Islas Canarias, y más tarde los cultivos se extienden, de las Islas Canarias, al Brasil, a Santo Domingo y por último a Méjico. Los jesuítas de Santo Domingo la llevaron al territorio de Louisiana, donde en 1791 el cultivo tenía pleno éxito.

Alibi, cronista del siglo XI, declara que el tributo anual de Askar Mokran al sultán de Turquía era de 50 mil libras de azúcar. En el siglo XV se menciona a un veneciano que recibió una recompensa de 100.000 coronas, suma muy cuantiosa en aquella época, por la invención de un procedimiento para moldear el azúcar en pancitos, que se llamaron "panes de Venecia". Dícese que en el siglo XVI fué el impuesto a la importación del azúcar establecido por Carlos V de España lo que le permitió construir magníficos palacios en Madrid y en Toledo. Sólo en nuestro tiempo el azúcar tiene un precio más o menos accesible para toda la población: en 1842, en Londres, se pagaba cerca de seis pesos moneda nacional por una libra de azúcar.

Tome agua caliente si desea tener buen color

No podemos menos que parecer bien y sentirnos mejor después de un baño interior.

Lucir uno bien y sentirse mejor es gozar de un baño interno todas las mañanas para eliminar del sistema los desechos del día anterior, las fermentaciones ácidas y las toxinas venenosas antes de que sean absorbidas por la sangre. De la misma manera que el carbón cuando arde deja tras sí cierta cantidad de material incombustible en forma de ceniza, así el alimento y la bebida tomados cada día dejan en el canal digestivo cierta cantidad de material no digerido que, si no se elimina, forma toxinas y venenos que son entonces absorbidos por la sangre a través de los mismos vasos que sólo están destinados a extraer nutrimento para sostener al cuerpo.

Si usted quiere ver el vivo color de la flor lozana en sus mejillas, ver su cutis más y más hermoso, se le recomienda tomar todas las mañanas al levantarse un vaso de agua caliente con una cucharadita de fosfato limestone, que es un medio inofensivo de eliminar del estómago, el hígado, los riñones y los intestinos las materias de desecho y las toxinas, y de este modo limpiar, suavizar y purificar el canal digestivo antes de introducir más alimento en el estómago.

Los hombres y mujeres que tienen piel cetrina, manchas hepáticas, barros o semblante pálido, así como los que despiertan con lengua saburrosa, mal sabor, aliento fétido, y otros que padecen de dolores de cabeza, bilis, acedía o de estreñimiento deberían empezar a tomar esta agua caliente fosfatada y se les garantiza muy notable resultado en una o dos semanas.

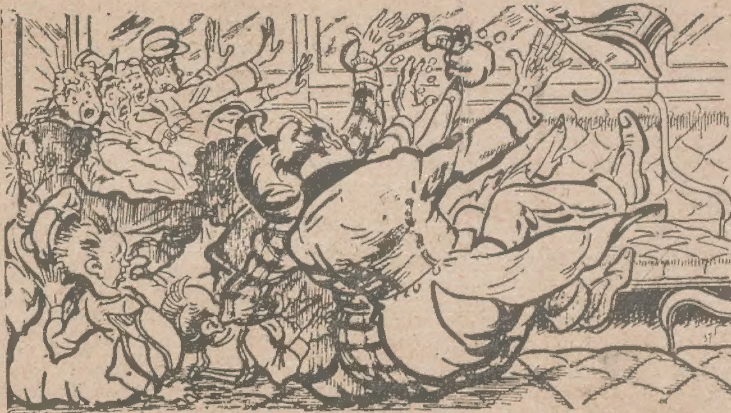
Un cuarto de libra de fosfato limestone cuesta muy poco en la botica, pero es suficiente para demostrar que justamente como el jabón y el agua caliente limpian, purifican y refrescan la piel por afuera, así el agua caliente y el fosfato limestone obran sobre los órganos internos. Debemos considerar siempre que el aseo interno es mucho más importante que la limpieza externa, porque los poros de la piel no absorben impurezas para la sangre, mientras que los poros del intestino, sí.

El fosfato limestone se expende solamente en latitas cuadradas y toda oferta en otra forma debe rechazarse.

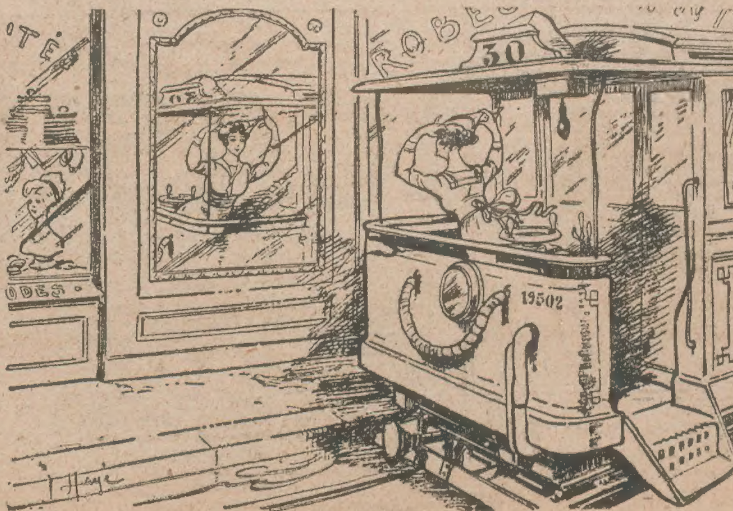
Para informes: L. F. MILANTA

Rivadavia 1255 Buenos Aires

UNA PARADA BRUSCA



—¿Cuál puede ser la causa de esta parada brusca del tranvía?...



—La conductora pasa delante de un espejo...

Nombres de las ciudades norteamericanas

La lectura de un mapa de los Estados Unidos es pródiga en sorpresas: los nombres de las ciudades van desde la simplicidad alfabética hasta la fantasía más original.

Dos ciudades de Texas son designadas lacónicamente por la letra K. Otra, del Tennessee, se llama ABC.

El alfabeto griego está abundantemente representado: Alfa y Omega, la primera y última letras de ese alfabeto designan, cada una, a cerca de una docena de poblaciones. Kapa y Teta, otras dos letras griegas, figuran cuatro veces como nombres geográficos. Diez y ocho ciudades o pueblos de los Estados Unidos se llaman Delta.

Muchas ciudades han sido bautizadas con palabras latinas: Urbs (en Georgia), Summus (en Nueva York), Optima y Nhil (en Pensilvania), Vox (en la Carolina del Sud), Duo (en Tennessee), Ego (en territorio indio) y Amicus, Pax, Exit y Vox Populi (en Texas).

Figuran también las musas y buen número de los dioses del Olimpo antiguo; Apolo, Diana, Júpiter, Baco, Juno, etc.

Son numerosas las ciudades que tienen igual nombre que las capitales europeas: París, Londres, Berlín, Roma, etc.

No menos curiosos son estos breves nombres propios del país donde el tiempo es oro: My, Ai, Ho y Za.

Ojo clínico

El.—Yo nunca me doy prisa ni me preocupo de nada.

Ella.—¿En qué oficina pública está empleado usted?

DONDE LAS "CATOFLES" QUEMAN



Se puede hablar con el enemigo, dentro de ciertas condiciones.

Cúrele el resfriado a su hijo, dándole a tomar el Jarabe de Higos "California."

Limpia el hígado y los intestinos delicados, y el niño se cura instantáneamente.

Cuando su hijo tenga un fuerte resfriado, no aguarde más tiempo; dele a su pequeño estómago, hígado e intestinos, un laxante suave, pero eficaz. Si el niño está intranquilo, malhumorado, indiferente, pálido, no come, no duerme ni se porta bien; si tiene el aliento fétido y el estómago ácido, dele una cucharadita del Jarabe de Higos "California", y en pocas horas desaparecerá de sus intestinos ese estreñimiento venenoso, bilis ácidas y comida no digerida, y el niño volverá a estar sano y contento.

Si su hijo tose, y ha cogido un resfriado, o está febril o tiene mal de garganta, dele una buena dosis del Jarabe de Higos "California", para limpiar los intestinos, no importa que se le esté dando otro tratamiento.

No hay que instar al niño enfermo para que tome este "laxante de fruta" inofensivo. Millones de madres lo tienen siempre a la mano, porque conocen su acción en el estómago, hígado y los intestinos y saben que es rápida y eficaz. También saben las madres que un poco de este jarabe que se le dé hoy, salvará al niño enfermo mañana.

Pídale al boticario una botella del Jarabe de Higos "California", que contiene las direcciones completas impresas en cada botella, para niños de todas las edades y para adultos. Cuídese bien de otros jarabes falsificados de higos. Compre el genuino, fabricado por "California Fig Syrup Company".

Entretenimientos viejos y nuevos

NEGROS Y BLANCOS

Problema.—Un barco naufragó en alta mar y la tripulación, compuesta del capitán y 30 marineros, se salvó en un bote. Quince de los marineros eran negros y los otros quince blancos. Estuvieron varios días a merced de las olas, sin probabilidades de llegar a puerto ni de ser recogidos, hasta que, habiéndose casi agotado las provisiones, el capitán resolvió arrojar al mar a la mitad de los marineros. Pero como deseaba que las víctimas fueran los negros y al mismo tiempo quería que la elección pareciera casual, dispuso a los marineros en fila y declaró que el décimo sería arrojado al mar. Contaron quince veces y siempre el décimo resultó ser un negro. ¿Cómo colocó a los marineros?

Solución.—Los colocó en este orden: 2 blancos, 1 negro, 3 blancos, 5 negros, 2 blancos, 2 negros, 4 blancos, 1 negro, 1 blanco, 3 negros, 1 blanco, 2 negros y 2 blancos, como se ve en la siguiente figura:

○○●○○○●●●●●○○●●○○○○●○●●●○●●○○

NÚMERO MÁGICO

Problema.—Dividir al número 45 en cuatro partes de manera que el resultado sea el mismo en cada caso agregando 2 a la primera parte; restando 2 a la segunda; multiplicando la tercera por 2 y dividiendo la cuarta por 2. **Otro:** Restar 45 de 45, de modo que el resultado sea 45.

Solución: 8+12+5+20=45. 8 más 2, igual a 10; 12 menos 2=10; 5 multiplicado por 2=10; 20 dividido por 2=10. La solución del segundo problema se obtiene mediante la siguiente operación de sumas y resta:

$$9+8+7+6+5+4+3+2+1=45$$
$$1+2+3+4+5+6+7+8+9=45$$
$$8+6+4+1+9+7+5+3+2=45$$

EL ALTAR

Este altar, con su cruz y dos cirios encendidos, se hace dando un solo corte de tijera en un papel plegado. Se toma un pedazo de papel, oblongo, de un largo doble del ancho y se pliega según indican los dibujos de la figura 1. Primero se dobla por el medio, a lo largo, como indica la línea interrumpida del dibujo 1, de manera que el doblez quede a la izquierda. Hecho esto se pliega un cuadrado en la parte superior de la faja

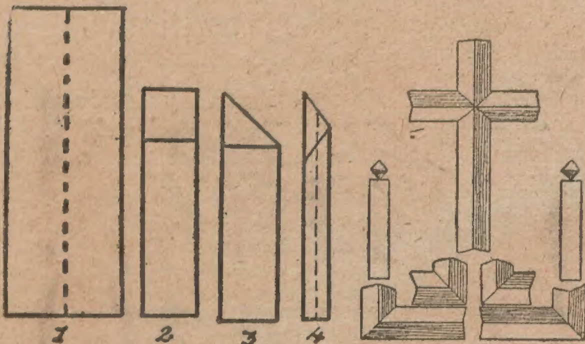


Fig. 1 Fig. 2

(dibujo 2) y luego la mitad del cuadrado diagonalmente (dibujo 3); por último se pliega el papel por el medio, a lo largo, pero esta vez con el doblez a la derecha y se le da un tijeretazo cortando por la línea de rayitas del dibujo 4. Se tendrá así todas las partes que, desplegadas, pueden ser dispuestas de acuerdo con la fig. 2.

LOS PERROS RESUCITADOS

Aquí tenemos (figura 1) dos perros muertos. Se trata de resucitarlos trazando con un lápiz cuatro rayitas insignificantes. Se ofrece la figura a la persona a quien

Fig. 1 Fig. 2

se pide la solución, y si no da con ella, se le presenta la figura 2, en la que, mediante cuatro rayas, los dos perros aparecen lanzados en una carrera.

Una anécdota de Wellington

En un libro publicado en Inglaterra con el título de "Recuerdos militares de un coronel retirado", se refiere cómo resolvió el duque una grave cuanto chistosa cuestión de ordenanza.

En el palacio de Hampton Court se daba casa a la viuda de cierto oficial muy distinguido y a una linda muchacha, hija suya.

Un día salió ésta a la calle con delantal, y se le ocurrió preguntar al centinela de la puerta qué hora era. El soldado, creyendo habérselas con una criada bonita, la respondió:

—La de besar y media.

Y uniendo la acción a la palabra, dió un beso a la muchacha.

Toda indignada, fué la joven a contar a su madre lo ocurrido. La madre escribió en seguida una carta al coronel quejándose de las demasías del soldado, y el coronel, medio en serio medio en broma, transmitió la queja al comandante en jefe de la fuerza, y éste contestó a la ofendida dama en estos términos: "El feld-mariscal duque de Wellington, al mismo tiempo que deplora lo ocurrido a miss Q., la hace saber que no ha encontrado en las ordenanzas ni en las leyes que atañen al ejército ningún artículo por el que pueda considerarse delito el besar, juzgándolo militarmente. Está prohibido a los centinelas dirigir la palabra a nadie, pero en este caso ha sido miss Q. la que ha empezado la conversación; y aunque el centinela la ha respondido de un modo poco corriente, no ha faltado a la disciplina en lo más mínimo."

OCASIONES excepcionales ofrece nuestra LIQUIDACION

LIQUIDAMOS A $ 35.— Trajes de saco, confeccionados en casimires ingleses, gustos de moda (para hombres).

LIQUIDAMOS A $ 42.— Sobretodos confeccionados en casimires de alta calidad, modelos de moda y gustos de gran fantasía (para hombres).

LIQUIDAMOS A $ 2.90 Trajes de punto, compuestos de tricota, pantalón corto y gorra en una gran variedad de colores lisos, para niños de años 2 a 6.

LIQUIDAMOS A $ 2.90 Camisas blancas o de color, muy bien terminadas y amplias.

LIQUIDAMOS A $ 6.90 Sombreros de castor, forma orion, en colores grises, marrones y negro, con forro de seda, artículo muy especial.

LIQUIDAMOS A $ 10.50 Galeritas inglesas de verdadera nutria, en negro, formas de última moda.

LIQUIDAMOS A $ 1.90 Medias de pura lana, negras, artículo extrafuerte, tinte firme.

LIQUIDAMOS A $ 1.25 Corbatas de pura seda, gustos de gran fantasía y aceptación.

Y otra gran cantidad de artículos imposible de enumerar.

Visítenos y economizará dinero.

M. ZABALA
B^{me} MITRE y ESMERALDA

El peregrino de Palestina

Una inmensa y abigarrada multitud de judíos y judías pobres se agolpaba delante de las puertas de la gran sinagoga de Manchester, empujándose tan desesperadamente que no sentían la crudeza de esa tarde de invierno. Era una muchedumbre que se extendía desde el pórtico de anchos pilares hasta el pie de las gradas, hasta la verja de hierro y más lejos, en la calle misma. Los bancos de madera del edificio sagrado estaban ya ocupados por un millar de personas, sudorosas, sentadas al azar, las mujeres con los hombres y los hombres en la galería destinada a las mujeres, dándose cuenta con desagrado, por primera vez, de la verja que tradicionalmente los separaba. Ya había sonado la hora del sermón y la policía trataba en vano de cerrar las puertas, pero esa poderosa multitud se empujaba a sí misma cada vez más hacia adelante, trastornada por la larga espera y por el temor de no poder entrar.

Un agente de policía pudo penetrar por una puerta trasera y fué a decir al héroe de la tarde que si no retardaba su discurso hasta que hubiera entrado al templo la mayor parte de la multitud, no se podría evitar un levantamiento. Y entonces se permitió a esa marea humana que avanzara lentamente y se desparramara en todos los rincones del edificio, hasta el momento en que, inmóvil a la fuerza, no formó más que una sola masa apretada, semejante a las aguas del Mar Rojo. Y cuando, por fin, se cerró las puertas y millares de rostros cetrinos, iluminados débilmente por las luces de los picos de gas, se volvieron hacia el alto púlpito en que el orador permanecía de pie—silueta dominadora que se destacaba sobre el fondo místico de la cortina del Arca—parecía que todo el "ghetto" de Manchester, toda la población de Strangeway y de Redbank se había reunido en esa sinagoga, marea humana agitada por una de esas influencias que siempre, a través de los tiempos, sacuden el torpor de la raza judía.

Entre esa multitud de míseros, atraídos por la reputación de un rabino que no era más que el portavoz de una especie de mesías millonario, que se había consagrado a la restauración y a la redención de Israel, Aarón, el buhonero, feo, pálido, encorvado, con su traje raído y en las orejas los aros piadosos. Era un pobre infeliz, poco considerado, aun por aquellos con quienes acababa de esperar, y con los cuales había sufrido pacientemente, durante horas, apretones y empellones. Aarón no significaba nada en un mundo donde no hacía más que estorbar y del cual no veía mucho. Pues aunque sabía entendérselas para realizar sus pequeñas ganancias con las chucherías que vendía, superaba aún a todos sus hermanos en esa falta de inteligencia y de comprensión de los asuntos de actualidad, que hace a menudo del judío ruso, un profeta político. El interés que Aarón tenía por la política, se limitaba a las guerras de los reyes de Israel y a los excesos de Tito y de Antíoco Epifano. Para él, el mundo moderno estaba compuesto de judíos y paganos, y la sociedad dividida en dos secciones: los ricos y los pobres.

—¿No se siente dichoso al pasear así?—le preguntó benevolentemente, cierta vez, un miembro de la primera sección.—Si bien no es muy agradable en invierno, en cambio en verano puede contemplar hermosos paisajes.

—Como me paseo para vender mis cosas,—repuso el buhonero,—tengo que hacer algo más que ocuparme de la belleza del paisaje.

Y, aunque le conmoviera mucho el honor que le había hecho ese personaje al dirigirse a él, su ingenua respuesta expresaba una verdad. En efecto, vivía en un extraño mundo de ensueños y no veía de la realidad que le rodeaba más que las mil chucherías que constituían el "stock" de su negocio. Era más feliz en las calles sórdidas de Strangeway, donde veía pegados en las vidrieras de los bodegones pedazos de papel cubiertos de palabras hebreas y donde había siempre una sinagoga cerca, que cuando cruzaba los campos floridos bajo el vasto cielo azul, o cuando se tendía a descansar a orillas de un arroyo murmurante. Sus enemigos lo habrían considerado como un hombre estúpido, pero no era suficientemente importante como para tener enemigos. Y los que se burlaban de él al verle pasar lo hacían sin intención de ofenderle personalmente. Para sus amigos—si es que se puede llamar así a los pocos que conocían su existencia—era un "schlemihl", es decir, un pobre diablo sin suerte.

—Un hombre que gana una libra por semana y que ni siquiera está casado!—decía tristemente el agente matrimonial, el "shadchau", a un grupo de sombrereros.

—Es un "schlemihl" tan pobre que ningún padre, estoy seguro, pensaría en él,—agregaba otro que tenía todo un ramillete de hijas de ojos negros.

—Se casó en Rusia,—decía otro,—pero la mujer murió precisamente cuando pudo mandarle el dinero necesario para que se reuniera a él.

—¡Y todavía lo llaman un "schlemihl"!—exclamó Moshelé, el cínico.

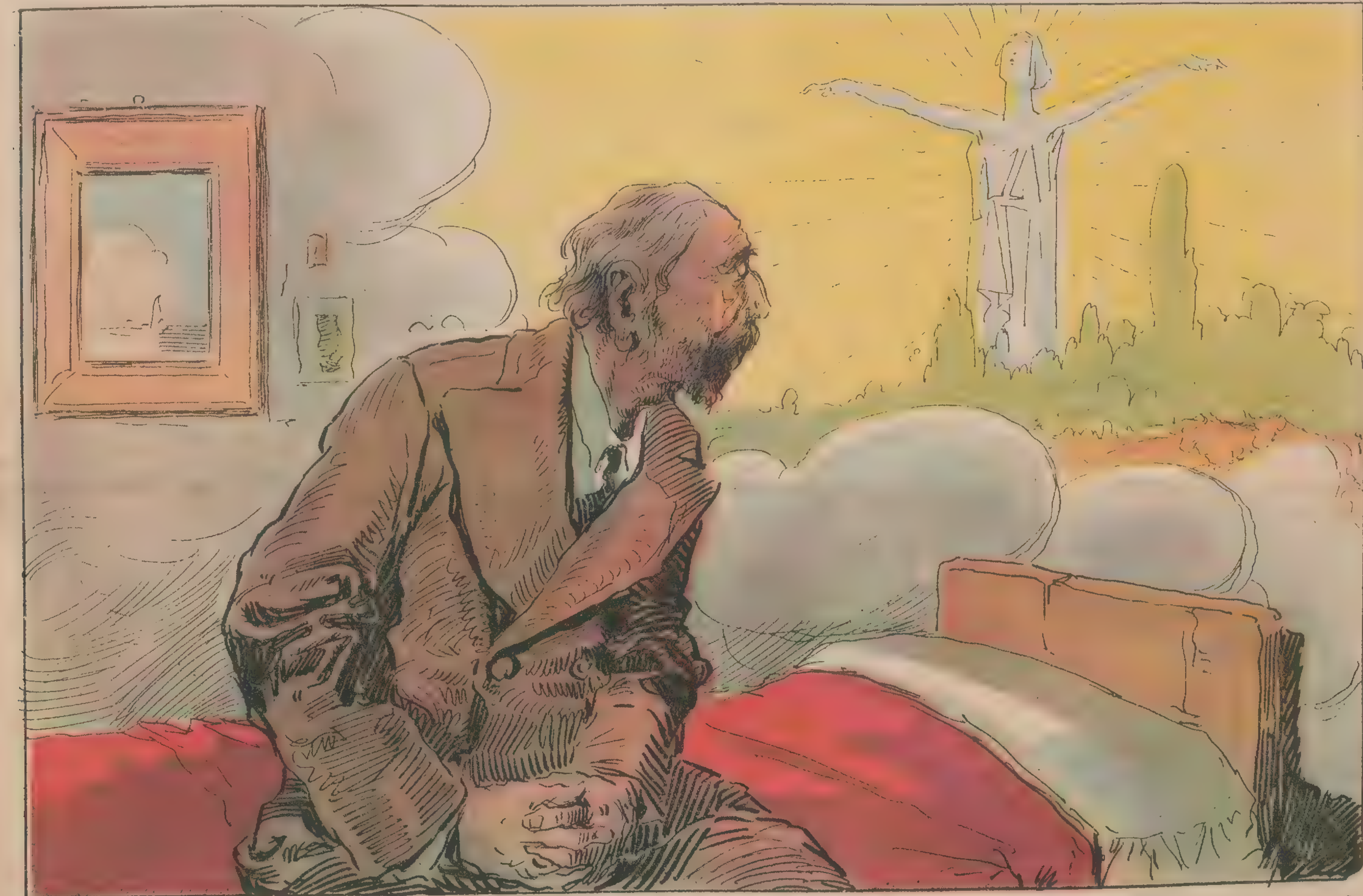
Es que la familia de la mujer se quedó con la plata,—replicó el que refería la historia. Y todos rieron.

Era la verdad. Después de tres años de esfuerzos y de privaciones, Aarón había preparado una casita inglesa a su Yeuta, pero ahora, en vez de estar a su lado, la mujer dormía allá lejos, en una tumba rusa.

Tal vez si hubiesen sabido por qué no había podido enviar antes por ella, sus amigos no hubieran dudado de que se trataba de un "schlemihl" de nacimiento. Diez y ocho meses después de haber desembarcado en Londres y habiendo aprendido entretanto el inglés y el cálculo en los cursos nocturnos para adultos hebreos, Aarón logró emplearse como dependiente en casa de un vendedor de ropa de Ratcliffe. Pero pronto advirtió que se esperaba de él que falsificara las cuentas, sobre todo cuando los clientes eran marineros ebrios.

—Bien; le regalaremos la bufanda—decía amablemente el generoso ropavejero,—y por el chaquetón no le cobraremos más que diez y ocho peniques: es casi nada ¡un chaquetón que parece nuevo!

Pero cuando Aarón escribía la factura, le hacían señas para que pusiera los diez y ocho peniques en la columna de los chelines y,—si el comprador parecía bastante ebrio y bastante rico,—que pusiera también la fecha del mes en la misma columna y que la sumara con el resto... Aarón, aunque no tenía ningún escrúpulo en elevar prudentemente el precio real de la mercancía, se negó a complicarse en esa pillería y fué despedido. Necesitó dedicarse durante un año a diversas ocupaciones para reunir una cantidad de baratijas y convertirse en vendedor ambulante. Y en seguida se trasladó a Manchester, centro más lucrativo que la metrópoli. Muerta Yeuta, ya no ocuparon sus pensamientos nada más que sus ganancias y las cosas de la religión.



Tal era uno de los millares de seres que se agolpaban esa tarde en la sinagoga; tal era uno de los miembros más despreciados dentro de una congregación que es, ella misma, considerada por el mundo como una lamentable multitud de pobres supersticiosos, una multitud que en ese momento temblaba de emoción en la penumbra del templo.

La imaginación oriental del auditorio exaltaba las palabras sencillas y más bien frías del orador, les daba calor y las envolvía en una aureola de misterio. Pero pronto los suspiros y los sollozos ahogados de esa pobre gente que lo escuchaba conmovieron también al orador y, contagiado por la emoción, se estremeció como sus oyentes. Y entonces se levantó ante ellos y ante él una visión, entrevista a travs de las lágrimas, de Israel dueño otra vez de la Palestina, de un reino donde de nuevo correría la leche y la miel, de una tierra cubierta de trigo, de viñas plantadas por sus propias manos, de Sión, en paz con el mundo entero, árbitro de las naciones, cumpliéndose así las palabras del profeta: "Pues de Sión vendrá la ley y la palabra de Dios vendrá de Jerusalén".

Esta visión invadió a Aarón como una verdadera

intoxicación divina. Golpeaba el suelo con el pie, aplaudía, lloraba. Sentía correr las lágrimas por sus mejillas, semejantes a las corrientes saludables que riegan la tierra del Paraíso. Era algo real, que casi se podía tocar... El mismo podía esperar verse un día sentado bajo una higuera, feliz, tranquilo, sin temor de ser objeto de la burla de los chicuelos cuando pasara por la calle. Siempre había esperado vagamente los milagros mesiánicos, pero en esa tarde mágica, las palabras del rabino le abrieron los ojos, y bruscamente comprendió que en Israel, desde que cada uno era su propio sacerdote, no teniendo necesidad de ningún mediador, cada uno debía ser también su propio mesías.

Y mientras salía de la sinagoga, sin darse cuenta de la multitud que parloteaba, y se empujaba, se vió en Sión, adorando a su Dios en el templo sagrado cuyo edificio se levantaba espacioso y espléndido como la Bolsa de Manchester. Sí, los judíos debían volver a Palestina; debía haber una gran migración voluntaria, grande, aunque gradual. Lentamente, pero sin vacilaciones, los judíos debían reconquistar su país, abandonar todo comercio con los paganos, volver a su tierra, trabajarla y cultivarla de nuevo. Y la fiesta de la cosecha se convertiría así en una realidad en vez de no ser más que una serie de fórmulas de oraciones. Terminaría entonces la expiación de Israel y las estrellas de la mañana cantarían otra vez como en el día primero.

Mientras se dirigía a su casa transitando por las sórdidas calles de Ternie y Verdon, y miraba las ventanas sin cortinas de las casas de un solo piso, sintió más vivamente su miseria, por contraste con la visión brillante que había vislumbrado. En lugar de una familia amontonada en una sola pieza miserable, vió grandes granjas y vastas extensiones de jardines; y ahora que la sentía vinculada a la religión comenzó a comprender toda la belleza de la tierra que hasta entonces había ignorado. Así fué como Aarón se convirtió en un político y en un hombre moderno.

Al cruzar el cuarto del vendedor de pollos (alquilaban los dos una misma casa, pagando cada uno por su pieza), se detuvo ante el grupo de mujeres que se disponían a desplumar los pollos y les habló calurosamente de las grandes granjas de Palestina, donde se criaría toda clase de aves de corral. Se sentó en la cama que ocupaba casi la mitad del tenducho, y fué casi elocuente al referirse a la gran campaña de colonización y de la Sociedad de los Amigos de Sión que se ramificaba en todo el mundo.

—Sí, pero si en Israel cada uno tiene su granja, ¿quién me comprará pollos? — decía la mujer del vendedor.

—Pero entonces no será necesario que usted venda pollos — trató de replicar Aarón.

El vendedor movió la cabeza en señal de incredulidad.

—Toda la congregación se ha vuelto loca — dijo al fin. — En cuanto a mí, estoy seguro que cuando el Señor (¡alabado sea su nombre!) nos restituya a Palestina, lo hará sin causarnos mal alguno. ¿Acaso no está escrito: ' Te llevaré como sobre las alas del águila?''

En los días que siguieron, Aarón comprobó con placer que muchos de los que habían oído hablar al rabino en la tarde memorable, esperaban milagros de la Providencia y del millonario. Aarón pudo formar entonces una pequeña sociedad compuesta de algunos seres que, como él, querían volver a Palestina, para ''sembrar la simiente del Reino''. Pero el entusiasmo no duró mucho. Poco a poco se fué desorganizando la hermandad de los peregrinos de Jerusalén, y por último Aarón se quedó solo, pero siempre con su inquebrantable resolución.

—No tiene que pensar más que en usted solo; en cambio, nosotros tenemos mujer e hijos — le decían, disculpándose, los que lo abandonaban.

—Tengo que pensar en mi fe — respondía con amargura Aarón.

Y en realidad, su fe en la visión del Reino de Jerusalén, era inquebrantable. Había economizado para el gran viaje y hasta para vivir algunos días después de su llegada a Palestina. Cuando se estableciera en Tierra Santa, ya sabría él, predicando, convencer a los hombres de su falta de fe... Y Aarón el despreciado, el último de los hijos de Israel, podría también desempeñar una misión en la repatriación de su pueblo.

—Ya volverá — le dijo escépticamente el vendedor de pollos, y agregó, con burlona jovialidad, parodiando el voto sagrado: — ''El año que viene, en Manchester''.

—No; no volveré — contestó Aarón. — No puedo volver; he vendido todas mis cosas a José Petowski y le he cedido la clientela.

Algunos de los que lo habían abandonado, lo aclamaron en el andén de la estación, deseándole buen viaje.

—¡El año que viene, en Jerusalén! — les gritó, explicando al escepticismo profano del vendedor de pollos.

Fué por tierra hasta Marsella, y de este punto, en vapor hasta Asia Menor. ¡Viaje terrible!: sus sentimientos religiosos le prohibían beber o comer con los paganos y aun servirse de sus utensilios. Su equipaje contenía algunas provisiones y unas piezas de vajilla; en todo el viaje no compró más que pan seco.

Se halló, por fin, a bordo de un vapor mediterráneo; se instaló en un rincón de la cubierta, donde una multitud de seres pintorescos y miserables, infelices desechos humanos, dormían sobre las ropas que traían consigo. Había una cantidad de niños pequeños, toda clase de animales, sobre todo aves, en jaulas, todo un montón de cargamento humano que apenas se distinguía de los equipajes por un pie o una mano que salía de entre ellos. Allí se veía beduínos, armenios, españoles, un turco con sus mujeres para las cuales había improvisado una carpa especial, algunas mujeres griegas, sirios procedentes del Líbano y judíos de ambos sexos. Pero Aarón no trabó al principio relación con ellos, que se hallaban lejos, y él se sentía medio muerto de hambre y de mareo. Había pensado que podría hacerse su té, en su tetera y su taza, pero el cocinero no quiso darse el trabajo de darle un poco de agua caliente. Sólo le sostenía y animaba la visión que presentía cercana.

Por último, a consecuencia de un drama que hubo de ocurrir — una judía egipcia que quiso arrojarse al mar con su hijo recién nacido — Aarón se acercó a sus correligionarios. Entre éstos halló a un joven ruso que participaba de su ensueño de una Palestina donde correría la leche y la miel y donde se profesaría las santas doctrinas. Este ruso era miembro de la Sociedad de Amigos de Sión. Era un joven pálido, de mirar apagado y barba rojiza. Llevaba un traje raído, un sombrero viejo y una camisa de algodón, de dudoso color. Pero unía, a la ciencia de los judíos viejos, una comprensión muy moderna del sentido de sus fórmulas habituales. Y así se aliviaron, al final, las penalidades de viaje de Aarón, hasta el momento en que el ruso desembarcó en Alejandría. Solía sentarse a sus pies, para oirle, en una especie de arrobamiento, recitar citas de ''Los deberes del corazón''; de Bachja, o del ''Libro de la Fe'', de Saadja Gaon. Entre los otros judíos había uno, alemán, con algo de Sancho Panza, que quería pasar ante los demás pasajeros como hombre de buen sentido, libre de supersticiones.

—La única razón que impulsa a los hombres a ir a Palestina, — decía — es la de que piensan, como dice el salmo, que la tierra olvida los pecados. Y creen también que los muertos que no sean sepultados en la Palestina, cuando suene la trompeta que anuncie al Mesías, tendrán que vagar bajo tierra y bajo el mar para llegar a Jerusalén. Parten, pues, para morir en la Palestina y evitarse ese viaje subterráneo. Además, Maimónides dice que el período mesiánico no durará más que cuarenta años. Tal vez tienen miedo de que terminen las fiestas y que el Leviatán sea comido antes de que lleguen.

—Siempre hay imbéciles en el mundo — contestó el ruso — y su piedad no puede darles inteligencia. Esa gente que toma todo al pie de la letra, imagina que el templo se agranda milagrosamente porque el Talmud dice que por grande que sea la multitud de los fieles, siempre habrá sitio para ella. No ven cuán bella es esta metáfora, aunque el Tercer Templo sea el del Espíritu y no el del Fuego, como traducen la profecía los materialistas literales. Ningún mesías vendrá jamás de un cielo que se entreabra. Si un cristiano hace algo de malo, es el individuo quien lo hace; pero si es un judío, es la nación entera. ¿Por qué? Porque no tenemos un país propio y por lo mismo nos hacen a un lado en todos los países. Pero debemos tener un país y lo tendremos. El hecho mismo de que todavía pensemos en él, demuestra que debemos reconquistarlo. Sin país, nuestra raza morirá. Sin nosotros, nuestro país morirá. Nos espera. ¿Por qué ninguna otra nación no lo ha poseído y cultivado? ¿Por qué?

—¿Por qué los patos van descalzos? — replicó el alemán, citando burlonamente el proverbio judío.

—El país nos espera — continuó con fervor el joven ruso — a fin de que podamos completar nuestra misión. Jerusalén debe ser la fortaleza de la Paz en la Tierra. Enseñará a las naciones a rivalizar, no con las armas de acero o con el oro, sino con la verdad y la pureza. Enseñará a cada hombre que existe para los demás hombres y que, a no ser así, los hombres serían como bestias. Si yo creyera que esta esperanza de Israel es mentira, me arrojaría al mar.

El alemán se encogió de hombros y replicó de buen humor:

—Parece que usted y la egipcia se entenderían bien.

En Alejandría, donde debían ser desembarcados gran parte del equipaje y los más de los pasajeros judíos, Aarón quedó retardado por una larga cuarentena, de tal suerte que tuvo que vagar entre los malos olores de la ciudad sucia, antes de que sus pies hollaran las calles sagradas de Jerusalén. Pero por fin se puso en viaje directamente para Tierra Santa, y un día mágico el peregrino, pálido y exhausto, contempló con piadosa alegría, la línea gris de los peñascos que gradualmente se trocaron en azoteas y techos rojos, rodeados de palmeras verdes. ¡Jaffa! Pero el mar cruel se extendía y rugía aún entre él y esas orillas sagradas. El barco ancló por fin cerca del puerto viejo y lentas barcas manejadas por árabes y sirios robustos, se acercaron para transportar los pasajeros. Aarón fué arrojado sin ceremonia desde la cubierta en el preciso momento en que la barca tocaba al costado del vapor; cayó dentro de ella, todo salpicado de agua, mas con el corazón desbordante de alegría. ¡La tierra de sus padres! Por fin había llegado y, transportado de felicidad, el pobre ser errante tuvo por primera vez en su vida el sentimiento de la dignidad tranquila de un hogar ancestral. Pero mientras el barco se deslizaba lentamente hacia el canal, entre los negros peñascos salpicados de espuma, sentíase torturado por el presentimiento de que alguna fatalidad irónica le haría naufragar cuando empezaba a realizarse su esperanza. Oraba silenciosamente, con los ojos cerrados y pronto su plegaria se transformó en acción de gracias... Subía las gradas del embarcadero, con su valija al hombro, casi en éxtasis, y tenía ya un pie en Tierra Santa, cuando un empleado turco, vestido de uniforme, le interpeló, en árabe:



—¿Su pasaporte?

Aarón no comprendía. Uno de los circunstantes tradujo lo que se le decía.

—No tengo pasaporte — repuso, mientras un terrible presentimiento le oprimió el corazón.

—¿A dónde quiere ir?

—Vengo a vivir en la Palestina.

—¿De dónde viene?

—De Inglaterra — contestó confiado, sabiendo que era ésta una palabra que servía de pasaporte en todo el mundo.

—¿Usted es inglés?

—No, — dijo balbuceando — pero he vivido en Inglaterra muchos años.

—¿Naturalizado?

—No.

—¿De qué nacionalidad es usted?

—Soy ruso.

—¿Y judío, naturalmente?

—Sí.

—Ningún judío ruso puede entrar en la Palestina.

Y obligaron a Aarón a volver a la barca, que lo llevó al vapor que lo había traído.

Israel ZANGWILL.

TEATROS



La bella y simpática primera tiple, señorita Pura Blaye, figura que se destaca entre el elemento femenino de la compañía Vittone-Pomar, que actúa en el teatro Nacional, donde aquélla está obteniendo marcados triunfos por el acierto con que desenvuelve su inteligente labor artística.



Señorita René Pocovi, graciosa damita joven del elenco del teatro Mayo. La descollante actuación de esta artista, en la interpretación de los papeles que corren a su cargo, se halla evidenciada por los éxitos que obtiene todas las noches.



Marilynn Miller, joven artista teatral norteamericana que ha adquirido en breve tiempo una afortunada popularidad. La crítica periodística de los Estados Unidos ha emitido unánimemente los más favorables juicios sobre las notables cualidades escénicas que reune esta joven, a la cual augura un brillante porvenir artístico.

DEL ÚLTIMO CORREO



En el frente del Oise.—Una pieza de marina de la armada francesa actuando entre las baterías terrestres.

La defensa aérea de París

Así que los observadores apostados a la retaguardia del frente han dado la señal de que una escuadrilla enemiga acaba de franquear las líneas, el teléfono anuncia por todas partes la llegada probable de los piratas aéreos que desde entonces son observados y cañoneados constantemente. Si por cualquier circunstancia logran llegar hasta las afueras de París, las baterías especiales, establecidas en número considerable, entran inmediatamente en acción. Unas hacen fuego con todas sus piezas sobre el objetivo movible, que más bien se adivina que se ve a los rayos de los proyectores, y otras ejecutan un tiro de cortina, de tal modo que los proyectiles se siembran por las diversas zonas superpuestas del espacio. Gracias a las detonaciones innumerables que se producen a diversas alturas, buen número de aviones "boches" se ven obligados a retroceder o exponerse terriblemente, esperando una oportunidad para salvar la cortina. Los que llegan a cruzarla, son perseguidos y combatidos por los aeroplanos de la defensa, y así con gran precipitación y a la buena suerte, dejan caer sus bombas o torpedos contra las casas habitadas las más de las veces por viejos, mujeres y niños. Durante el tiempo que dura el ataque, el fuego de cortina continúa lanzando al aire miles y miles de proyectiles, cuyos fragmentos, como es natural, caen al suelo en una granizada que de no tomarse precauciones podría ser mortífera.

Sin embargo, no hay que exagerar más de lo conveniente el peligro a que estos fragmentos al caer pueden exponer a los habitantes de la población atacada y defendida. Puede uno convencerse del alcance del peligro al examinar cuidadosamente la manera en que se desarrollan los hechos.

Primero, no hay que creer que el número de obuses lanzado sea tan numeroso como el que imaginan o quisieran ver. Los estrategas de cámara, que tienen para todos los problemas de la guerra, soluciones decisivas, no cesan de reclamar de los poderes públicos, que se adopten medidas más apropiadas, para, segúu ellos, hacer imposibles los ataques aéreos del enemigo. Para ellos, la medida consistiría en abrir, desde el momento en que se descubriera el enemigo, un tiro suficientemente intenso para formar una barrera infranqueable. Si hubiera que complacerles, lo menos que se podría hacer, sería establecer en un frente de 50 kilómetros de largo, que es el límite de la aglomeración parisiense, un cañón por cada 25 metros, o sean 2.000 piezas; después, formar diez cinturones idénticos y hacer ejecutar a cada una de las 20.000 piezas así formadas en batería, un tiro eficaz y de cadencia rápida durante todo el tiempo que durara el ataque, es decir, dos horas por lo menos, en los casos más favorables. Teniendo en cuenta la velocidad media de los aviones, sería necesario para que ninguno de ellos pudiera pasar, un tiro de 20 golpes por minuto, lo que en dos horas representaría 2.400 tiros por cada pieza o 48 millones de tiros por todas las baterías, formando el fuego de cortina. Cada disparo cuesta unos 60 francos, de aquí que el gasto total de este fuego sería de 2.800.000.000 de francos, casi 3 mil millones. En estos momentos, una prodigalidad semejante es imposible; pero aun admitiendo que la cuestión de dinero sea sin valor ni importancia, no hay que olvidar que 48 millones de obuses es muy aproximadamente la dotación de proyectiles que reclama una preparación completa de artillería durante varios días en el frente occidental y esto representa la producción de las fábricas francesas por espacio de tres largos meses. El transporte solamente de los proyectiles ocasionaría algunas dificultades no ligeras, pues no se hacen viajar tan fácilmente 48 millones de obuses de 5 kilogramos cada uno, es decir, 240.000 toneladas. Después, como un cañón de campaña no puede tirar rápidamente por más de cinco minutos sin descansar diez para que se enfríe, no serían 20.000 las piezas que habrían de formar la batería, sino 60.000 por lo menos. Pueden continuarse los cálculos contando el número de artilleros necesarios y los hombres que se emplearían para colocar las piezas en sus posiciones respectivas.

Lo dicho basta para demostrar que la defensa antiaérea de París no tiene el carácter de un denso fuego de cortina, rápido e ininterrumpido. En realidad, el número de obuses que se tiran es ínfimo comparado con las cifras fantásticas que acaban de evocarse. El cálculo, con su fría lógica, nos enseña que los planes más excelentes deben forzosamente someterse a las realidades.

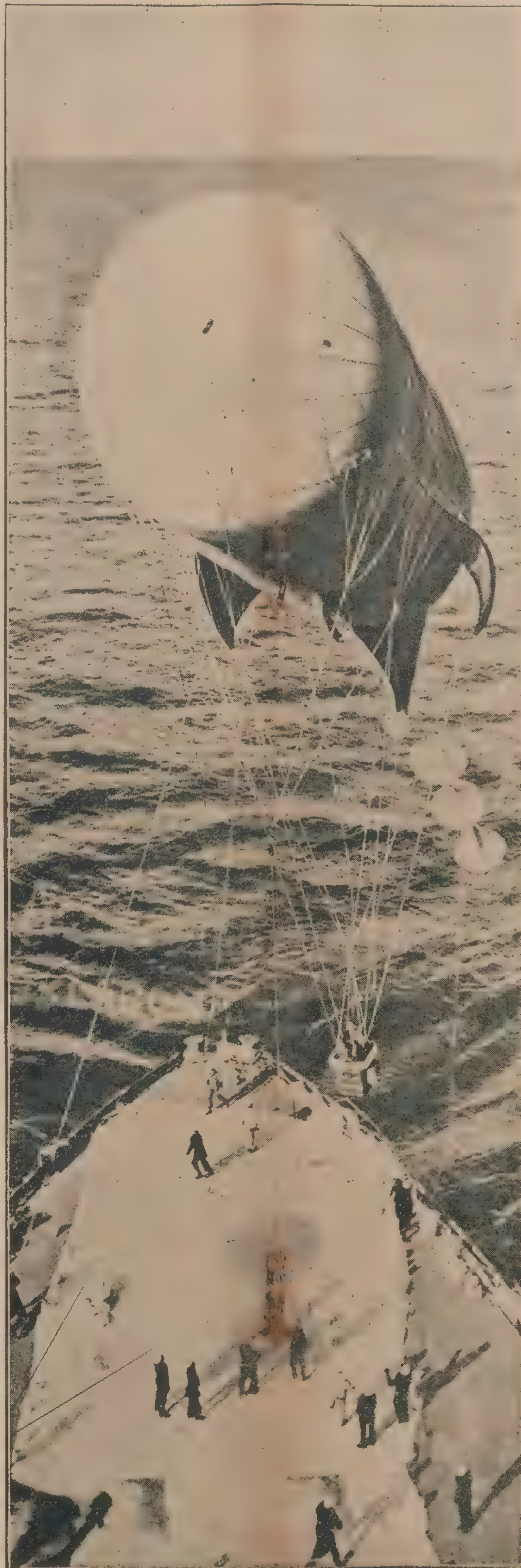
Cada obús estalla en un punto determinado de su trayectoria y se desquicia en un número enorme de pedazos que lanzados en todas direcciones tienen una velocidad propia que hace que cada uno de ellos sea un verdadero proyectil; pero después de haber recorrido una trayectoria más o menos grande, cada fragmento acaba por perder su velocidad propia y entonces cae obedeciendo sólo a la ley de su peso. Antes de llegar al suelo adquiere la velocidad de la caída con grave riesgo de las personas que están en la calle, que de acertar con una de ellas saldrían, indudablemente, heridas. Pero los accidentes son muy limitados. Con raras excepciones, el tiro contra aviones no se hace con "shrapnells", ya que las balas caerían intactas, sino con obuses de carga muy potente para que al estallar formen una concusión capaz de voltear un aeroplano.

De hecho, los proyectiles son menos peligrosos para los aviadores que la concusión de las explosiones.

Con respecto a la población civil, de nada sirve el hacer alarde de un optimismo irracional, cuyas consecuencias, en el momento de un bombardeo aéreo, pueden ocasionar accidentes lamentables e inútiles. Exponerse sin un motivo serio a un peligro cualquiera, no debe considerarse como un acto de valor, sino como una prueba de temeridad loca y condenable.



Un par de burritos de los centenares que emplean los norteamericanos en Francia para llevar café y sandwiches a las trincheras.



Una de las pocas ilustraciones de los métodos empleados por los Estados Unidos para combatir a los submarinos: un globo cautivo que se eleva desde la cubierta de un "dreadnought" llevando en la barquilla un observador que desde gran altura explorará la superficie del mar y podrá advertir a la distancia la presencia de los sumergibles enemigos.



Un cañón francés de 155 milímetros, emplazado también en el sector del Oise.



El teniente Hugues, perteneciente al cuerpo de aviación del ejército de Francia.

Las operaciones en el Mar del Norte

El ministro de marina, M. Leygues, expuso ante la comisión de la marina de guerra, los siguientes detalles sobre los ataques contra Zeebrugge y Ostende: en Zebrugge, los depósitos de contratorpederos, artillería, hidroaviones y embarcaciones que se hallaban cerca del dique, fueron destruídos. Los destroyers alemanes, anclados junto al muelle, sufrieron graves averías; y de los tres cruceros llenos de cemento destinados a bloquear el puerto, uno se hundió a la entrada del canal y los otros dos se sumergieron en pleno canal.

La operación contra el de Ostende tuvo pleno éxito. El "Vindictive" fué hundido a través del paso y lo embotella. Como en Zeebrugge, los torpederos se lanzaron contra las estacadas, y silenciaron a los cañones que las defendían.



El barítono Titta Ruffo, actualmente aviador en el ejército italiano. Fotografía tomada en el aeródromo de Terni.

El ídolo de los canillitas

Diez minutos con Palacio Zino



Antonio Palacio Zino, en el hall de su casa, con sus perros favoritos "La Goya" y "El Venerable". Este es comestible, llegado el caso y previa despetrificación. Se trata de una escultura del doctor Lovyer, para la que sirvió de block un mazapán de Toledo de lejana navidad.

TRES Diógenes dan celebridad histórica a este valle de lágrimas: Diógenes, el de la linterna; Diógenes Aguirre, aquel marqués de Comillas de la Santa Regeneración en marcha, que tuvo su cuarto de hora parlamentario, y a quien tan despiadadamente torpedeó el gobernador Lencinas; y Diógenes Taborda, el caricaturista que localizó el cabito de vela que culmina en la azotea del Apóstol. El segundo dejó de existir políticamente y de figurar para la línea y el comentario. Quedan dos en el cartel periodístico: el del cabito de vela, y el otro, el más "iluminante". A Taborda—caricaturista consagrado, "croniqueur" chispeante amateur teatral, "promesso sposo" y bello entre los bellos, incluído Andrés Bello—corresponde la paternidad de esta página. Muy agradecidos, se la boneteamos a guisa de presentación, aunque el artista no la necesite ni para entrevistarse con el fenómeno Belmonte, nuestro huésped, o para calarlo a don Octaviano Vera, lenguaraz y de Lules.—**Nota de la redacción.**

No hay nada más difícil que hacer un reportaje a una persona popular, me decía siempre un viejo periodista, experimentado en estos lances propios del oficio.

Yo confirmo, sin ser un Victorino de la Plaza o un Benigno Ocampo del gremio, esta observación. FRAY MOCHO, días atrás, solicitóme un reportaje interesante, la nota de la semana, a pedido de varias familias. La figura que debía "presentar" era nada menos que la más conocida del ambiente deportivo rioplatense: Antonio Palacio Zino.

Dar con éste es cuestión un poco embarazosa. En "Crítica", donde hace la sección deportes, no lo pesqué aquella tarde; en los sitios donde frecuenta a animar con sus anécdotas los corrillos footballísticos, tampoco. Y decidido cual pesquisante que quiere hacer méritos, me largué hacia Avellaneda, su actual residencia.

Ya en plena Avenida Mitre me fué fácil inquirir el domicilio del popular periodista, y luego de dos golpes de timbre surge solícita una mucamita que a juzgar por su broncínea tez y su pronunciación algo exótica, para nosotros los de la gran urbe, debe ser de la tierra de las naranjas y la hierba aromática.

Son las cuatro de la tarde y Palacio Zino está visible. Cosa rara. La mucamita nos anuncia y nos hace pasar a una muy discreta salita de espera.

—"El señor está estudiando. Viene en seguida, nos informó la petite fámula, y mientras estoy a la expectatıva, observo de puro curioso, las paredes y los cuadros que la salpican.

Sobre una mesita blanca descansa un ejemplar del Catecismo del Padre Astete. ¡Cosa rara! ¿Acaso es un Pantoja el maestro Palacio Zino?... Este pequeño detalle me invita a filosofar a precio módico. En las columnas de los diarios tanto se habla, escribe y dibuja sobre cracks, fenómenos y malos footballers, así como sobre dirigentes correctos e incorrectos, que es hora ya de brindar unas cuartillas a los que se dedican a ejercer la crítica deportiva en un medio tan huraño y pobre en recompensas y honores, pero sahumado de egoísmos, envidias y calumnias. De ahí mi avidez por reportear al más discutido e ingenioso cronista.

Pasan unos minutos y de pronto siento crujir el piso. Palacio Zino, voluminoso y sanguíneo se me aproxima, reflejando en sus gestos la extrañeza de nuestra visita.

—¿Han incendiado nuevamente la Asociación o lo han raptado al venerable compañero?—me interroga sonriente con una cara infantil e ingenua.

Palacio Zino siempre tiene un chiste, una frase irónica, una sutileza en sus labios y esa característica reflejo de su espíritu, hace que sus artículos diarios sean leídos con atención por los millares de aficionados.

—"Estaba dando las últimas leídas al "Derecho Administrativo". Estoy en plena época de los "huevos", como diría un Maiztegui cualquiera, y como tengo que ofrecerme al examen del decano profesor



Así le veo yo, Diógenes Taborda, el de la sacramental velita.

en la materia, quiero demostrar alguna preparación."

Palacio apura un diminuto cigarrillo...

. . . .

—"Mi padre ejerció el notariado y fué fiscal en Treinta y Tres, República del Uruguay, mi pueblo natal. Asuntos familiares lo trajeron a estos lares. Desde muy niño estoy en Buenos Aires y también y también desde muy joven me inicié en el periodismo. En "El País llené las primeras cuartillas, luego pasé a "La Mañana", donde me intensifiqué en la cuestión football, haciendo en breve tiempo carrera de periodista sportivo. En todos los diarios informativos he colaborado, y mi actuación en el mundo footballístico es múltiple e intensa" (y Palacio Zino deja ver a través de sus expertos ojos el recuerdo de sus clásicas y famosas hazañas en tanto que sus recios dedos sostienen los últimos residuos de un nuevo pitillo).

"Qué puedo narrarles de mis andanzas que no sean harto conocidas. La protesta famosa que gané alegando haber agua salada en aquel "affaire" "La Prensa" y "Riachuelo". ¿El asunto Toledo, que tantos comentarios provocó en ambas orillas?

He recibido en mi vida miles de anónimos y amenazas de muerte (Pólvora en salvas),
Puede ser que me maten mis adversarios en algún hotel.
Soy excesivamente glotón...
A dos cosas le tenido sólo miedo en mis 25 años: al Doctor Orma y a la virgen del Pilar...

Antonio Palacio Zino

Todo un programa de principios.

La ofensiva con agua y otros auxiliares, a la asamblea de la calle Reconquista, en donde una francesita fué mi colaboradora.

—¡Tengo un stock!

El reporteado continúa fumando.

—"Derrotas ni fracasos no he tenido, salvo uno que es comiquísimo. Había que evitar un banquete en el París Hotel, de football, se entiende. Con artimañas logré prender al mantel largo, ya preparado para la tenida gastronómica con un enorme gancho que sujeto a una larga cuerda debía ser recogido a su tiempo desde una casa vecina: Llega la hora. La mesa parecía estar ocupada y a mi orden el mantel surgió por un balcón del hotel en medio del griterío y estupor de los comensales.

Nos fugamos, pero mi desilusión fué grande al saber que el banquete frustrado era la despedida de soltero de un burgués, mientras el festín que yo tenía sentenciado se efectuaba en otro restaurant de moda..." Y el gran cronista se pone rojo de risa y su cuerpo recio se columpia en un amplio diván...

—"Mi mayor placer ha sido la organización de la Liga de Vendedores de Diarios, que cuido y velo celosamente. Los muchachos responden y siempre trato de llevarlos al triunfo."

"Estudio ahora fuertemente y aspiro a doctorarme muy pronto. El football me tiene algo cansado y además no hay campo para futuros descansos! Vale más ser hoy tonadillera. ¡Es mucho más productivo!"

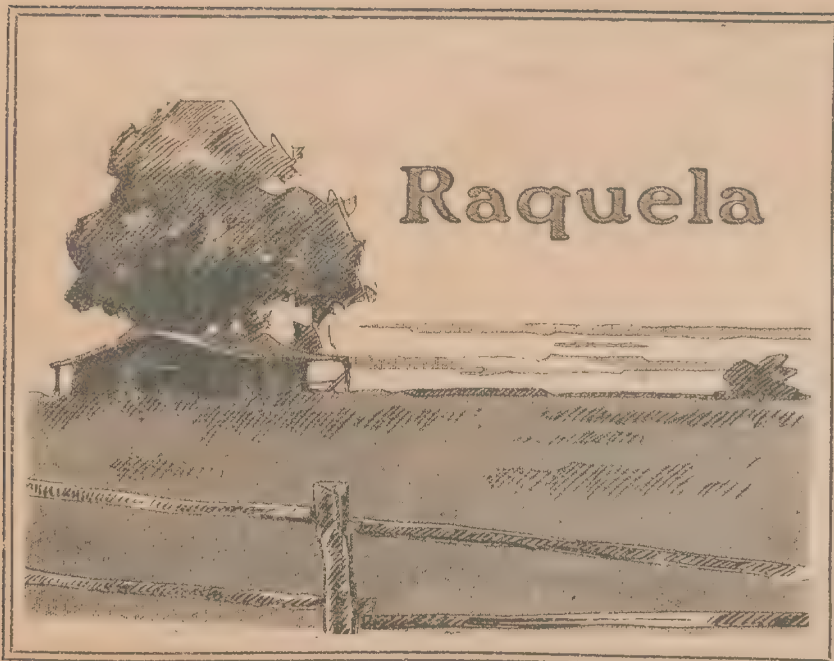
Así habló Palacio Zino, el popular contralor del deporte nacional. Nuestro Daguerre, el espectable Cabecita de Estudio, le invita a unas notas, y aquél atento nos hace pasar al hall de su residencia. Allí lo sacamos. Tiene un perrito blanco que lleva por nombre "Venerable" y una finísima perrita apodada "La Goya". Nos brinda unos retratos de la infancia, datos y anécdotas íntimas, y nosotros, satisfechos de la visita, nos aprestamos a despedirnos.

Ya en la puerta de calle, el reporteado me hace varios chistes irónicos, me palmotea amigablemente, pídeme un fósforo y vase pesadamente, tatareando un couplet de moda, en tanto que nosotros con el acopio de datos interesantes, retornamos a este convento, siempre pensando en la figura singular de éste muchacho rosadote, voluminoso, cuya inteligencia nadie discute y cuya actuación en el ambiente del football no tiene precedentes. Palacio Zino, conferencista, periodista, footballer, universitario, anecdotista y gran fumador es hoy el personaje más conocido del deporte en ambas orillas, y sus justas prédicas, amargas a veces, y otras satíricas, dejarán su sello en el futuro. ¡Ya se ha de hablar cuando se retire, del talento e ingenio de este raro y múltiple "croniqueur" Míster Bull, y seguirá fumando, fumando, y en las espirales del humo verá irse los años de sus traviesas hazañas. ¡Palacio Zino, viejo!



Confidente...—Al cabo del día recibo muchos anónimos. Los leo y les hago el mismo caso que las tiples de opereta a los ramos y a los bombones.

Diógenes TABORDA.



I

Había hecho una serie de quince tiros, consecutivos. correctos, magistrales, "con todo el lazo", y fijos los ojos en la calavera de vaca que puesta al extremo de un palo me servía de blanco, estaba preparando una nueva "armada", para proseguirla Dios mediante, cuando la conocida voz de mi amigo resonó burlona a mis espaldas:

—¡Qué gracia, con un palo! — dijo.

Era su comentario invariable, cada vez que me sorprendía entregado a aquel deporte: "¡Qué gracia, con un palo!" ¡Infeliz! ¡Si me hubiera visto en el "Bajo de la laguna", "matándole" a golpes los novillos finos, no diría eso!

Sin contestarle, me puse cuidadosamente a revolear el lazo.

La blanca calavera de vaca parecía sonreirse con todas sus muelas, y él, Ernesto, también sonriente, me miraba esparrancado y con las manos en los bolsillos.

—Erré el tiro...

—¡Qué zanahoria, qué chambón!

—¡Ah! ¡ah! ¡Había hecho una bolada de quince!

—No lo he visto a Garibaldi...

—¡No lo has visto!

"Me daba rabia"... Era indudable que Ernesto era mucho "más gaucho" que yo, como que tenía cinco años de experiencia real y efectiva en las cosas camperas, pero también no era menos cierto que yo "sabía cuatro letras" a ese respecto y sobre todo que amaba el campo más sinceramente que él.

Ernesto era un práctico y yo un lírico. El estaba en el campo por necesidad y yo iba al campo por placer, para revivir sensaciones de la niñez, para embriagarme de naturaleza... Los néctares, como los acíbares que bebimos en la cuna, dejan en el paladar un arregosto que dura toda la vida.

Ernesto se sentó a la sombra, en elveredón de la casa.

Estaba gordo como un novillo de invernada y daba una sensación de pleno equilibrio moral y físico. Yo a su lado, aunque tuviésemos casi la misma edad, parecía un niño. Y esa diferencia se manifestaba no solamente en la personalidad física, sino también en la psíquica.

Ernesto era "un madurado" artificialmente por las circunstancias y yo "un muchacho" por las mismas causas... El poseía apenas la inteligencia necesaria para desenvolverse con éxito en el orden de sus actividades y yo, en cambio y a estar a la pública consagración, tenía talento... En el fondo, él valía mucho más que yo... Si no, pruebas al canto: Mi amigo se llamaba modestamente Ernesto Pérez; tenía veinticinco años y era el sostén y la esperanza bien fundada de una madre y de cinco hermanitas, por quienes venía luchando como un héroe desde la más temprana adolescencia.

En cambio, yo, Marcelo de Montenegro, con padres, con hermanos mayores y con fortuna, no era el sostén de nadie... Quizás más bien, gravitaba aun sobre la familia como un peso inútil. En rigor de verdad, los méritos intelectuales que se me atribuían, eran lo único que podría justificar en cierto modo la razón de mi existencia...

Ernesto se sentó, como he dicho, al borde del veredón de la casa y mientras yo me aplicaba concienzudamente a la tarea de arrollar el lazo, él comentó por milésima vez, al reparar en mi indumentaria campera:

—¡Qué rico tipo! ¿Qué dirían allá, en Buenos Aires, si te vieran así? ¡Qué traje apropiado para el celebrado autor de "Las Fieras Blancas"!

Debo confesar que el comentario de mi amigo tenía ciertos fundamentos.

El autor de "Las Fieras Blancas", ese drama perverso que había sido el éxito de la última temporada, vestía mientras arrollaba pausadamente su lazo, un chiripá pampa, con extraños dibujos negros, blancos y rojos, y tenía un cuchillo tremendo en la cintura. Con aquella camiseta a rayas, aquel chambergo gris y el rostro y las manos curtidos por un largo mes de aire y de sol, mejor que un autor teatral en auge parecía un peón de tropa. Una pequeña inflamación del labio superior como consecuencia de la infección de una grieta, agregaba a mi cara tostada un característico rasgo plebeyo. Al decir de Ernesto, se me había puesto la boca "como para silbar mulas". Lo único que subsistía en medio de aquel verdadero derrumbe de los físicos refinamientos del celebrado autor de "Las Fieras Blancas", era una uña esmaltada con "Nacrodorine Dorin", que, no sé por qué milagro, seguía conservando un brillo insolente, en medio de la uniforme y desastrosa lividez de sus demás compañeras. Era la uña del índice derecho y contrastaba en mi mano rugosa y ennegrecida, como una amatista engarzada en la pata de un ñandú viejo. Tanto es así, que más de una vez había visto abismarse en su contemplación, los ojos desconfiados de Domingo Herrera, el honorable capataz de mi amigo.

—¡Pobre mozo! — pensaría. — ¡Quién sabe qué enfermedad tendrá!...

Ernesto, que se había puesto a hacer dibujos en el suelo con un palito, dijo de pronto:

—¡Caracho! No viene Domingo y tiene que ir hasta lo del mayor Grumben, a buscar unos novillos...

—¿Unos novillos?

Me interesó el asunto. Todo me interesaba, en todo me metía... La noche anterior había comido carne de potro en el rancho de Domingo, después de haber estado toda la tarde ayudando al vasco Arreche a destruir unas vizcacheras en la playa de los corrales de su puesto... Y debo decir aquí en mi descargo y para que no se me juzgue demasiado severamente, que yo hacía todas esas cosas con gusto, es cierto, pero no en serio. En el fondo de mi espíritu siempre andaba bailando la broma en pareja con el prurito deportivo de saber hacerlo todo, y así como en la ciudad me hubiera avergonzado de no saber cómo se interesa a una mujer, ante los ojos de Domingo Herrera me hubiese avergonzado lo mismo de no saber cómo se "recuesta" un animal en un rodeo. Cada habilidad en su escenario adecuado... Por otra parte, yo no era en el campo un gaucho de guitarra ni de "chapeao" carnavalescos; era simplemente un gaucho trabajador, un hombre del oficio... Y después de todo, una disculpa aún, había vivido en el campo hasta esa edad en que el espíritu del niño, sediento de impresiones, es como una placa fotográfica virgen. Mi padre, severo, y como es natural, temeroso de probables contagios de ambiente, me había mantenido hasta la época en que me trajo a la ciudad para "zambullirme" en un colegio, según su expresión con la rienda bien corta; y esto — que no me impidió que una vez me encontrase una costilla de vaca atravesada en la cintura a guisa de facón, o que le avergonzase otra vez, en presencia de toda la "plana mayor" de la familia, respondiendo a la pregunta que se me formulaba sobre mi vocación profesional: "Que yo quería ser tropero" — fué sin embargo la causa principal de que mi espíritu, lleno de ansias incumplidas, aprovechara después de las ventajas de la independencia, para realizar todos sus sueños... Por eso, cada veraneo del flamante autor de "Las Fieras Blancas", era como un desborde de locuras y de inexplicables salvajismos...

Ernesto no podía comprender estas cosas que le hacían reir, unas veces, y otras hasta enojarse con un huésped que había solicitado con tanta insistencia todo el año.

—Pareces loco — solía decirme muy serio; — un día me vas a comprometer con tus macanas... ¡Lindo papel voy a hacer con tu familia si te sucede una desgracia!...

Pero el autor de "Las Fieras Blancas", que había hecho decir a uno de los más "empacados" críticos teatrales del país y por el órgano de uno de sus más prestigiosos voceros, que lo que más se admiraba en el drama, era "la extraordinaria sensatez de juicio", no se conmovía y concluía por hacerle reir con sus payasadas y despropósitos.

Lo que deseaba era divertirse, inocentemente y nada más. De sus travesuras no podía surgir ningún daño.

Estábamos todavía conversando, sentados al reparo de la casa, cuando llegó Domingo. Venía a mudar caballo apresuradamente para ir a lo del mayor Grumben, y al atravesar el patio me hizo una invitación familiar y amistosa:

—¿Y? Don Marcelo...

Dispuesto a todo como estaba, la acepté con entusiasmo. Lo mismo hubiera ido a capturar peludos a La Pampa, o a cualquiera otra aventura.

A Ernesto no le supo tan bien la cosa. Primero hizo un gesto de contrariedad y luego se quedó pensativo. Cuando estaba liando el recado en el cuarto, para ir a ensillar, vino y me dijo suavemente:

—Mirá, Marcelo, me parece que sería mejor que no fueras...

Al oirle me erguí con sorpresa, casi indignado.

—Y ¿por qué?

—¡Caramba! No me gusta. El mayor es muy serio, ya sabés que es medio loco...

—Y, ¿qué tiene?

—Tiene, que como vos sos también medio loco...

Yo me reí:

—¡Bah! Dejate de tonteras...

Ernesto se puso serio:

—No; no te lo digo en broma. La sabés que el mayor "es un perro", y que si todavía conservamos alguna amistad es gracias a mi buen tino. Está peleado con todo el mundo...

—Y ¿qué?

—Que no quiero que vayas a comprometer mi seriedad...

Yo me reí con ganas:

—Bah!, bah! ¡Ya apareció aquello! No tengas cuidado, viejo.

Y sin más, volví a aplicarme a la tarea, con manos temblorosas de emoción y de prisa. El se quedó un momento silencioso y malhumorado, recostado en el quicio de la puerta. Al cabo dijo:

—¿Supongo que no pensarás irte así?

—¿Cómo así?

—Así, disfrazado de tropero...

—Y ¿qué tiene?

—Tiene lo que te he dicho: ¡qué te van a tomar por loco!...

—Y ¿qué saben quién soy yo?

Y mientras mi amigo mordiéndose los labios rumiaba sin duda atroces invectivas, agregué muy risueño:

—Supónte que yo soy un pobre paisano, un peón de Domingo, un mensual tuyo, que va a buscar unos novillos a la estancia de un hombre y nada más. ¿Querrías, acaso, que fuese de levita?

II

Apretaba ya el sol, cuando acabamos de atravesar aquel trozo de campo malo, conocido por las "Lomas negras", y especie de dunas cubiertas de una vegetación espinosa y achaparrada, por donde era imposible hacer galopar un caballo.

El paisaje se abría ante los ojos en amplias y suaves ondulaciones, tapizadas con todos los tonos del amarillo y del verde, y allá, en el horizonte y entre las reverberaciones del sol, los sauzales y las alamedas de la estancia de Grumben destacaban sus grandes masas sombrías.

Pusimos los caballos al galope. Mi picaso, o mejor dicho el picaso overo de Ernesto que yo montaba,—un gran caballo, que no tenía otra falla que el extraño defecto de una oreja doblada por vicio de nacimiento, lo que lo hacía conocer en la Estancia por "el picaso oreja tuerta"—iba, al decir de los gauchos, "sacándose el freno con las manos".

Domingo, elásticamente aplomado en su malacara grandote, miró un instante de reojo mi indumentaria gaucha, mi chiripá overo negro, mi pañuelo flotante, mi chambergo gris, mis botas ensebadas, mi lazo trenzado que saltaba en el anca al compás del galope; todo el conjunto armonioso y viril del hombre y de la bestia apercibidos para la acción y el esfuerzo, y tuvo una sonrisa.

Y estoy seguro de que no fué una sonrisa de mofa como las de Ernesto, y que el conjunto debió satisfacer las exigencias de su estética gaucha, porque en seguida dijo:

—Se está poniendo liviano el picaso...

—¿Ha visto?

—¿No le ha hecho alguna aflojadita?

—No...—y fuí yo el que entonces se sonrió, pero interiormente.

Si el picaso estaba liviano era precisamente porque no hacía otra cosa que hacerle "aflojaditas" en todos los bajos...

Es medio ligero—continuó Domingo.—Una vez que lo vide a un tal Cuevas agarrar con él un avestruz abajo c' freno, en la atropellada...

—A mí me gusta mucho...

—Lástima la oreja ¿no?

—¿Ha visto?

Y seguimos galopando bajo el sol de otoño, que completaba la perfumada madurez de los pastos y arrancaba reflejos de plata a los albos penachos de las cortaderas.

Yo miraba de vez en cuando a Domingo. Sentía una verdadera afección por aquel hombre, a pesar de lo breve de nuestro conocimiento.

Era el prototipo del gaucho bueno y honesto. Tenía su rancho, su mujer, sus hijas ya casi mozas y entendía su oficio.

Jamás le ví errar un tiro de lazo, ni hacer una chambonada.

El me estimaba también, y la menor prueba de ello es que se había puesto a trenzarme con todo empeño un bozal primoroso,—seguramente para que se lo pusiese a algún empresario—porque quería que cuando me fuera a la ciudad llevase un recuerdo suyo.

Una vez al salir de la cocina de su rancho, en donde había entrado haciendo reir a las muchachas con mis disparates, me preguntó muy serio y conmovido:

—Y ¿sus hermanos son así, como usted don Marcelo?

—¿Cómo, Domingo?

—Así, de gauchos y de güenos con los pobres...

Cuando llegamos a la tranquera que daba acceso al campo del mayor, una tranquera de rienda, cuyo alto poste emergía de la maciega, escueto y ennegrecido como el madero de un calvario, experimenté una inesperada emoción de curiosidad y sorpresa.

En grandes caracteres temblequeantes, pintados sobre un cuadrángulo de cinc, campeaba en la tranquera esta extraña prevención agresiva: "Cierre la puerta con el alambre, ¡animal!".

—Y ¿esto?

Domingo, que había desmontado para abrir, se encogió de hombros.

—Ahí tiene, esas son las cosas del mayor... No quiere que le dejen abierta la tranquera...

—¡La porra! Y ¿por eso insulta a todos los que pasan?

—Y, ¿qué quiere? él es así.

Montó Domingo, después de haber retorcido cuidadosamente el alambre, y volvimos a galopar

El cartel insultante me había impresionado. Comprobaba desde luego, que las prevenciones de Ernesto sobre su extravagante vecino tenían más fundamento que el que yo les había atribuído en un principio.

—¡Mire que: "Cierre la puerta con el alambre, ¡animal!"...

Y confieso que me sentí un tanto incómodo, con mi pañuelo flotante y mi chiripá pampa tejido por los indios.

—Dígame, Domingo, ¿Usted lo conoce al mayor?

El gaucho sofrenó el malacara y lo puso al tranco.

—Ah!, Ah!

—Me ha dicho Ernesto que es un tipo raro; que es medio loco.

Domingo pensó un momento, y después dijo.

—Así dicen... Yo no he tenido ocasión de hablarlo sino pocas veces y no me ha parecido mal hombre, pero asigún las mentas...

—Según las mentas ¿qué?

—Es el mesmo "diablo adrede". Los piones no le aguantan quince días. Es bruto en la boca y resabiao a castigar a los hombres... No se le cai de la mano el arrendor cabo e fierro...

—¡Mirá qué nene!

—Parece que les tuviese rabia a los pobres, que no supiese tratar a la gente sino a gritos. Yo no sé; ¡le cuelgan más hechurías a ese hombre!... A mí me ha contao por ejemplo Ceferino Borjas, un tapecito muy diablo que supo estar en "La Indiana", que a él lo tuvo una vez colgao de las patas en un sauce por haberle arrancao adrede un arbolito... Yo no sé si será cierto, porque el muchacho ese es medio fantástico, pero así lo contaba a lo menos...

—¡Está bueno!

Domingo con la vista fija en el testuz de su caballo, prosiguió con voz confidencial y grave:

—Otra vez, pa unas esquilas, un temporal hizo parar el trabajo. La gente, aburrida, quería dirse al pueblo... El mayor les dijo que al que se juera no le pagaba. Entonces, todos se ganaron en la cocina y se pusieron a alegar. Dicen que hasta las piezas de adentro llegaban los gritos de la alegación... Lo que menos decían era que le iban a sacar al hombre los bofes a puñaladas... Entonces vino el mayor a la cocina con la carabina y los sacó a todos a juera, uno por uno y pegándoles de yapa una patada...

—¡Está bueno!

—¡Oh, como diablo, es diablo el hombre!... En otra ocasión ¿no lo dió güelta de una cachetada, al propio Don Manuel, el alcalde, en la feria de "La Agraciada"? ¡Yo creo que la hija ha de pasar una vida!

—¿Cómo, la hija? ¿Tiene una hija el mayor?

—Ah, Ah! ¿No sabía? Una hija moza y bastante bien parecida... Pregúntele de no a mi mujer. Ella la conoce. Sabía lavarle endenantes... Se llama Raquela (1): dicen que es muy güena, pero casi naides la ve, como vive tan retirada...

—Pero ¿es una paisanita?

Domingo se escandalizó.

—¿Paisanita? ¿De ande? Viera qué manos tiene, blancas como la leche, qué modales y qué vestidos. Eso sí, de a caballo como un varón. Todo el día sabe andar galopando por el campo, en una yegua alazana que parece una pintura...

Yo me quedé pensativo. Los caballos trotaban sobre un bañado seco donde el salitre brillaba con cabrilleos de cristal en polvo. De pronto, Domingo, que se había quedado también en silencio, agregó con convicción:

—Vea, don Marcelo, al fin y al cabo yo no creo que el mayor sea tan malo como dicen. Tendrá sus cosas, quizás, pero es un hombre cuidadoso de sus intereses y que sabe trabajar... Si no, que digan, ¿quién tiene la mejor cría de

---

(1) Los gauchos no admiten el femenino en él.

(Continúa después de la página infantil)

PAGINA INFANTIL



Si nuestros pequeños lectores aficionados al dibujo se fijan detenidamente en estas caras, hallarán que con ejecutar muy pocas reformas en las líneas, se hace cambiar fundamentalmente la expresión de los rostros.

LOS DESEOS

Había un matrimonio anciano que, aunque pobre, toda su vida se la había pasado muy bien trabajando y cuidando de su pequeña hacienda. Una noche de invierno estaban sentados marido y mujer a la lumbre de su tranquilo hogar en amor y compañía, y en lugar de dar gracias a Dios por el bien y la paz de que disfrutaban, estaban enumerando los bienes de mayor cuantía que lograban otros y deseando gozarlos también.

—¡Si yo, en lugar de mi hacecilla—decía el viejo,—que es de mal terruño y no sirve sino para revolcadero de un burro, tuviese el rancho del tío Polainas!

—¡Y si yo—añadía su mujer,—en lugar de ésta, que está en pie porque no le han dado un empujón, tuviese la casa de nuestra vecina que está en primera vida!

—¡Si yo—proseguía el marido,—en lugar de la burra, que no puede ya ni con unas alforjas llenas de humo, tuviese el mulo del tío Polainas!

—¡Si yo—añadió la mujer—pudiese matar un puerco de 200 libras como la vecina! Esa gente para tener las cosas no tienen sino desearlas. ¡Quién tuviera la dicha de ver cumplidos sus deseos!

Apenas hubo dicho estas palabras, cuando vieron que bajaba por la chimenea una mujer hermosísima; era tan pequeña, que su altura no llegaba a media vara; traía, como una Reina, una corona de oro en la cabeza. La túnica y el velo que la cubrían eran diáfanos y formados de blanco humo, y las chispas que alegres se levantaron con un pequeño estallido, como cohetitos de fuego de regocijo, se colocaron sobre ellos salpicándolos de relumbrantes lentejuelas. En la mano traía un cetro chiquito de oro, que remataba en un carbúnculo deslumbrador.

—Soy el Hada Fortunata—les dijo;—pasaba por aquí y he oído vuestras quejas; y ya que tanto ansiáis por que se cumplan vuestros deseos, vengo a concederos la realización de tres: uno a ti—dijo a la mujer;—otro a ti,—dijo al marido,—y el tercero ha de ser mutuo y en él habéis de convenir los dos; este último lo otorgaré en persona mañana a estas horas que volveré; hasta allá tenéis tiempo de pensar cuál ha de ser. Dicho que hubo esto, se alzó entre las llamas una bocanada de humo, en la que la bella hechicera desapareció.

Dejo a la consideración de ustedes la alegría del buen matrimonio y la cantidad de deseos que, como pretendientes a la puerta de un ministro, les asediaron a ellos. Fueron tantos que, no acertando a cuál atender, determinaron dejar la elección definitiva para la mañana siguiente y toda la noche para consultarla con la almohada, y se pusieron a hablar de otras cosas indiferentes.

A poco recayó la conversación sobre sus afortunados vecinos.

—Hoy estuve allí; estaban haciendo las morcillas—dijo el marido; ¡pero qué morcillas! daba gloria verlas.

—¡Quién tuviera una de ellas aquí—repuso la mujer—para asarla sobre las brasas y cenárnosla!

Apenas lo había dicho, cuando apareció sobre las brasas la morcilla más hermosa que hubo, hay y habrá en el mundo.

La mujer se quedó mirándola con la boca abierta y los ojos asombrados. Pero el marido se levantó desesperado, y dando vueltas por el cuarto, se arrancaba el cabello, diciendo:

—Por ti, que eres más golosa y comilona que la tierra, se ha desperdiciado uno de los deseos. ¡Mire usted, señor, qué mujer ésta! ¡más tonta que un habar! Esto es para desesperarse; ¡reniego de ti y de la morcilla, y no quisiese más sino que se te pegase a las narices!

No bien lo hubo dicho, cuando ya estaba la morcilla colgando del sitio indicado. Ahora tocó el asombrarse al viejo y desespcrarse a la vieja.

—Te luciste, mal hablado—exclamaba ésta haciendo inútiles esfuerzos por arrancarse el apéndice de las narices;—si yo empleé mal mi deseo, al menos fué en perjuicio propio y no en perjuicio ajeno; pero en el pecado llevas la penitencia, pues nada deseo, ni nada desearé, sino que se me quite la morcilla de las narices.

—Mujer, por Dios; ¿y el rancho?

—Nada.

—Mujer, por Dios; ¿y la casa?

—Nada.

—Descaremos una mina, hija, y te haré una funda de oro para la morcilla.

—Ni que lo pienses.

—Pues qué ¿nos vamos a quedar como estábamos?

—Este es todo mi deseo.

Por más que siguió rogando el marido, nada alcanzó de su mujer, que estaba por momentos más desesperada con su doble nariz, y apartando a duras penas al perro y al gato que se querían abalanzar a ella.

Cuando a la noche siguiente se apareció el Hada y le dijeron cuál era su último deseo, les dijo:

—Ya veis cuán ciegos y necios son los hombres creyendo que la satisfacción de sus deseos les ha de hacer felices.

No está la felicidad en el cumplimiento de los deseos, sino que está en no tenerlos; que rico es el que posee, pero feliz el que nada desea.



Este egregio artista, inspirándose en la naturaleza, se hallaba fijando en el lienzo, acaso su más bella obra, pero he aquí que, de repente, una causa inesperada le obliga a abandonar su trabajo y a huir con toda precipitación. ¿Por qué acude a la fuga el émulo de Rubens? Si nuestros pequeños lectores desean averiguar el motivo, no tienen más que trazar una línea, empezando por el número 1 y continuándola de uno a otro guarismo, guardando el orden numérico de los mismos. La figura que resulte del trazado les aclarará el misterio.

El zurrón que cantaba

Erase una madre que no tenía más que una niña, a la que quería muchísimo, por lo que le había regalado una gargantilla de coral.

Un día le dijo que fuera por un cantarito de agua a la fuente, que estaba fuera del lugar. Fué la niña y cuando llegó se quitó su gargantilla de coral para que no se le cayese en el pilón.

Junto a la fuente estaba sentado un pordiosero viejo muy feo, que llevaba un zurrón, y que miraba a la niña con unos ojos... que le dieron miedo; y apenas llenó el cántaro cuando echó a correr y dejó olvidada la gargantilla.

Al entrar en su casa la echó de menos, y se volvió apresurada a buscarla, y cuando llegó estaba todavía allí el viejo, que cogió a la niña y la zampó en el zurrón. En seguida se fué a pedir limosna a una casa, diciendo que traía una maravilla, y era un zurrón que cantaba. Las gentes quisieron oirlo, y el viejo dijo con una voz de trueno:

Zurrón, canta;
si no, te doy con esta lanza.

La pobre niña, muerta de miedo, no tuvo más remedio que ponerse a cantar:

''Por agua fuí a la fuente
que está fuera del lugar,
y perdí mi gargantilla,
gargantilla de coral.
¡Ay la madre de mi alma,
qué enfadada se pondrá!
Volvíme luego a la fuente,
por si podía encontrar
mi perdida gargantilla,
gargantilla de coral.
¡Ay la madre de mi alma,
qué apurada que estará!
No encontré mi gargantilla,
gargantilla de coral,
no encontré mi gargantilla
y perdí mi libertad!
¡Ay la madre de mi alma,
qué afligida que estará!

Cantaba tan bien la niña, que a las gentes les gustaba mucho oirla, por lo que en todas partes le daban al viejo mucho dinero por que cantase el zurrón.

Yendo así, de casa en casa, llegó a la de la madre de la niña, y conforme ésta oyó el canto conoció la voz de su hija y le dijo al pobre:

El tiempo está muy malo; el viento arrecia y el agua aumenta; quédese usted aquí esta noche y le daré de cenar.

El pobre aceptó, y la madre de la niña le dió tantísimo de comer y de beber, que se infló, de manera que después de cenar se quedó más dormido que un difunto.

Entonces sacó la madre del zurrón a su niña, que estaba heladita y desfallecida; le dió muchos besos, bizcochos en vino, y la acostó y arropó en la cama, y en el zurrón metió a un perro y a un gato.

A la mañana siguiente dió el viejo las gracias, y se fué tan descuidado. En la primera casa que llegó dijo, como había dicho el día antes al zurrón:

¡Zurrón, canta; si no, te doy con esta lanza!

Al punto dijo el perro: Pícaro viejo, uau, uau.

Y el gato: Perverso viejo, miau, miau.

Enojado el pobre, creyendo que así cantaba la niña, abrió el zurrón para castigarla; entonnces salieron rabiando el perro y el gato, y el gato se le abalanzó a la cara y le sacó los ojos, y el perro le arrancó de un mordisco las narices, y... aunque testigo no he sido,—así me lo han referido.

(Continuación de RAQUELA)

novillos de por acá?; ¿quién las mejores yeguas?; ¿quien hizo el primer bañadero para ovejas?; ¿quién trujo el primer molino? Mire, yo creo que lo pior que hay en la Estancia es el negro Tejeira...

—¿Quién es ese?

—Aura va a ver. Es un hombre que tiene el mayor, dende hace mucho, especie de asistente o no sé qué, pero mañero y enredista como él solo. Es un mal bicho, que se lo tiene montao a don Gregorio el capataz, y que hace lo que se le da la gana en la estancia. Vez pasada...

Pero Domingo se interrumpió. A un centenar de metros a nuestro frente acababa de repechar la loma un mocetón de camiseta blanca, jinete en un manchado bichoco, ensillado sin cojinillos como un ladero de carro.

—Es el vasco Martín, el puestero del mayor—me dijo Domingo, y agregó mientras el sujeto se acercaba con una ancha cara rubicunda, partida de risa y rebosante de alegre optimismo.—Ahí tiene un hombre güeno, don Marcelo.

Se saludaron con verdadera efusión.

—¡Caray! ¿Qué andar haciendo por estos pagos, don Domingo? ¿Va pa la Estancia, verdá?—Y añadió, sin esperar la respuesta:—De allá vengo, ¡caray! Fuí de mañanita pa llevarle unos güevos fresquitos a la Raquela y recién me larga, ¡caray!... Me ha dao una punta de cosas pa el mujer y pá el crío.—Y ahí no más, y sin dejar de reir y de hablar a gritos, se puso a desatar un bulto que llevaba hecho en un pañuelo a cuadros.—Vea, don Domingo, vea cuanta rica macana, ¡caray! El mujer se me va a poner como loco, ¡caray! ¡Es más güeno este Raquela!

Pude ver unos escarpines de color de rosa, un frasco de no sé qué, una caja de galletitas y algunas piezas íntimas de deslumbrante blancura...

Contagiados por la sana alegría del vasco, Domingo y yo nos sonreíamos...

—Y ¿cómo está doña Paca?

—¡Y lindo no más, caray! Ya no se queja no, de aquel dolor del verijas que lo tenía jorobando del lao del lazo... Ahora se está poniendo lindo el mujer como vaca de invernada y también el crío. Te pesa en cuatro meses, sin mentir, como un ternero, ¡caray!

—Y ¿cómo están por la estancia?—preguntó Domingo—¿cómo está el patrón?

—Y... ahí la está el hombre... Me pareció que andaba medio alunao... Asigún supe por la Raquela, anoche había tenido una pelotera con la sobrina ese que le ha venido de Güenos Aires...

—¿Sobrino?

—Sí, un mocito de la ciudá que la tiene un nombre más arrevesao que la gran siete, y que la está dotor asigún dicen... ¡Caray! Va pa quince días que está en la estancia...

—¡No sabía!

—Sí, sí, dicen que la está un muchacho enfermo, medio despaletao...

—¡Está güeno!

Conversaron todavía un rato y por fin se despidieron. El vasco me tendió al irse su mano callosa y grande.

—¡Tanto gusto!—dijo, y, aplicando dos sonoros lonjazos a su manchado, echó por el bajo a gran galope.

Nosotros hicimos galopar también nuestros caballos.

Deberían ser ya como las once y el sol picaba fuerte. En pocos momentos nos allegamos a la estancia. Se veía que era un establecimiento bien mantenido y bien organizado: Un hermoso edificio, grandes galpones, un molino altísimo, mucha arboleda, buenos alambrados y ni un solo caballo en los palenques. "La famosa estancia del mayor—pensé.—"Cierre la tranquera con el alambre, ¡animal!" Y debo confesar que volví a sentirme incómodo, con aquel pañuelo flotante y aquel chiripá overo tejido por los indios...

—Oiga, Domingo—comencé a decir mientras nos aproximábamos al tranco a los palenques;—oiga Domingo, por nada del mundo...

Pero Domingo me interrumpió, para decirme vivamente:

—Vea, don Marcelo... ¡Allá va!, esa es Raquela, esa es la hija del mayor...

Y vi, en efecto, cruzar a la distancia la silueta de una gentil amazona, al gran galope de una yegua alazana pura sangre...



—¡Pobre chiquito!: no tiene más que dos días y ya ha sido bombardeado... ¿Qué pensará del mundo que le ha tocado habitar?



El joven elegante dedicado a la agricultura ha fabricado un espanta-pájaros.

Y Domingo tuvo que prometerme solemnemente, que por nada del mundo revelaría mi secreto.

III

Domingo se fué "p'adentro" a hablar con el mayor, según dijo, y yo me quedé en la cocina de los peones, conversando con la única persona que encontramos allí, a esa hora: un extraño sujeto, mitad bandido y mitad mendigo, que, sentado en un banco y cubierto con un ponchito a pesar del calor, se ocupaba en la femenina tarea de zurcir unas medias.

Por la postura en que trabajaba, por la lividez de su cara y por la miseria fisiológica de toda su persona, se veía a la legua que debía ser contrahecho o estar lisiado.

Al cabo de algunos minutos de silencio que empleé en la inspección de aquella gran cocina ahumada,—en cuyo fogón desierto se amontonaban las blancas cenizas y junto a cuya puerta un trozo de riel, pendiente de un tirante, hacía las veces de campana, como en algunos teatros de provincia—el hombre volvió a posar en mí sus ojos escrutadores, y dijo sentenciosamente:

—No lo conozco.

Yo entonces aclaré:

—No soy de acá, amigo. He llegado recién de Lobos...

—Ah, ¿viene buscando conchabo?

—No. Ya tengo conchabo. Van pa quince días que soy mensual de "La Blanca" de don Ernesto Pérez.

—¡Ah, ah!

El tipo volvió a mirarme un instante pensativo y agregó de pronto con una brusca transición de tono:

—Raquela se jué al campo a galopiar la yegua.

—¡Ah, ah!

—Es mi novia y me viá a casar con ella en cuanto acabe de matar los bichos... Esta mañanita maté como trainta...

—Diablo—pensé al oirle;—en esta estancia el que no es loco está por serlo...

—¿Y qué bichos mata, amigo?

Pero él, sin contestar mi pregunta, prosiguió con una sonrisa confidencial e idiota, que mostraba todos sus dientes verdinegros y podridos:

—¡La quiero más a Raquela, amigo!... ¡Nos queremos más!... Ahora ha venido el "Güey pelao", pero a mí no me importa: le vamo a cortar el cogote con la podadera...

—¿El "Güey pelao"? Y ¿quién es ese güey, amigo?

—Es el Dotor... Es el apodo que le hemos puesto pa reirnos, al sobrino del patrón...

Iba a preguntar algo más a aquel insensato, cuando me interrumpió la brusca entrada de un hombre en la cocina.

Era el mayor que venía en cabeza y con su famoso arreador en la mano.

Me puse de pie por un impulso de educación instintivo, pero él sin reparar casi en mí, se dirigió como una furia al que permanecía sentado, en su banco.

—¿Ya estás aquí otra vez, trompeta? ¿No te he mandado a matar los bichos? Caminá p'ayá, ligerito...

—Es que la niña me dió licencia... Estaba muy juerte el sol...

—¡Qué niña, ni qué... sarnoso! ¡Camine ligerito!

El hombre se incorporó con dificultad y salió de la cocina. Entonces comprendí toda su desdicha. Debía tener una fractura terrible de la espina dorsal, porque caminaba doblado casi en dos y abriendo mucho los brazos para guardar el equilibrio. Su andar recordaba el vuelo vacilante de los murciélagos al ras de tierra.

—¡Sinvergüenza!... ¡Atorrante! ¡Pues a mí!...—terminó el mayor mirándole alejarse desde el umbral de la puerta, y luego se volvió hacia mí bruscamente:

—¿Y vos?

Ví que tenía la cara pálida, llena de arrugas y unos ojos buídos, de un azul profundísimo.

—Yo... yo... He venido con don Domingo, pa llevar los novillos...—murmuré.

El mayor me miró de arriba abajo, me escudriñó con ojos agresivos desde el sombrero gris hasta las grandes domadoras de



En el tocador de toda dama distinguida no debe faltar el

Polvo Graseoso LEICHNER

pues, imprime al rostro una hermosura encantadora.

VENTA EN TODAS PARTES

REPRESENTANTES:

En Montevideo:	En Asunción (Paraguay)
MACEDONIO FERRARI	GUILLERMO PERONI
Juan Carlos Gómez 1513	Ayolas esq. Benjamín Constant

fierro, y, después de decir en un tono de fastidio y como si se hubiera dirigido a otro: "Los novillos no pueden sacarse hoy", salió bruscamente de la cocina, agitando su arreador inquietante y haciendo crujir los cañones de sus botas.

—Qué rico tipo — pensé, y con curiosidad me asomé a la puerta para mirarlo de atrás.

Era un hombre bajo, fortachón y recio, con una escasa cabellera gris, que el viento alborotaba. Caminaba nerviosamente a través del patio, castigando el suelo con la azotera del arreador y mirando avizor a todas partes.

Apenas se perdió detrás de un gran laurel cerezo que se levantaba allí muy cerca, volví a oir su voz resonante y agria.

—¡Animal! — gritaba a alguno, quizás a una sirvienta. — ¿No le he dicho mil veces que no me vuelque agua de jabón en los canteros? ¡Pues a mí! — y continuó rezongando a lo lejos como un enjambre de mangangaes irritados...

Entonces me expliqué perfectamente aquello de: "Cierre la tranquera con el alambre, ¡animal!"; y el embrión de psicólogo que gestaba en el alma del autor de "Las Fieras Blancas", tuvo un estremecimiento de perverso deleite, traidoramente oculto debajo de aquella blusa de lustrina con florecillas blancas y rojas y de aquel chiripá overo negro tejido por los indios...

Después, cansado de estar en pie, torné a sentarme en el banco. El sol que entraba por la puertecilla abierta marcaba sobre los ladrillos desgastados del piso, un gran cuadrángulo dorado, donde se paseaban las moscas disfrutando de una ilusión de veraneo.

De pronto, aquel cuadrángulo se borró en parte por la interposición de una sombra. Alguno acababa de pasar ante la puerta... Alargué curiosamente el pescuezo, pero no pude ver nada... ¿Algún perro, quizás?... Pero, cuando comenzaba a olvidarme de la cosa, el fenómeno tornó a repetirse. Efectivamente, alguno había vuelto a pasar muy despacio ante la puerta de la cocina, con el andar aburrido de un centinela o de un vigilante de facción.

Entonces me incorporé y cautelosamente me asomé afuera.

El misterioso paseante que volvía me sorprendió cara a cara.

Era un muchacho, pequeño, esmirriado, de unos treinta años y con unos ojillos de víbora que le bailaban a través de los lentes. Venía leyendo un libro que hubiese yo reconocido a cien leguas: "Las Fieras Blancas", drama en tres actos, de Marcelo de Montenegro...

Me vió tan pronto como me hube asomado, pero bajó los ojos en seguida y continuó andando y leyendo. Pero tenía por fuerza que pasar ante mí y esto me proporcionó una sensación de intensa y placentera expectativa.

No sabía quién era el sujeto, pero estaba cierto de haberle visto en cien oportunidades, allá en Buenos Aires. Aquel defecto mismo que mostraba en los omoplatos, me afirmaba en la creencia. Era casi seguro que él también había reparado en mí muchas veces.

Adopté, para aguardarle, la postura más gaucha y más guaranga que se me ocurrió en el momento: recostarme en el quicio de la puerta, con la mano en la cadera y pisándome un pie con el otro.

El hombre pasó lentamente. Arrastraba los pies y parecía abismado en su lectura. Alcancé a ver que "estaba" en el comienzo del segundo acto, y en aquella famosa escena en que la infame María Amalia destruye, con una sola palabra, todo el porvenir de su amiga Gernaela.

Como me había dejado ya casi a la espalda y sin saludarme, le saludé yo entonces, en la forma más cortés y más humilde, levantando zurdamente el ala de mi sombrero color "panza de burro".

—¡Güen día!

El volvió entonces la cabeza, me miró un instante, entre sorprendido e irritado, y luego, sin contestarme, prosiguió muy tieso su camino.

Se veía a las claras que le "reventaba" que un pobre gaucho le hablase inoportunamente. Tuve ganas de gritarle: "¡Güey pelao!"... pero me contuve. Ahora que le veía de espaldas, me convencía del todo de que le había visto mil veces en Buenos Aires y que debía ser un muchacho conocido.

En eso apareció el mayor en compañía de Dommgo. Parecía tranquilizado e iba azotando sistemáticamente, con el extremo de su largo arreador, todos los cascotes y ramitas que encontraba en su camino.

Se detuvieron a pocos metros de la puerta de la cocina. El mayor hablaba pausadamente, golpeando las cañas de sus botas con su arreador incansable.

—Dígale, así, a Pérez — explicaba; — él comprenderá la razón... ¡Pues a mí!... Y mañana temprano se viene usté, ya que no puede quedarse esta noche... Yo procuraré que tengamos el rodeo parado a eso de las seis... A pesar de que la hacienda es medio chúcara y el campo está tan lleno de paja que ni se ven los animales...

Domingo, que en tanto que el mayor hablaba no había hecho más que repetir hasta el cansancio: ¡Ah, ah! ¡Ah, ah! ¡Ah, ah!, le tendía ya la mano para despedirse, cuando el mayor, volviéndose bruscamente, clavó en mí sus ojos azules relampagueantes.

Creí que iba a interpelarme por algo como al de los bichos de cesto y sentí un calor de emoción en el "solar blexo".

Pero el mayor, después de examinarme nuevamente de pies a cabeza, insinuó a Domingo con voz breve:

—Déjemelo a éste... ¿Por qué no me lo deja a éste, hasta mañana? Tengo poca gente para la recogida, y ya le he dicho que la hacienda es chúcara y el campo muy difícil...

Domingo al oirle tragó saliva y me miró con ojos angustiados.... Estoy seguro que deseó en aquel momento con toda su alma estar muerto y bien enterrado.

Pero para mi espíritu aventurero y para mi decidida afición campera, aquello resultaba halagador a maravilla. Así que no vaciló un instante.

—¿Y? — dije adelantándome. — Si usted quiere, yo me quedo... De todos modos, pa tener que volver mañana...

—¡Pues a mí!... — asintió el mayor, que se había puesto a mirar a la distancia. — Usted explíquele a Pérez, él comprenderá. ¡Pues a mí!

Abría la boca Domingo para decir algo que yo iba a contener con un gesto furibundo, cuando una interjección formidable del mayor nos hizo dar un respingo:

—¡A la gran perra! ¡La chica! — gritó, llevándose las manos a la cabeza.

Con una ojeada abarqué todo el drama: A Raquela se le acababa de "alzar" la yegua, e iba allá, por el fondo de los potreros, como una exhalación.

Juntos corrimos con Domingo hacia el palenque, pero, mucho más joven y más ágil que él, le saqué una ventaja enorme en la atropellada. Estaba ya a caballo, cuando él no había franqueado todavía los portones. Con una mirada calculé la dirección y la distancia y hundiendo las espuelas al picaso, lo lancé como un ariete contra el frágil portoncillo rojo que cerraba la entrada del potrero.

Oí confusamente una voz que gritaba: "por acá, ¡animal!, ¡por acá!", pero no hice caso, y bajo el formidable empuje del caballo lanzado en toda furia, salté el portón en astillas, dejé, en un alambre del poste, la mitad del sobrepuesto, y me contusioné una pierna, pero a los diez segundos ya cerraba mi oblicua vertiginosa sobre el animal fugitivo.

—¡No puedo, no puedo! — sollozaba acobardada la voz de la niña en medio del vigoroso e imponente redoblar de las patas.

—No tenga miedo — dije, — agárrese, agárrese bien!...

El campo "era bueno", y el timbre de aquella voz musical y nunca oída centuplicó mi energía: levanté un tanto el caballo para afirmarlo en las manos, y luego, cruzándolo de un "lazazo", lo puse al par de la yegua.

—¡Saque el pie del estribo! ¡largue las riendas!

... Hubo un grito agudo, mi brazo izquierdo crujió en un esfuerzo sobrehumano, y, mientras la rauda grupa de la yegua, aliviada de su carga, se distanciaba de golpe, el picaso bruscamente sofrenado araba la tierra con las patas...

¡La hazaña estaba hecha!

Como el recado se daba vuelta y el peso me vencía, lo dejé deslizar lo más suavemente que pude. Raquela cayó de rodillas sobre el pasto y yo me largué tras ella, presuroso.

—¡No es nada, no se asuste, señorita!



Lo que suele ocurrir en un partido de "baseball".

Overland

$ 3650 m/n.

ESTILO, CONFORT y ECONOMÍA

son los rasgos característicos de todos los Modelos OVERLAND, y que se destacan en el Modelo 90, el cual está indiscutiblemente considerado en los Estados Unidos el mejor coche de su precio.

Cuatro Cilindros - Cinco Asientos
Arranque y Alumbrado Eléctrico
:: Magneto de Alta Tensión ::



"Modelo 90".

P. A. HARDCASTLE

Plaza Mayo-Pasaje Overland-Bs. Aires



Y arrodillado ante la niña, que gemía con la cara cubierta por unas manecitas enguantadas en piel de búfalo, procuraba tranquilizarla y tranquilizarme, repitiendo con voz anhelosa:

—¡No es nada, no es nada! ¿Verdad que no se ha hecho nada, señorita?

En eso llegó Domingo a media rienda, y sofrenando bruscamente se tiró también al suelo.

—¿Qué? ¿se ha hecho daño?

—No, me parece que no.

Raquela se puso en pie.

Ví entonces, por primera vez, la maravilla de sus negros ojos azorados, fijos en mí. Alentaba con fatiga, oprimiéndose el seno que distendía vigorosamente el paño azul de su "chaquette"...

—No se ha lastimado, ¿verdad?

—No, me parece que no...

Y como sonriese al cabo con un suspiro da alivio, Domingo y yo nos echamos a reir también, servilmente.

—No es nada, ya ve que no ha sido nada — le decíamos al unísono.

—¡Ay, qué susto, qué susto! — y se reía por fin francamente, mostrando toda la gloria de sus dientes... — ¡Qué susto! ¡Nunca he tenido tanto miedo!

Domingo dijo entonces paternal y grave:

—No debería subir animales peligrosos...

—Pero si es mansita, — replicó — le aseguro que es mansita; que no sé lo que le habrá pasado...

—¡No hay que fiarse de los animales, ya ve! — y el capataz de mi amigo agregó en seguida apresuradamente: — Güeno, voy a ver de agarrarla en la rinconada. Creo que ha de parar a mano, ¿no?

—Sí, sí, cómo no.

... Partió Domingo a gran galope y nos quedamos solos con la niña, allí en medio del campo y sin más testigos que mi caballo picaso, que se defendía de la sabandija restregando furiosamente en las manos su fina cabeza cargada de argollas y de trenzas.

Raquela, después de suspirar una vez más un "¡Ay, Virgen del Carmen!", que a mí me supo a gloria, me miró muy seria con sus grandes ojos sombríos. Por debajo de la galerita de anchas alas, hundida hasta las orejas, se escapaban los rizos sedosos de la cabellera más negra que jamás vi y a los que la niña, sospechando sin duda desarreglados por las violencias del trance, llevaba a cada momento sus manos temblorosas y exploradoras...

Comprendí por la expresión de sus ojos, y por el leve pliegue vertical que se marcaba entre las cejas enérgicas y armoniosas como dos alas de golondrina, que la niña quería manifestarme su agradecimiento en una forma expresiva, pero que estuviera de acuerdo con las circunstancias de nuestras respectivas situaciones en el mundo.

Experimenté entonces un gozo perverso de jugador empedernido, aquel prurito indominable de hacer travesuras, que más de una ocasión y allá en mi niñez hizo exclamar a mi padre, mirando a mi madre con ojos escrutadores: "¡Este es loco o zonzo!", y traté de ceñirme escrupulosamente a mi modesto papel de paisanito pobre.

Así, con un pie delante del otro, quebré bien la cintura, ablandé todo el cuerpo, levanté el ala del sombrero, escupí lejos sobre el pasto y con la mano en la cadera, y el rebenque colgando del meñique, me puse a mirar a la distancia.

—Con tal que la yegua no le haiga extraviao alguna prenda... — dije.

Raquela, que se castigaba inconscientemente la palma de una mano con el latiguillo de puño de oro que conservaba en la otra, pareció decidirse por fin.

Es posible que al principio la cohibiera un tanto alguna vaga sospecha de su fina perspicacia de mujer, pero aquella "parada", aquel "haiga" y sobre todo aquella escupida, le devolvieron indudablemente todo su aplomo. Yo no era más que un gaucho bruto...

Tornó a mirarme entonces en los ojos y dijo conmovida y grave:

—Lo que usted ha hecho, sólo son capaces de hacerlo muy pocos hombres... Yo se lo agradezco mucho y estoy segura de que papá sabrá...

Me encogí de hombros y dije despectiva y maravillosamente guarango:

—¿Y de áhi? ¿Quería que la dejara matar por la yegua?

—No, hombre — replicó ella tras una breve vacilación; — por eso es que digo... Usted ha hecho una hazaña de la que pocos hombres serían capaces y puede estar seguro de que la recordaré siempre y de que papá sabrá recompensarlo.

Entonces bajé la cabeza y dije, gruñón y retobado, escarbando la tierra con la rodaja de una espuela:

—¡Yo no he hecho nada!... Yo he hecho lo que habría hecho cualquiera en mi lugar...

Hubo un corto compás de silencio embarazoso, hasta que Raquela volvió a hablar para preguntarme:

—Usted es peón de la estancia, ¿verdad?

—¿Yo? — repliqué. — ¿De ande?

—Ah, yo creía que sería ese peón nuevo que estaban esperando...

—Yo soy mensual de "La Blanca" y mi compañero es el capataz... Hemos llegado reciencito pa buscar unos animales...

—"La Blanca" es lo de Pérez, ¿no?

—¡Ah, ah!

Le oí suspirar nuevamente y hubo otro breve compás de silencio. Raquela me examinaba y yo, con la vista baja, jugaba con mi rebenque.

De pronto me preguntó:

—¿Quiere decirme su nombre?

Levanté bruscamente los ojos y sorprendí a Raquela apartando los suyos de aquella uña mía que, por conservar su esmaltado, se destacaba entre las otras con un brillo insolente.

—¿Mi nombre? ¡Ah, ah! — y ocultando torpemente la uña traidora, como si hubiese sido una indecencia, pronuncié el primer nombre que me acudió a la memoria:

—Me llamo Calistro — dije. — Calistro Güeyo...

Raquela se quedó un instante pensativa.

—Hueyo. — murmuró después. — Calixto Hueyo... Usted es de por acá, ¿verdad? ¿Tiene familia?

—No, yo soy de Lobos... — y agregué con un dejo de estudiada melancolía. — Yo no tengo naides en el mundo.

—¿Cómo?

—Y, ¿qué quiere? Me quedé guachito cuando agatas tenía sais años asigún me han dicho... Un hombre que supo ser pulpero y que hoy es ya finao, me recogió... Después comencé a pionar desde muy cachorro, como casi todos los pobres... Pa mí la vida no ha tenido nada güeno... Aquí ande me ve, tengo ya vainticinco años y mentiría si dijese que alguna vez he encontrao cariño o amistá verdadera en algún lao... Aunque me esté mal el decirlo, soy un mozo güeno y capaz de agachármele sin asco a cualquier trabajo de hombre... Ningún patrón podrá decir que le haiga faltao ni "en esto", y sin embargo, ya le digo, mentiría si dijese que en alguna parte he hallao en la vida una amistá o un afeto verdadero...

Hablaba pausadamente y en voz baja, en ese tono confidencial que al decir de los psicólogos seduce siempre a las mujeres. Raquela, que me escuchaba atenta y pensativa con los ojos ora fijos en mí, ora en el suelo, murmuró al cabo:

—Es raro, tan joven...

Yo proseguí con la melancolía:

—Y ¿qué quiere hacerle? Así es el mundo... Cuanti más vive uno, cuanti más clarito va viendo lo fiera que es la vida para el hombre solo. Al comenzar quizás uno se engañe: la curiosidá por las cosas, la juerza de la sangre, esa ansia de retozar como los animales nuevos; pero, endespués, uno comienza a ponerse serio... ¿Y cómo había de ser de otra suerte, si hasta pa ser güeno, es juerza defenderse de los malos a punta de cuchillo?... Yo no sé...

Raquela me interrumpió nuevamente:

—Yo creo — dijo — que basta ser bueno y honrado para ser feliz y que quien tiene su conciencia tranquila no puede ser desgraciado... Recuerde que casi siempre y si se mira bien, uno es el causante de sus propias desgracias...

Fingí hacer un gran esfuerzo para comprender el "profundo razonamiento" y después me reí amargamente:

—¡Ser güeno! — exclamé. — ¡Ser güeno! ¡De juro que basta con ser güeno! ¡Ja, ja! ¡Cómo se conoce que usté es una señorita, que usté tiene madre y padre, que usté no ha llorado nunca a los diez años, durito e frío, campiando en una madrugada e invierno un animal ajeno confiao a su custodia!... Cómo se conoce, que a los vainte no ha güelto a llorar usté en los pabellones de un presidio, al pensar que en el mundo no había justicia, ni amparo pa los güenos... ¡Ah, ah!...

Al llegar aquí, vi pasar por los ojos de Raquela la sombra antipática de una sospecha, la expresión indudable de un desencanto.

—Ah, ¿usted ha estado preso? — preguntó.

—Sí, señorita, dos años largos, aquí ande usté me ve.

—Ah! Y ¿por qué?

—Por eso, justamente porque no sirve ser güeno en el mundo... Porque hasta pa ser güeno es preciso hacer cosas de malo a veces...

—No comprendo...

—Ahorita va a ver: Yo era pion de una estancia en Cañuelas... La estancia de Don Juan Arruca, no sé si lo conoce, un vasco muy rico y trabajador... Habían la mar de piones en aquella estancia, por que había tambo... Había también una especie de capataz del tambo, que era un mal hombre: Bruto p'hablar, desajerao y atropellante, que trataba a las pobres mujeres como si jueran animales. A mí ya me tenía caliente, porque aparte,—y con perdón de la palabra,—de la repunancia que siempre lie sentido, no se por qué, por todos los que manejan mujeres que trabajan, era más altivo que un ray pa mirarlo a uno y no parecía sino que juera el dueño de la estancia... Güeno, había entre las mujeres que trabajaban en el tambo una muchacha, una moza, ¿cómo le diré? una pobre muchacha media rara ¿sabe? que le faltaba un sentido, que siempre andaba hablando sola, mugrienta y rotosa y qu'era la diversión de todo el mundo... Güeno, la cosa pasó así: Yo que ya había alvertido una punta e veces como el capataz se encarnizaba con ella, volvía del campo una mañana como a las jonce con el cuero de un animal que se había quebrao, cuando al llegar a las casas me hallé con el capataz que la traiba a la loca del tambo a rempujones... Yo no sé lo que habría hecho la infeliz, pero a la fija que no sería tanto como pa merecer aquel rigor... Ardiendo e rabia me acerqué al capataz y le dije que hacía mal en maltratar a una mujer. El me contestó de mal modo y una palabra y otra, usté sabe lo que son estas cosas, se me jué la sangre a la cabeza y le prendí un barbijo en el pescuezo...

Hubo un largo silencio. Yo horadaba otra vez el suelo con la rodaja de la espuela, y la niña, pensativa y con los ojos bajos, se daba golpecitos en la falda con su latiguillo.

Por la costa del alambrado Domingo volvía ya, a gran galope, con la yegua.

Al cabo Raquela levantó los ojos. Su expresión era profunda y pensativa.

—Y ¿después?

—Y, después—repuse yo—y después ya se lo he dicho, dos años, largos, muy largos, en qué desié mil veces tener un cuchillo pa degollarme...

—Pero salió bien, gracias a Dios!...

—Salí, sí, es verdá, pero li asiguro que dejé pa siempre la mitá de las entrañas allá adentro... Cuando salí ya no era el mesmo...

Raquela volvió a demostrarme cierta ansiedad:

—¿Cómo? — dijo sonriente—¿se volvió malo acaso?

Yo me sonreí también, pero con estudiada amargura:

—Malo no;—repuse—pero ya no craiba en muchas cosas güenas en que craiba endenantes... Y esto es muy triste porque el corazón del cristiano suele ser como los caballos, que pelean mucho por no cairse, pero que una vez que los voltean ya no hacen nada por levantarse... Yo no he sido nunca un mozo alegre, pero le aseguro que aura no sé lo que necesitaría para volver a creer en la vida y quererla, cuanti más no juera como en aquellos tiempos pasaos, en que me gustaba hasta ver volar los pajaritos... Hoy hasta de ver ponerse el sol se mi hace como un ñudo en la garganta... ¡Yo no sé!...

Raquela, que me escuchaba conmovida, con sus grandes ojos muy abiertos, iba a decirme algo bueno, sin duda; alguna de esas blancas frases maravillosamente consoladoras y maternales, que sólo tienen las mujeres para aquellos que logran interesarlas; pero la interrumpió la inoportuna llegada de Domingo.

—Ahí está la ingrata — dijo, señalando la yegua con el mentón;—cualquiera diría al verla que no ha hecho nada malo...

—El disimulo es una de las armas del sexo...—se me escapó tontamente, y al instante ví fijarse en mí los ojos sorprendidos e interrogadores de la niña.

—¿Cómo dijo?—preguntó.

Invocando a Dios hice un esfuerzo mental formidable para corregir mi torpeza, pero Dios, indignado sin duda, no acudió en mi auxilio. Tuve que buscar un desvío:

—Va ver que ponerle un freno juerte a ese animal—dije haciéndome el tonto

Pero Raquela insistió ansiosamente:

—Usted dijo, no sé qué "de las armas del sexo"...

—¿Yo? ¿de las armas? ¿de ande?

—Sí, sí...

Domingo nos hablaba pero nosotros no le escuchábamos; empeñados en un mutuo tiroteo de preguntas y respuestas.

—¿Del seso? Yo no he dicho nada del seso...

—Sí, acuérdese. Usted dijo algo de "armas del sexo"...

Puse la cara de bestia más elocuente que pude imaginar...

—¿Del seso? ¿del seso? Palabra que no recuerdo!

Vi otra vez el despecho y la intriga reflejados en los negros ojos de Raquela...

—Qué cosa—dijo.—Me habrá parecido— y después de mirarme profundamente y de agitar su hermosa cabeza en un tic nervioso, y recogiendo su falda, se acercó sonriente a su montura, que cinchaba Domingo.

—¡Ah!, "¡Mignon", "Mignon"! ¡La que me has hecho!—y se puso a acariciar el cuello dorado y luciente de la yegua.

Entonces, a mi vez me acerqué a mi caballo, pero en el momento en que comenzaza a aflojar el "pegual" para apretar la cincha, oí de nuevo la voz armoniosa de la niña que me llamaba:

—¡Hueyo!

Me volví bruscamente:

—¡Mande!

Y al volverme pude ver cómo Domingo, que sorprendido sin duda al oír pronunciar aquel hombre, había vuelto también la cabeza, tornaba a ocultarla sonriendo con fina malicia gaucha, bajo la falda de la montura que estaba ajustando.

Había que andarse con pies de plomo. Los ojos de la niña me escudriñaban el alma.

—¡Hueyo! Me va a ayudar a subir.

—¡Ah, ah!

Y me puse a esperar que Domingo terminara la operación, fijos los ojos en el horizonte y castigándome una mano con el extremo del cabestro.

—¡Hueyo!

—¿Mande?

—Se le ha roto el sobrepuesto.

—¡Ah, ah! No es nada, jué al pasar la tranquera.

Y torné a mirar a lo lejos...

—¡Hueyo!... — Domingo se sonrió otra vez y yo le miré furibundo. — También se le ha roto el chiripá, ahí, cerca de la rodilla.

—¡Ah, ah! — sonreí — debe haber sido algún alambre...

Ella me miró con cierta turbación y se acercó a la yegua.

—Ya está — dijo Domingo, al cabo...

Vi que se le habían puesto las orejitas encarnadas y a mi vez sentí una sensación muy honda...

Raquela apoyó sus manos en la horquilla, juntó los altos tacos lustrosos, y mientras Domingo mantenía la yegua inmóvil, por el hocico, yo, con suave impulso, icé la dulce carga hasta la montura.

—La zapatilla, ahora... Y ¡muchas gracias!

Raquela se había ruborizado un poquito y mientras con su mano izquierda contenía la yegua briosa e inquieta; con la derecha, de cuya muñeca pendía por la cadenilla el latiguito de puño de oro, se arreglaba el grueso nudo de sus cabellos en la nuca.

Mecánicamente tomé mi puesto de "cavalier servant", a su derecha, y Domingo se colocó a la izquierda.

Recién pude apreciar toda la gracia y gentileza de aquel busto estatuario, que cimbreaba como un junco al andar de la bestia y que se destacaba como una cosa maravillosamente frágil e ideal, encerrada entre el rudo y vigoroso marco que formábamos sus dos compañeros.

Durante un largo trecho Raquela no dijo una palabra. Parecía pensativa y mantenía la vista fija en los edificios de la estancia.

Yo la miraba de reojo. El perfil de su rostro no era puro pero era deliciosamente armonioso y delicado hasta en sus mismos defectos. Mostraba, cuando estaba seria, rasgos que resultaban quizás demasiado severos para aquella carita de veinte años y para aquel cutis que, no sé por qué, me traía a la mente el recuerdo de esos grandes jazmines del Cabo que venden en noviembre por las calles; pero esa severidad desaparecía tan pronto como una sonrisa venía a desflorar sus labios...

La niña volvió los ojos hacia mí.

El picaso iba "floreándose" a su gusto, la barbada llena de espuma, y yo, con el rebenque apoyado sobre el "pegual" y el sombrero en la nuca, sacaba mucho el pecho, y miraba el horizonte con calculada indiferencia.

—¿Cómo se llama su caballo, Hueyo?

Iba a decirle sonriente que "Malatesta", como el famoso caballo de D'Annunzio, pero me acordé de que los caballos de los gauchos no tienen nombre...

—Y ¿cómo quiere que se llame? — repuse extrañado: — "picaso", "picaso overo", algunos le dicen "el picaso oreja tuerta", — y terminé sentenciosamente: — Los caballos de los pobres no tienen nombre, ¿pa qué? eso queda pa los ricos...

Ella se sonrió y me dijo con malicia mirándome en los ojos:

—Yo que usted, le pondría ahora: "El Héroe"...

—¡Ah, ah! — dije haciéndome el ingenuo. — ¿Y por qué?

—Por lo que usted ha hecho...

Y me miró al decir esto con tan conmovedora expresión en sus bellos ojos, que casi me hizo cometer una tontería.

—Tiene un abrojo grande áhi, en el vestido — dije indiferente.

—¿Dónde? ¡Ah! — Y volviéndose graciosamente en la montura, vió y se quitó la erizada cápsula que estaba adherida a un faldón de su chaqueta.

—¡No lo tire! — dije.

Ella me miró con extrañeza.

—¡Démela! Quiero tener un recuerdo suyo...

"FRAY MOCHO" ha trasladado



sus oficinas de dirección, redacción y administración, a su nueva residencia situada en el

PASEO COLÓN, Núm. 1266.

Se sonrojó entonces y me dijo toda turbada:

—Pero ¿esto? Si quiere le daré una flor...

—No — repliqué decidido; — quiero el abrojo... y añadí con voz sorda:—¡Qué más flor que un abrojo, pa un desgraciao como yo!...

Raquela, mirándome casi espantada, me lo alargó entonces con la punta de los dedos. Observe que le temblaba un poco la mano y que había palidecido.

—¡Gracias, Reina!—murmuré solemnemente tomando la semilla y llevándomela a los labios, en ademán de besarla...—¡Muchas gracias!

—¡Vamos!—dijo Raquela entonces con voz trémula, y arrancamos los tres, a gran galope.

El mayor salió a recibirnos. Estaban con él, su sobrino, el loco de los bichos de cesto y una mujer gruesa y morena que debía ser sirvienta o cocinera de la estancia. El hombre, muy excitado, no hacía más que moverse de un lugar a otro, agitando continuamente su arreador inquietante.

Su primera palabra fué de reproche para la niña:

—¡No ve hija!, ¿no le he dicho? ¿Por qué no me hace caso? ¡pues a mí!

Raquela le replicó riendo no sé qué cosa que no pude oir, porque en ese momento me deslizaba del caballo para ayudarle a desmontar.

—Permítame...—decía ya casi olvidado de mi papel, cuando alguien se interpuso apartándome casi duramente por un brazo:

—¡Deje!...

Era el sobrino del mayor, "el dotor", el "Güey pelao", que reclamaba los derechos de su parentesco y de su alcurnia.

Sentí que el rubor me inundaba la cara e instintivamente iba "a acostarle de un bife", cuando me acordé por fortuna, del papel que estaba representando y entonces me hice a un lado con toda humildad y acatamiento.

Cuando su bella prima, sonriente y apoyándose apenas en las manos tendidas que le ofrecía, se deslizaba de la montura, el "Güey pelao" se permitió un rezongo fraternal y más inspirado sin duda en el egoísmo que en el interés de la niña:

—¡Vaya una gracia!—dijo.—¡Buen rato nos has hecho pasar, con tus pavadas!...

Ella, que se sacudía la falda, le miró de arriba abajo con expresión despectiva, y después de echarme una rápida ojeada llena de interés y de ternura, comenzó dirigiéndose a su padre, muy seria y visiblemente turbada:

—Papá, este señ... Este hombr... Este mozo...

Pero el mayor, vehemente e impulsivo, no la dejó proseguir.

Sin soltar el arreador se vino hacia mí y me sacudió por los hombros con sus recias manazas que parecían garras de acero y que temblaban de excitación, después inclinó su pálido y arrugado rostro sobre el mío como si hubiese querido besarme, o hubiese sufrido un brusco desfallecimiento, y por último se apartó de mí, sin haber articulado una palabra, y hurgando nerviosamente en su bolsillo extrajo y me entregó un gran billete nuevecito...

—¡Tomá hijo, tomá!

Y vi que el mayor tenía los ojos llenos de lágrimas...

Benito LYNCH.

Asociación Nacional de Cultura Física

Proyecto del diputado Rodolfo Moreno (hijo)

— Encuesta de "FRAY MOCHO" —

El diputado nacional, doctor Rodolfo Moreno (hijo), ha presentado recientemente un proyecto en virtud del cual se crea la "Asociación Nacional de Cultura Física", con el objeto de dar a los deportes una mejor orientación y garantizar los mayores beneficios.

Fray Mocho ha iniciado con tal motivo una encuesta entre los dirigentes de las asociaciones deportivas, cuyas opiniones comenzamos a publicar hoy.

Del señor **Manuel Ramos Vivot**, secretario del "Aero Club Argentino":

Toda iniciativa que tienda al desarrollo de la educación física debe merecer la más elevada simpatía de parte de quienes estén llamados a considerarla, porque es obra patriótica propender por todos los medios posibles a que cada pueblo logre para su raza el máximo de vigorosidad, que es equivalente de muchas otras cualidades superiores, salud, valor, carácter, etc.

Por eso, en mi opinión, el proyecto del diputado nacional doctor Rodolfo Moreno, hijo, que iría a beneficiar directamente a una gran parte de nuestra juventud, carente de recursos para



Sr. Manuel Ramos Vivot.

costearse sus deportes predilectos, es plausible; y debemos estar muy gratos a su autor de que, cuestión tan trascendental como es la cultura física de un pueblo haya sido llevada al seno de la H. Cámara de Diputados, que convertirá en ley, sin duda alguna, tan oportuno proyecto.

En cuanto a que dicho proyecto pueda resultar o no provechoso para los intereses de los deportes en general, es asunto que exige un detenido estudio, pues la emisión de un juicio más o menos acertado depende del análisis que se haga y resulte de cada uno de los deportes que mayormente se practican entre nosotros, y de las ventajas materiales que esas prácticas reportan a instituciones y a profesionales deportistas. Ahora, no tratándose de intereses económicos, el proyecto tiene que resultar benéfico para los deportes en general, desde que tal vez puedan aunar muchas fuerzas dispersas y muchos entusiasmos, dispersos también, que reunidos y en acción podrán hacer mucho en bien de la cultura física, y por ende de nuestra nacionalidad.

Soy, pues, partidario de la entidad proyectada por el diputado doctor Moreno, aun cuando entreveo que fatalmente se ha de tropezar con dificultades para la designación y, más que todo, para el mantenimiento en buen acuerdo y mejor armonía, de las autoridades que sean elegidas para constituir la dirección central de la institución a crearse. Pero lo esencial, lo que más interesa por el momento es que la noble iniciativa halle ambiente favorable en el Congreso, que lo hallará seguramente, y se convierta en una feliz realidad; siendo casi innecesario sostener que el gobierno debe prestarle el más amplio apoyo, moral y material, tal como lo propone el doctor Moreno, porque de lo contrario no será posible contar con una asociación nacional de educación física bien fundamentada, que logre atraer la atención e interés de nuestra juventud, a cuya inmensa mayoría no le es dado gozar de otro deporte que no sea el de los caballos de carrera, probablemente por ser el que tiene más a la mano y por desconocer la dicha que proporciona el ejercicio al aire libre.

Del señor **Rosauro Pérez Aubone**, secretario del "Buenos Aires Boxing Club":

La creación de una suprema entidad deportiva, con amplio radio de acción y protegida por el estado, constituye una necesidad realmente sentida por los círculos existentes en el país. Muchos de ellos, que hoy se desenvuelven penosamente, se afianzarían con un apoyo efectivo y constante.

El que conoce de cerca el desarrollo de la cultura física en el interior, comprenderá que ella está completamente descuidada. Las pocas instituciones que existen, llevan una vida precaria, sosteniéndose más con entusiasmos que con recursos. Además, el indiferentismo de aquellas personas que pudieran beneficiarlas materialmente, se ha evidenciado en varias ocasiones, y esto es explicable cuando ese interés no empieza en las esferas oficiales.



Sr. Rosauro Pérez Aubone.

Soy de los que creen que debemos hacer nacionalismo deportivo, estimulando a todos aquellos que posean aptitudes para destacarse. Ello halaga nuestros sentimientos y sobre todo contribuye a mantener una emulación necesaria y benéfica.

Un apoyo oficial proporcionado en determinados casos, no significaría fomentar el profesionalismo. En este punto el proyecto es demasiado terminante.

Bien sabemos que Francia hizo a Carpentier campeón de Europa, y el caso de Williard es otra prueba de cómo el sentimiento de la nacionalidad puede influir en estas clases de luchas.

En lo que al Box entre nosotros se refiere, está circunscripto a un reducido grupo de jóvenes entusiastas, que han hecho de él un "sport de lujo", tal vez sin reparar muchos en los beneficios que reporta física y moralmente.

Viviendo huérfano de todo apoyo positivo, no ha podido difundirse, democratizándose, y cuya influencia apreciaríamos bien pronto, cuando viéramos sustituídas las armas que el hombre inventó para ocultar su debilidad, por las naturales, únicas legítimas y que, según la expresión de un humorista, "es la que tenemos siempre al alcance de la mano".

Chistes

EL MAYOR PELIGRO

Un soldado norteamericano estaba en la trinchera fumando un pésimo cigarro enviado por un miembro femenino de su familia.

—Eh, León—dijo a un soldado francés que estaba a su lado,—téngame el cigarro mientras tiro esta bomba a la trinchera alemana.

—No, amigo; más vale le tendré la bomba mientras tira el cigarro.

EL OTRO NO INSISTIÓ

En un banquete oficial se encontraron dos dignatarios de religiones distintas, el cardenal Vaughan, católico y el rabí Adler, judío. Estaban sentados juntos, y el primero dijo al rabí, aludiendo a la prohibición religiosa que observan los israelitas de no probar carne de cerdo:

—¿Cuándo me permitirá, doctor Adler, que le sirva un poco de jamón?

—Cuando su eminencia se case—repuso el rabí.

AVISOS ESPECIALES

MEDICOS

Dr. SAMUEL DE MADRID
Ex-profesor en la Facultad de Medicina de Buenos Aires
Tuberculosis, enfermedades genito-urinarias y de señoras
Horas de consulta: de 4 a 6 p. m.
SARMIENTO 2210 - U. T. 2338, Mitre

Dr. RICARDO S. GOMEZ
Profesor titular de la Facultad de Medicina. — Cirujano jefe del servicio de señoras del Hospital Alvear. — Enfermedades de señoras y cirugía general. — Consultas: de 3 a 5 p. m.
1035 - Bmé. MITRE - 1035
U. T. 4223 (Libertad)

Doctor ZAMBRINI
Profesor suplente de la facultad de medicina
Jefe de clínica del servicio de nariz, garganta y oídos del Hospital San Roque
531-TUCUMAN-531
2 a 4 p. m.

"SARMIENTO"
SOCIEDAD PROTECTORA DE ANIMALES
SANTIAGO DEL ESTERO 649
Oficinas, Hospital y Consultorio
HORARIO DEL CONSULTORIO:
de 9 a 11 a. m. y de 4 a 6 p. m.

Traumatismos, Fracturas
LUXACIONES, ENTORSIS, CONTUSIONES, REUMATISMO, PARÁLISIS, ATROFIA MUSCULAR
KINESITERAPIA, ELECTRICIDAD Y MASAJES
RODOLFO COCINI - Gral. Urquiza 872
Martes, Jueves y Sábados de 1 a 3 p. m.
U. T. 2264, Mitre

DENTISTAS

J. BONANSEA
Cirujano dentista de las Facultades de Bolonia y Buenos Aires. Moreno 990. — U. T. 3699 (Libertad).

UNA ESCENITA MEDIOEVAL



El baño semianual en el castillo.

Oración fúnebre que no fué pronunciada

El 24 de septiembre murió en el Zoo el decano de los pensionistas, el último de la falange llegada en 1888.

En el momento de proceder a la autopsia y partir el cráneo para extraer el cerebro, pieza apetecida por el neurópata Chr. Jakob, el Director no tuvo tiempo de pronunciar su oración fúnebre, pero la pensó ,y, naturalmente, por eso su grave silencio fué de una elocuencia conmovedora en ese triste lugar que es el matadero de los caballos.

He aquí algunos párrafos de ese discurso no pronunciado, para que los lectores juzguen por sí mismos de la insustituíble elocuencia del silencio.

"...en esta apacible y asoleada tarde de septiembre los gorriones cantan afuera sus bullangueras canciones y aquí, rodeado por cuartos sanguinolentos de pobres matungos, las fúnebres armonías que acompañan esta especie de entierro son los suaves chirridos de la sierra que parte los huesos de tu cráneo completamente calcificado. ¡Pobre viejo! Tu cerebro está ya descubierto. Veo ahora lo que fué asiento de tu alma, de tus pasiones, de tus caprichos... ¡Cuánta substancia gris desperdiciada, mi pobre amigo! Y la muerte borró todo: los cortísimos placores de tu vida hiperbórea en la niñez, cuando tu cándida pelliza parecía cubierta de rosa en los fulgores de la aurora magnética de la noche ártica: borró tus recuerdos lejanos y tus pobres placeres de los últimos tiempos, cuando en los ardores de la canícula porteña, yo ofrecía a tu triste y larga esclavitud trozos de hielo que te aliviaran la capa de plomo fundido y te hicieran evocar en tu resignada nostalgia las cúspides agudas, los abismos azulados y de cristal de tu escarchada y grata tierra nativa. ¡Oh, tú, pobre viejo! ya no recuerdas cómo lamías, cómo derretías con tu aliento de fuego el simulacro de reliquia transparente que yo, por misericordia, ponía a tu alcance.

Pero a lo menos ya no recuerdas tampoco tus grandes dolores; ni el más grande, cuando tú, hecho una llaga viva por un eczema que te había convertido en leproso temible, visto arrancar de tu lado, después de diez y seis años de vida en común y de amor, la compañera por tí engendrada, y fatalmente, como en la estirpe del Inca, esposa para tí solo predestinada.

...¡Mi pobre viejo! Cómo tus formidables colmillos se han gastado royendo los huesos de tu miserable ración diaria...

Todo pasó... Los enormes lóbulos olfatorios que cuelgan de tu cerebro ya no se estremecen, dándote el único goce de tu vejez, ni perciben el acre aroma de la fresca sangre recién coagulada y que flota aquí en este siniestro ambiente: ya tu pupila empañada no transmite a tu chiasma cerebral el cruel placer que gozarías en vida, si pudieras ver, como yo, el temblor muscular de las carnes aun tibias colgadas aquí a tu alrededor y que te dieran vida y larga ancianidad.

Mi pobre viejo: en tu esclavitud casi interminable fuiste verdugo y a la vez benefactor de tantos pobres que, inutilizados o abandonados por sus dueños, uno tras otro, durante los 24 años de tu estadía encontraron aquí en este templo de la Muerte el involuntario Karakiri.

Tú te fuiste: no puedes acordarte de nada, y en tu lugar otras fieras, otros verdugos y benefactores a la vez aprovechan el cruento sacrificio de estos pobres matungos, que, a decir verdad, fueron más útiles que tú en la tierra, más sumisos y de carácter más dulce, sufrieron más que tú con la bestialidad humana y son traídos aquí a pagar violentamente la gran culpa de ser viejos, mientras que tú, mi pobre oso, te extendiste dulcemente a los rayos del sol naciente que desde los merlones de tu morada baja a las ojivas de tu cuarto, te extendiste plácidamente a ese buen sol que te saludaba por última vez y te dormiste profundamente para no despertarte ya.

¡Mi oso querido!, ¡mi pobre viejo! No puedo decirte hasta la vista..."

Clemente ONELLI.

Música

El conocido escritor nacional señor Angel G. Villoldo, poeta y músico a la vez, acaba de darnos una nueva prueba de su fecundidad artística, con sus recientes composiciones tituladas "Mentira" y "Beso criollo", si bien en una de ellas contó con el concurso del señor Luis Roldán, pues a este señor corresponde la paternidad de la letra de la primera de las citadas obras.

Como todas las producciones del señor Villoldo, las que nos ocupan se destacan por su originalidad y buen gusto, y está de más el decir que ambas han merecido general aceptación por parte de los cultores del tango y de los estilos criollos, puesto que precisamente se trata de uno de los autores preferidos en la materia.

EXACTAMENTE



—Vamos a ver, ¿puedes indicar cuáles son los parásitos de las papas?

—Sí, señor; son los comerciantes intermediarios.

¡Muchacha! ¡Háganlo Ahora! Si el Cabello se Cae Es Señal de que hay Caspa

Un frasco de "Danderine" conservará su cabello y duplicará su belleza.

¡Prueben esto! El cabello se le pondrá suave, ondeado, abundante y lustroso al momento.

¡Cuide su cabello! ¡Embellézcalo! Es solamente cuestión de usar un poco de Danderine el tener una cabellera hermosa y abundante, suave, lustrosa, ondeada y sin caspa. Es muy fácil y poco costoso tener una cabellera encantadora y abundante. Sólo tiene que comprar ahora un frasco de Danderine de Knowlton, que todas las boticas recomiendan, aplíquese un poco según las instrucciones que acompañan a cada frasco, y al cabo de los diez minutos se notará más abundante. Se pondrá fresco, sedoso, tomará un lustre incomparable y verá que no puede encontrar la menor partícula de caspa, y no se caerá el cabello; pero su verdadera sorpresa será después de usarlo por varias semanas, cuando vea su cabello nuevo, fino y suave, creciéndole por todo el cráneo. Danderine es el único tónico, a nuestro juicio, que hace crecer el cabello, destruye la caspa, cura la picazón en el cráneo y evita que el cabello se caiga.

Si usted quiere ver lo bonito y suave que su cabello es, humedezca un paño en un poco de Danderine y páseselo cuidadosamente por el cabello, tomando un pequeño ramal cada vez. Su cabello se pondrá suave, lustroso y bello en pocos minutos; una sorpresa agradable aguarda a todas aquellas personas que lo prueben.

FOOTBALL

Nuestro concurso
:: Su re ultado ::

De acuerdo con lo que habíamos resuelto y tal como lo anunciamos en su oportunidad, el jueves 8 del corriente tuvo efecto el sorteo de los cupones para determinar los ganadores y adjudicar, en consecuencia, los premios ofrecidos.

Entre el enorme cúmulo de cupones recibidos sólo acertaron 861 remitentes, distribuidos en la forma que más abajo se indica.

Ante todo, establezcamos el nombre de los jugadores cuyas fotografías aparecieron en números anteriores de FRAY MOCHO.

N.° 1—**B. Muñoz** (equipo internacional chileno).

Esta fotografía se publicó ya en FRAY MOCHO, conjuntamente con la del número 5.

N.° 2—**Arturo Chiappe** (River Plate).

N.° 3—**Juan D. Brown** (Estudiantes).

N.° 4—**F. Toggino** (ex jugador de Boca Juniors).

N.° 5—**Ernesto Mattozzi** (Estudiantil Porteño).

N.° 6—**Carlos T. Wilson** (San Isidro).

N.° 7—**Juan José Ritlmer** (Porteño).

N.° 8—**Juan José Ritlmer** (Porteño).

Teniendo en cuenta que muchos lectores, expresaron en sus cupones que el N.° 1 era un jugador chileno y otros confundieron el nombre pero determinaron la procedencia, se resolvió computar a todos ellos, como válida la solución, en vista de tratarse de un jugador extranjero y por ser esa la solución que mayores dificultades podría ofrecer al lector.

Hecha minuciosamente la clasificación en presencia de los interesados que asistieron al sorteo, se llegó a la siguiente determinación

Acertaron un jugador, los señores: A. Arrighi, Morón (F. C. Oeste); José Mondingozza, Rosario; Luis Zurcher, (Bengolea); Manuel A. Vega, San Carlos, Estación Peralta; José E. Pré, Capital; Carlos A. Martínez, Tres Arroyos; Bruno Lazzari, Capital; S. Miracle, Lanús; A. Zucchi, San Fernando; Pedro Pereira, Pergamino; Miguel F. Sabatés, Capital; Antonio Santo, Capital; Ricardo Barrionuevo, Catamarca; Julio Dávila, General Rodríguez; Juan C. Cozzi, Capital; Salvador Piovano, Moreno (F. C. Oeste); Daniel Lahaille, Capital; José A. Ballone, Armestrong; C. Lamanna, Guaminí; E. Pacheco, Capital; A. Mota, Huinca Renancó; V. A. Mignoni, Capital; J. Zagneman, Capital; Juan Belli, Adrogué; A. Allegri, R. Ratto, Lomas de Zamora; A. Camelino, Pergamino; M. Pérez, Capital; F. P. Brusa, San Justo; L. Latapie, Capital; E. Lenin, Tigre; J. Pérez, Avellaneda; F. García, Capital; H. Lica, Pergaminoo; C. Joby, Moreno (F. C. Oeste); J. Calace, Capital; E. Maffezini, Capital; O. J. Pró, Capital; L. E. Lanene, Juárez (F. C. Sud); M. Gottlieb, Capital; F. Trentalance, Capital.

Acertaron dos jugadores, los señores: E. Goux, San Juan; F. Todescolta, San Juan; C. Franco, (Santa Fé); J. Rodríguez, Capital; María D. Pérez, Avellaneda; E. Bernardez, Capital; G. Maragliano, Chivilcoy; A. Frasque, Capital; A. Díaz, Capital; A. Rimoldi, Capital; C. Johy, Moreno (F. C. Oeste); A. Panilla, Avellaneda; R. Collanera, Capital; E. Mendilaharzu, Capital; A. Fernández, Capital, A. Fernández, Capital; M. Gregorini, Rosario; L. Zurcher, Córdoba; A. C. Lizzi, Pergamino; J. Canessa, La Plata, M. Escobedo, Capital; L. E. Fugassa, Capital; E. Capussotti, Capital; L. Cassaglia, Capital; M. Martínez, Coronda, D. Coll, Capital; C. Perrino, Zárate; P. E. Torres, Capital; N. Bagnalo, Capital; P. Gervasini (hijo), Santa Fé; A. Ballone, Capital; C. Ardanaz, San Justo (F. C. Oeste); L. De Luca, Los Cardales; J. Castagneto, Capital; E. A. Ciancia, Capital; P. L. Villa, Capital; A. Vergara, Coronda; E. Signatti, Capital; C. de Urquiza, (Juan Anchorena); M. Barrera, Capital; E. Di Mare, Saavedra; C. de Urquiza, (Juan Anchorena); P. Solano Jofré, La Plata; A. D'Aniello, Capital; F. González, Mar del Plata; O. Barrangon, Barracas; A. Recchini, Capital; V. Serodio, Capital; E. Zaracondegui; S. O. Miguez, Capital; N. Miruglio, Capital; F. C. Judez; V. Carací, Capital; M. H. Rivero, La Plata; M. F. Hierro, Capital; A. R. Guinaraez, San Juan.

Acertaron tres jugadores, los señores: G. C. Lara; J. Echaní, Casilda; J. Echaní, Casilda; J. Echaní, Casilda; R. Crescini, Chivilcoy; E. Plana de Aro, Capital; F. Bernard, Lomas; G. A. Castro, Capital; A. Paltone, Capital; F. M. Barloza, Avellaneda; D. Fidela, Capital; A. R. Miglianell, Capital; A. Vamonde, Capital; D. Tedela, Capital; A. R. Burnet, Bánfield (F. C. Sud); L. Mures, Capital; J. Farulo, Capital; J. Valdez, Capital; D. Turini, Capital; A. Bermejo, Capital; J. O. Martinelli, Capital; A. Schenone, Capital; J. A. Villalba, Capital; E. Capisano Capital; A. Blanco, Capital; D. Coll, Capital; R. Echauri, Capital; A. Fontana; L. R. Barrino; P. Anieva; S. Miracle; J. Locatelli; E. Loga; A. Fontana; D. Galli; J. B. Viegas; N. Cacciola; C. Chiarantano; V. Norti; J. Mella; P. M. Palmér; J. A. Balboni; A. Martínez; C. González; C. A. Casares; B. P. Martín; L. Mármoli; V. Tarantino; A. Navéyra; M. Núñez; A. Righi; L. Pedemonte; L. Montepagano; M. Pérez; D. Rigamonti; A. Rovich; J. Etcheniqce; V. Saccone; C. de Urquiza; J. Franzetti; S. García; A. Bianchi; R. Quiroga; E. Garibaldi; L. M. Seeco; I. Capurro; C. A. Pistrún; A. Bernard; S. Morales; J. Montadlo; M. A. Vega; V. Ventura; A. Rossi; M. Lozano; A. Carrón.

Acertaron 4 jugadores, los señores: C. Prio; J. Diez; M. Cristolo; E. González; R. Castagnino; F. García; L. Lacoste; H. Bullrich; J. Nogueira; M. F. Hierro; M. Barbá, Tucumán; A. Gandini; A. Soncini; R. Pineda; M. Fuenbrena; J. Schiaffino; C. Alvarez; E. Garabal; R. Echauri; A. Fablo; S. Proyeri; V. M. Cicerone; J. A. Difelice; F. Sanjuan; A. López; R. Brega; P. Bevilacqua; J. Fornaresio; O. Lascano; M. Vázquez; P. Lagües; L. Crubellati; R. Labari; J. López; R. Freire; A. Frasque; J. Brein; F. A. Falcón; A. Fesco; J. Cusinato; J. García; E. Freitas, Mar del Plata; A. Petraglia; A. Enico; J. Redondo; O. Vergniry; Prudencio Andeni; A. Larrodé; O. Borzon, (Rosario); A. Borzon, (Rosario); C. García; P. Trunsny; A. Silva Castro; E. Sabenio; L. C. García Conde; A. Giandini; S. L. Dutari; A. Rosendo Fenadás; C. Martínez; L. Palma; V. Fernández; P. Arnedo (hijo); V. Martínez; C. A. Arnedo; L. Rama; R. Alfano; A. Barbieri; M. Vázquez; S. Auzmendi; J. C. Castelli; V. Cicerone; S. Morales; A. Azcurra; R. Avalos.

Acertaron 5 jugadores, los señores: L. E. Guelfi; G. Bergon; J. Logorio; F. Traberno; M. Lupo; M. Bustos; M. Bustos; R. Aciaroni; R. Bonesso; R. Frare; A. Starico; J. Bianca; I. Tozzini; F. Ruiz; O. Moisá; C. Chiesa; R. Troche; J. Casaccia; R. Quiroga; J. E. Lecanna; A. Descalzi; M. Diez; A. Fontarilla; V. Tenuzzano; I. Tazzini; C. Gutiérrez; L. García Conde; L. García Conde; L. Casado; H. A. Beltrane; P. E. Torres; B. Rancaño; J. Nogueira; S. Pardo; L. Galeano; R. Llaneza; I. Tozzini; I. Tozzini.

Acertaron 6 jugadores, los señores: A. Arroyo; J. Guerrero; C. Tononi; R. Caruso; J. A. Cerdá, C. Toroni, A. Noceti, (3); M. Torgaldi, (2); M. López; P. Pavón; M. Lambierto; J. Teltamantti; J. M. Iribarne; C. F. Teltamantti; L. González Locamoux; H. Mariño; F. Toledo; C. Lambierto; P. Teeltamantti; E. R. González; C. Martínez; A. Nocetti, (2).

Acertó 7 jugadores, el señor J. C. Monteverde.

Acertó 8 jugadores, el señor Manuel La Rosa.

Hecho el sorteo resultaron vencedores, las siguientes personas:

Ocho jugadores: Manuel La Rosa, Cangallo 3855.

Siete jugadores: Juan C. Monteverde, Andonaegui 2822.

Seis jugadores: Alfredo Noceti, Tunuyán 420.

Cinco jugadores: Manuel Curat, Estación Lima (F. C. C. A.).

Cuatro jugadores: Adela Bottino, Victoria (E. Ríos).

Tres jugadores: Guillermo C. Lara, Bogotá 3057.

Dos jugadores: Pedro Judez (San Justo F. C. Oeste).

Un jugador: Emilio Maffezimi, Victoria 2901; S. Tutera, Chile 344; J. Fernández, Pinzón 546; Rodolfo Feijóo, Donato Alvarez 489.

Los premiados pueden pasar por la redacción de FRAY MOCHO, Paseo Colón 1266, a retirar los premios, todos los días hábiles de 9 a 11 a. m. y de 2 a 4 p. m.

Los del interior deberán remitir 50 centavos en estampillas para el franqueo correspondiente.



LA GUERRA, vista por el dibujante francés Zislim



Un notable dibujante noruego

Teodoro Kittlesen era un gran artista noruego. Poseía una técnica notable que especializó en el dibujo grotesco de animales en cuyos rasgos trataba de satirizar alguna debilidad humana. Sus dibujos son como aguijones, raras veces venenosos, pero siempre de aguda punta que se clavaba en un vicio o derecto. Nació en 1857 en Kragero, Noruega, y murió en 1915. Era casi desconocido. Estudió primero en Munich, donde llamó mucho la atención su cuadro titulado ''La huelga'', y más tarde en París, donde adquirió la maestría para los dibujos a pluma que demuestran los que publicamos, tomados de sus ilustraciones para los cuentos infantiles de Asbjornsen y Moe. Supo traducir fielmente el sentimiento muy íntimo en el pueblo noruego de temor y atracción ante lo fantástico, como lo dicen sus obras ''El eco'', ''El espíritu de las aguas'', ''La bruja''. En la galería de bellas artes de Cristianía hay una colección de sus dibujos. Colaboraba en el ''Simplicissimus'' y otras revistas satíricas. La última obra de Kittlesen, se titula ''Gnomos y hombres'' y es una serie de dibujos acompañados de texto escrito por el mismo autor. Las reproducciones que publicamos pierden mucho por la falta de color; son en el original, bellas litografías delicadamente coloreadas. No se conocen datos biográficos de Kittlesen; sus mismas obras son muy raras y los pocos ejemplares que circulan se venden a precios insignificantes, simplemente por ser su autor desconocido.



—¡Qué feo es saltar, mamá!: tengo las mandíbulas deshechas.



La señora sale a dar un paseo



El fin de un farrista.

El derecho de la fuerza

Sólo entre los primitivos reina libremente el derecho absoluto de la fuerza profesado todavía por los alemanes. Regía el mundo animal y los pueblos inferiores, pero tendía a ser eliminado cada vez más por los progresos de la civilización. El derecho de hacer una cosa, significa simplemente para los seres poco civilizados, poder hacerla. Esta es la forma de derecho que invocan los socialistas bolchevistas que devastan a Rusia. Cuando encuentran a un transeunte desarmado que lleva un par de botines o una capa que les conviene, lo matan sin vacilar para apoderarse de lo que lleva. El alemán moderno que penetra en un país extranjero no razona de distinta manera. Y le asombra la indignación general que provoca, puesto que su conducta es la consecuencia de las enseñanzas de sus filósofos que proclaman el derecho sin restricción de la fuerza.

Necesitará mucho tiempo antes de que reconozca que los principios filosóficos que le sirven de guía no están adaptados al nivel de la civilización moderna y representan, no un progreso, sino una regresión a los tiempos más atrasados de la historia. Incapaces aún de comprender esto, los alemanes atribuyen a la envidia, la desconfianza y la antipatía casi universales que inspiran. Esta desconfianza y esta antipatía contra un pueblo mal adaptado a la evolución de las concepciones modernas y que se jacta de violar las leyes de la humanidad y del honor, constituirán, sin duda, una de las sanciones del futuro derecho internacional. La fuerza moral será entonces más poderosa que la fuerza material. Se entrevé ya esta fase de evolución del mundo, aunque estamos todavía lejos de ella.

Gustavo LE BON.

La opinión de Edison

Francia es de todas las naciones, la que más ha buscado y más se ha acercado a la verdad. Tiene una cultura real, no una cultura de negocios, como nuestra cultura americana, sino una cultura de tradiciones, como es la cultura inglesa. Francia ha tenido una verdadera aristocracia, no de dinero, como la nuestra, ni una aristocracia de nacimiento, como la inglesa, sino una aristocracia basada en el mérito.

Hoy demuestra Francia que no se haya prosternada ante la potencia del dinero como estamos nosotros en América, ante la potencia del militarismo como lo está Alemania, y que no reconoce otra potencia que la del patriotismo. Y esa potencia es maravillosa. Si Francia llegara un día a ser destruída, sería el mayor cataclismo que podría ocurrir en el mundo.

Tomás Alva EDISON.



—¡Hijo mío: sigue siempre las huellas de tu padre!



Uno que practica el ''camouflage'' sin avisar.

De Vargas Vila

En esta lucha, inusitada y monstruosa, a que Alemania ha arrastrado a Francia, con la intención de devorarla, mi alma, mi corazón, todas las palpitaciones y las aspiraciones de mi ser, están con Francia, al lado de Francia, pendientes de la suerte de Francia.

Asisto a esta lucha, sobre territorio francés, con la ansiedad dolorosa de un hijo que, al pie del lecho de su madre enferma, ve la sombra de la Muerte, crecer, o desaparecer del rostro amado...

Mi corazón y mi cerebro me dicen a una vez, que esta lucha entre Alemania y Francia es una lucha entre una ''Kultura'' atrofiado y desvirtuada, y una Civilización, la más perfecta que raya hasta hoy florecido sobre el mundo; entre una Emporocracia infatuada y brutal, y una Democracia consciente de su misión universal; entre la esclavitud militar y la libertad ciudadana; entre el Despotismo y la Justicia.

Mientras haya un alemán sobre territorio francés, o permanezca indecisa la victoria entre los dos, yo soy germanófobo ''outrance'', germanófobo ''enragé'', germanófobo desesperado.

Y eso, en nombre de la Civilización, de la Libertad y de la Justicia.

VARGAS VILA.

HASTA CHOATE LO DICE

Tres amigos, Reid, J. Choate y Mark Twain, cenaban juntos. Cuando el mozo se disponía a servir un poco de vino a Choate, éste hizo un gesto negativo.

—¿No toma vino? — preguntó Mark Twain.

—No; hoy cumplo sesenta años y nunca he tomado un vaso de vino, ni he fumado, ni he jugado jamás.

—¡Ojalá pudiera yo decir otro tanto! — exclamó Mark Twain.

—¿Y por qué no? — observó Reid. — Ya ve: hasta Choate lo dice...

RESPUESTA

Un fabricante de pianos hizo colocar en las calles grandes carteles con estas palabras: ''¿Qué es un hogar sin piano?''

A alguien se le ocurrió responderlas y escribió debajo con grandes letras: ''Una perfecta paz''.

El fracaso de los submarinos

La guerra sigue su curso. Alemania sigue en pie, aunque desangrándose horrorosamente, y los aliados continúan, seguros del triunfo definitivo, en espera de que los teutones acepten la paz que el mundo necesita: la de la libertad y la independencia de todos los pueblos, los poderosos y los humildes, bajo el imperio de una justicia inmaculada.

En tanto esa paz viene, los ejércitos terrestres persisten en su titánica lucha sobre la pobre Francia, sin que ni unos ni otros inclinen la balanza de la victoria hacia alguno de los bandos. Los intentos de avance por parte de Alemania son sistemáticamente contenidos por los aliados. Y, en tanto, mueren los hombres...

Los Estados Unidos, con asombrosa celeridad, desarrollan su programa guerrero, salvación del mundo. Innumerables barcos llenos de hombres, de municiones, de víveres, de dinero, cruzan el Atlántico en procesión grandiosa jamás concebida. Mientras, el cable nos trae los ecos de los primeros éxitos.

Pero de todas las noticias, más o menos alentadoras, que de la guerra recibió este país desde su intervención en el mundial conflicto, acaso ninguna fué de tanta importancia, ni de tanta trascendencia, como la que el almirante Sims ha remitido declarando que, gracias a la acción conjunta de las escuadras de Inglaterra y de los Estados Unidos la ofensiva submarina de Alemania culminó en un fracaso.

Lo cual no quiere decir que de ahora en adelante la campaña de los submarinos cese en absoluto y no haya, por tanto, grandes pérdidas que lamentar. Asegurar tal cosa sería pueril. No es eso.

El éxito de las flotas inglesa y norteamericana estuvo en anular los efectos mortales del poder enemigo, destruyéndole tantos sumergibles, y capturándole tantos, que sus torpedeamientos disminuyen evidentemente, mientras que no sólo se redujo el número de bajas entre los buques mercantes de los aliados sino que se multiplicó, y aun ha de multiplicarse mucho más, la construcción de los barcos comerciales.

La construcción de éstos sobrepasa, en número, a las pérdidas sufridas. Y si, innegablemente, los aliados cuentan cada mes con mayor tonelaje del que tuvieron en el mes anterior, es también indiscutible que el objetivo de Alemania con su campaña submarina fracasó.

Estratégicamente, los submarinos alemanes han sido derrotados por las escuadras aliadas.

Lo fueron, para legítimo urgullo de los Estados Unidos, desde el momento mismo en que la flota norteamericana se puso al lado de la inglesa. Sin que se pretenda, al consignar esto, que los buques norteamericanos hicieron más, ni más heroicamente que los ingleses contra los submarinos.

Pero el hecho es que el refuerzo de la armada norteamericana en aguas europeas fué el que determinó el definitivo fracaso de la campaña submarina de Alemania.

Al entrar los Estados Unidos en la guerra no pudieron temer, ni un solo momento, a la por muchos supuesta supremacía de los germanos. Los Estados Unidos sabían—y saben—que la supremacía es de los aliados. Y que, es, pues, de ellos mismos. Algo, sin embargo, preocupaba a los norteamericanos, como a los ingleses y a los franceses: la campaña submarina.

Porque los Estados Unidos podrían constituír un ejército de diez o doce millones de soldados, ante los que Alemania se viera obligada a rendirse. Pero, ¿si los submarinos alemanes imposibilitaban el transporte de estas tropas, o, por lo menos, imposibilitaban el envío constante e imprescindible de los víveres y de las municiones? Tal era el problema que se planteó ante los aliados.

Si los alemanes destruían más barcos de los que se podían construir, los aliados estaban perdidos. La ayuda norteamericana de muy poco serviría. ¿Cómo solucionar el difícil problema?

La semanal relación de las pérdidas de buques, oficialmente publicada por el gobierno inglés, no era para excitar al optimismo...

El almirante Sims, al declarar la anulación del objetivo de los alemanes en su campaña submarina, ha consolidado todas las esperanzas de los aliados.

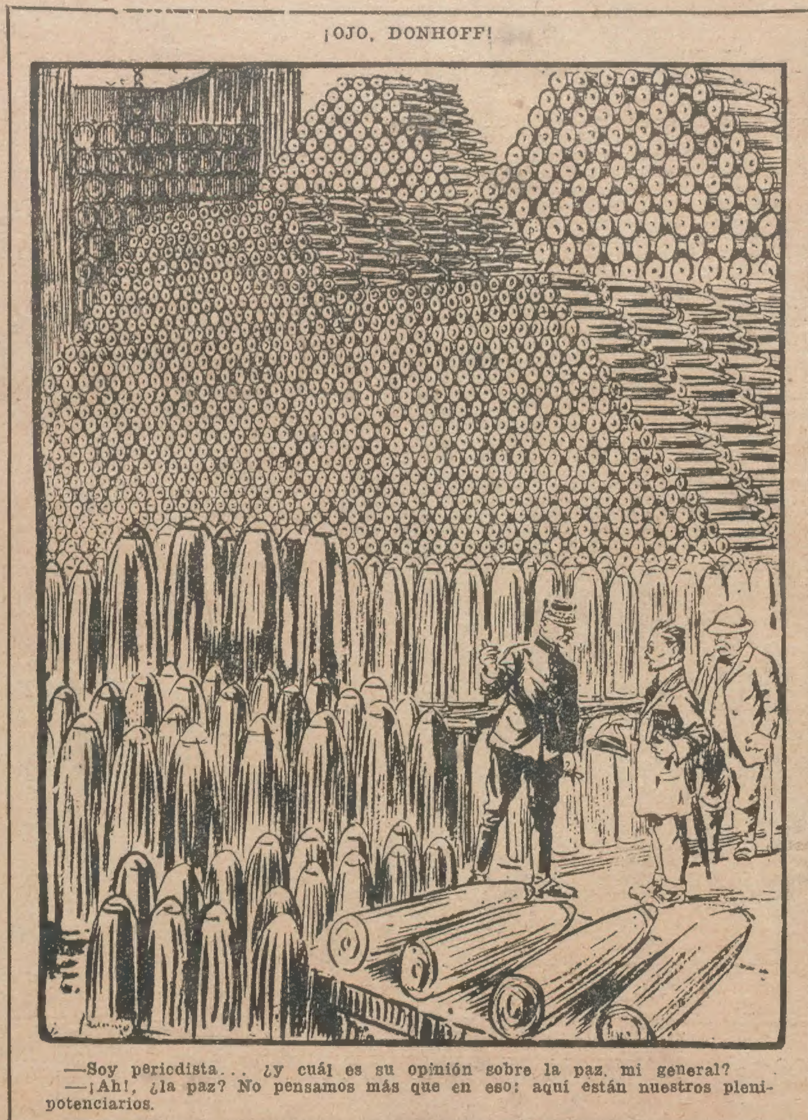
Como muy atinadamente observa un experto crítico militar, la acción conjunta de las flotas inglesa y norteamericana para contener la amenaza submarina ha de surtir más decisivo efecto, en el resultado final, que la victoria en una gran batalla sobre los campos de Francia. Porque, aun fracasando de absoluto la ofensiva terrestre de Alemania en Bélgica y en Francia, los alemanes podrían atrincherarse de nuevo y permanecer a la defensiva, con la esperanza de debilitar a sus enemigos, si contaran con el apoyo de los submarinos y éstos continuasen recorriendo libremente los mares y destruyendo todos aquellos buques de los cuales dependiesen los aliados, por ser los que les llevásen, no ya las municiones, sino los víveres para el sostenimiento de sus ejércitos y hasta de sus poblaciones civiles.

El almirante Sims ha comunicado, pues, uno de los más grandes triunfos, el decisivo probablemente, que los aliados pudieron conseguir, y bien heroicamente, sobre Alemania.

Los Estados Unidos salvarán al mundo.

Miguel de ZÁRRAGA.

¡OJO, DONHOFF!



—Soy periodista... ¿y cuál es su opinión sobre la paz, mi general?
—¡Ah!, ¿la paz? No pensamos más que en eso: aquí están nuestros plenipotenciarios.

VIDA MUNDANA



Fulano.—Estoy enamorado de la señorita Georgina. ¿Cree usted que me aceptará?
Ella.—No me moleste con esas preguntas: ella acepta siempre.

Cocina cómica

CARNE RELLENA

Se compra un pedazo gordo de lomo de vaca honrada, procurando que haya en el peso el menor robo posible.

Se pica jamón de cerdo con ajo vegetal, perejil del mismo reino, huevo duro de gallina, y aun si se quiere, higadillos de este mismo bípedo de corral. Se aplasta el trozo de carne para que quede chato como un filete y no tenga que envidiar a los lenguados. Se baten dos huevos, y tanto el que salga vencedor como el vencido, se revuelven con los antedichos picados, constituyendo un espeso amasijo, que se introduce, aunque sea fraudulentamente, en el filete de carne. A éste se le arrolla, y al rollo se le ata con un hilo en buen uso y se fríe con manteca. Después se echa agua en el recipiente que sirve de estuche al rollo, y se le suplica a la carne que cueza tres horas. En la salsa hay que hacer intervenir directamente a las almendras (sin garapiñar), al perejil, a la nuez "amoscada" y al caldo del puchero, sin olvidarse de echar ajos, aun cuando esto parezca cosa fea. Y terminados los trámites del guiso y llegada la hora de comer, puede servirse el plato de que se trata; porque al fin y al cabo para eso se ha hecho.

VACA A LA MARINERA

No vayan ustedes a creer que este plato es el manjar en que se alimentan los marineros generalmente, ni se figuren tampoco que se trata de la foca o vaca marina. El nombre de "vaca a la marinera" tiene otra procedencia que ahora no explico a los que lo ignoren porque dispongo de poco tiempo y menos espacio, aparte de que tampoco lo sé yo.

Conténtese el lector con saber cómo se guisa el plato de referencia.

Se compran (o se alquilan, según la fortuna del comensal) varios filetes de cadera o de solomillo. Se avisa a unos cuantos salteadores para que acudan a saltearlos, y cuando estén bien doraditos (los filetes) se les retira de la lumbre, operación que agradecen con todas sus fibras. En la propia grasa de ellos se deposita cebolla repicada, sal, pimienta, perejil y una cantidad microscópica de especias francesas, traducidas al castellano.

Rehogado todo esto como lo manda la Santa Madre Iglesia, se le echa media cucharada de harina, moviéndola para que no se agorulle, porque eso está muy mal visto en las cacerolas cultas. Se añade un poco de agua y se arrojan al líquido los filetes hasta que estén bien cocidos, o bien cosidos, como diría una sevillana que yo conozco.

Cinco minutos antes de servir el plato se descarga sobre él una nube vuelva loco de gusto, ni merece bien disciplinada se coloca alrededor de la fuente un destacamento de pepinillos misteriosos.

El que coma este manjar y no se vuelva loco de gusto, ni merece bien de la patria, ni la estimación de sus conciudadanos, ni mucho menos la gloria eterna.

Juan PÉREZ ZÚÑIGA.

NOTAS DE LA GUERRA



Muchachas francesas ocupadas en la reparación de cascos deteriorados por las balas

DE ALEMANIA

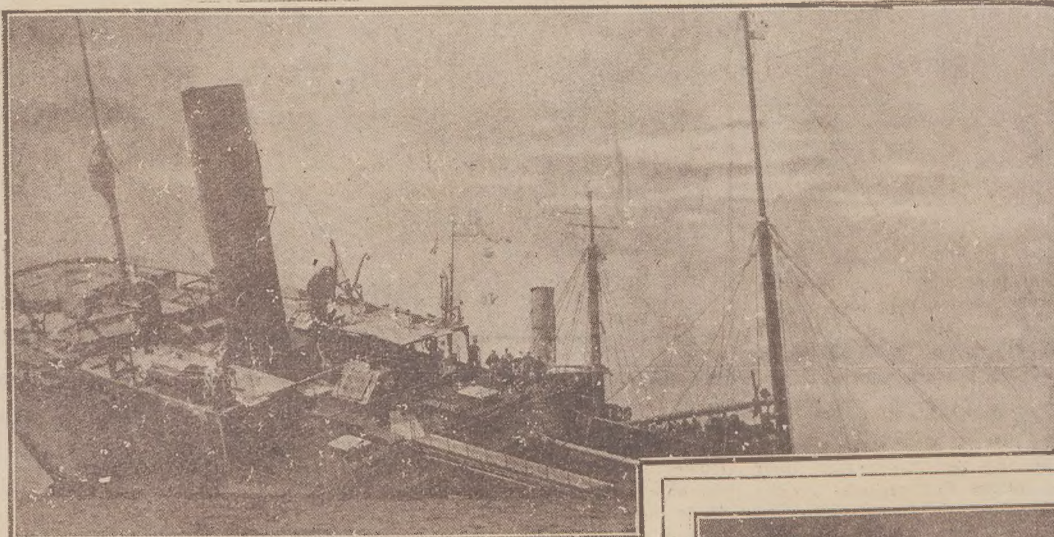


En Leipzig las mujeres se emplean para llevar por las calles carteles que anuncian productos comerciales

LA BENIGNIDAD CON LOS CONSPIRADORES HUNOS EN LOS ESTADOS UNIDOS



El juez.—¿Dónde preferiría pasar el verano, señor?: ¿en un balneario o en las sierras?



El gran transporte norteamericano "Herbert L. Pratt", torpedeado por un submarino alemán en la cercanía de los cabos Delaware, hundiéndose en aguas poco profundas. Un remolcador norteamericano salvó a la tripulación con excepción de un marinero. El submarino huyó.



En el frente occidental

(De "Life")



Margarita Mc Cluer, una joven de 21 años que, como bacterióloga, presta servicios científicos en el departamento de guerra de los Estados Unidos

Hasta mediados de abril del corriente año, el gobierno de los Estados Unidos había acordado a gobiernos extranjeros los siguientes préstamos y créditos: a Bélgica, $ 104.600.000 en créditos y $ 88.400.000 en préstamos; a Cuba, $ 15.000.000 en créditos y $ 5.000.000 en préstamos; a Francia, $ 1.565.000.000 en créditos y $ 1.480.000.000 en préstamos; a Gran Bretaña, $ 2.720.000.000 en créditos y $ 2.580.000.000 en préstamos; a Italia, pesos 550.000.000 en créditos y $ 490.000.000 en préstamos; a Rusia, $ 325.000.000 en créditos y $ 187.730.000 en préstamos, y a Serbia, pesos 6.000.000 en créditos y $ 4.200.000 en préstamos.

Talleres heliográficos de Ricardo Radaelli, Paseo Colón, 1266—Buenos Aires



Paulina Starke, nueva ''estrella'' del cinematógrafo norteamericano.